

Rep. Angel Dup



DISCURSO

QUE EN LA SESIÓN LITERARIA

celebrada en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca

CON MOTIVO

DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

LEYÓ

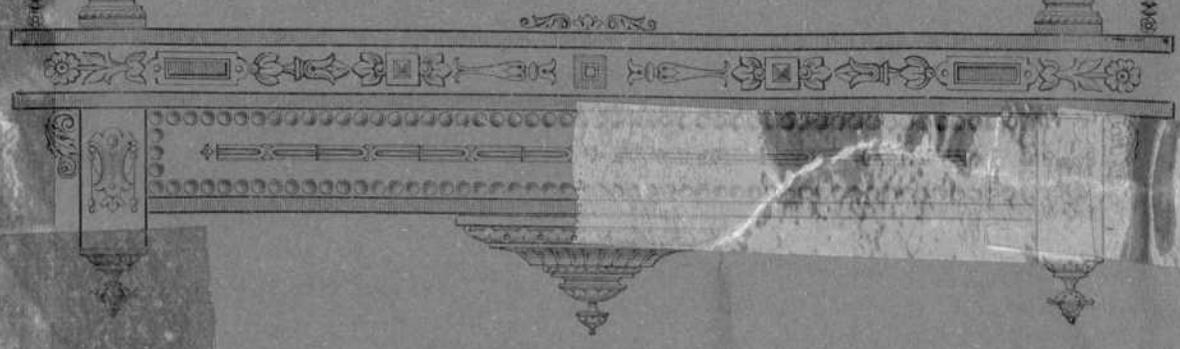
el Doctor Don Alejandro de la Torre y Vélez,

del gremio y claustro de la misma y canónigo lectoral
de la Santa Basílica Catedral.

AÑO 1892

SALAMANCA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE HIDALGO
Calle de la Rua, número 12.

1892





5A
D15
7E

Cuarto Centenario del descubrimiento de América

CS. 411 33 805
NT. 130125

Carta General del desarrollo de América

DISCURSO

QUE EN LA SESIÓN LITERARIA

celebrada en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca

CON MOTIVO

DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

LEYÓ

el Doctor Don Alejandro de la Torre y Vélez,

del gremio y claustro de la misma y canónigo lectoral
de la Santa Basílica Catedral.

AÑO 1892

SALAMANCA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE HIDALGO

Calle de la Rua, número 12.

1892





Excmo. Sr.

LA Biblia es el sol de la historia, como la fe antorcha de la inteligencia, la religión base de la sociedad, la Iglesia maestra y tutora de la civilización verdadera, como Dios es el principio y fin de todas las cosas. Sin el acto de la creación, que es la única llave capaz de abrir á nuestros ojos el magnífico espectáculo de la existencia y de la vida, el *Todo* del Universo, tendría por origen el vacío y frialdad de la *Nada*: pero ante ese abismo insondable, en cuyo fondo sólo se descubre la oscuridad de lo absurdo, la razón que vive de la luz, retrocede espantada en busca de un *Sér* que la sostenga con su apoyo, y de una primera verdad, que le sirva de punto de partida, de norma y de guía. Por eso al echar una mirada retrospectiva á las transformaciones de la materia desde la última formación, retrocediendo por los terrenos geológicos hasta la monera de Hæckel, los átomos de Leucipo, ó la evolución indefinida del moderno monismo: por eso después de recorrer el círculo entero de los sistemas filosóficos, desde la estatua de Condillac; ó la duda de Descartes, hasta el *Sér-Nada* de Hegel; abrumada por el peso de su impotencia para resolver el problema, y arrastrada por la fuerza de la lógica, que insensiblemente la vá llevando del movimiento al primer motor, de lo contingente á lo necesario, de lo múltiple á lo uno, de lo variable á lo que no se muda; rendida al fin de cansancio, tiene que echarse en brazos de la fe para proclamar de consuno como el *alfa y el omega* de la ciencia, aquellas palabras

del texto sagrado, *en el principio crió Dios el cielo y la tierra*. Sentencia profunda y sublime que marca el punto culminante, la altísima cumbre, donde cesan las investigaciones humanas para ceder el puesto al libro de Dios, en señal de que la fe comienza precisamente allí donde concluye la esfera de la razón. Sentencia originalísima, que nadie antes de Moisés acertó á formular, y ninguno después de él ha sabido repetir, hasta que el cristianismo la completó con el dogma de la redención. Pero sentencia fecunda que en preciosa cifra abarca todo lo real en la vasta área de su extensión, y el círculo entero del conocimiento, en su inmensa circunferencia: y fuera del cual, por tanto, no hay más que espesas tinieblas en el horizonte del entendimiento, y lamentables extravíos en la región de la vida práctica. Del olvido de esa fórmula admirable, cuya alteración, la más ligera, envuelve un absurdo especulativo ó un desorden social, nacieron los crasos errores que oscurecieron el cielo de las religiones, y las pútridas llagas que aquejaron á las sociedades paganas, las teogonías dualístico panteistas del Oriente, la fantástica mitología de Grecia, la divinización del Estado en Roma, y el politeísmo é idolatría en todas partes, junto con los gangrenosos vicios de que adolecieron las antiguas civilizaciones.

Pero donde se dejó sentir todo el vacío que envuelve el olvido ó tergiversación de la idea bíblico-tradicional, fué, á no dudarlo, en la corriente de los sucesos históricos. Si, porque si la historia no es un conjunto de hechos aislados sin tronco común de donde partan, sin encadenamiento en el hilo de sucesión no interrumpido, sin un de antemano bien concertado plan; si no es siquiera la descripción viva y detallada de una raza, de un pueblo, de una cultura al estilo de la Yliada de Homero, del Ramayán de la India, ó del Niebelungen de los sajones: si, por el contrario, la historia es el cuadro vivo y animado de todas las razas, de todas las lenguas, de todos países y de todos los tiempos, donde figuran en ordenada falange todos los pueblos, desde su origen, hasta su desaparición de la escena de la vida, y la formación, crecimiento y apogeo de los imperios hasta su destrucción y su ruina, y todos los pensamientos que han cruzado por la mente, y todas las flores que han brotado en el bergel de la fantasía, y todas las leyes é instituciones que han regido en la sociedad, y todas las obras que ha inventado el arte ó fabricado la mano del hombre; un drama en acción, en fin, que teniendo por exordio la creación, por teatro la

tierra, por actor el género humano, por director la Providencia, por fin y desenlace una vida que misteriosa hoy, sabemos de cierto que ha de ser inmortal: considerada bajo este punto de vista, la antigüedad no llegó á concebir siquiera idea de lo que es la historia.

No la busquéis en el país de los Bramines que en medio de una literatura fecunda y luxuriante es el pueblo que menos conserva el recuerdo del origen. Tampoco la hallaréis en las inscripciones cuneiformes asiro-pérsico Caldeas, cuya fecha es ya adelantada en el curso de los siglos. El celeste imperio por su célebre muralla material, y más aún por la de su lengua monosilábica, en frase de Lacordaire, estuvo siempre incomunicado con los pueblos que marcharon por el camino de la civilización. De los emprendedores negociantes de Tiro y Sidón, sólo sacaréis en limpio el conocimiento de sus naves, de sus viajes, de su industria, de su comercio y de sus factorías. Y aunque del suelo de los Faraones, decía Voltaire, que encerrado allí el secreto de la vida y de la historia, sólo faltaba el José científico que, como el bíblico los sueños, interpretara el misterio del geroglífico; al presentarse en escena el ansiado Jerofante, que vestido con la túnica de la ciencia, se llama Champollión; de las misteriosas cifras convertidas en alfabeto, sólo ha resultado que los Egipcios, que llamaban niños á los griegos, eran tan ignorantes como ellos, de la extensión y origen de la Historia.

No hemos de arrancar una hoja siquiera de los laureles que ganó la Grecia en el estadio de las Ciencias, de las Artes y de las Letras. Allí nacen llegando á su apogeo, la poesía épica con Homero, la lírica con Píndaro, la trágico-dramática con Esquilo, Sófocles y Eurípides: y las escuelas cósmico-naturalista de Thales, armónico idealista de Pitágoras, dialéctico-panteista de Elea, hasta que Platón y Aristóteles, resumiendo el pensamiento helénico, levantan las columnas, entre las cuales oscila desde entonces el péndulo de la Filosofía. Así también á la sombra de los célebres Biblioteca y Museo de Alejandría, florecen después la Geometría con Euclides, la Medicina en la escuela que al fin engendra á Galeno, la astronomía con Hiparco, su aplicación á la Geografía con Erastóstenes, la relación de los sucesos con Polyhistor, es decir, autor de muchas historias, y con Dionisio de Tracia, hasta la Gramática, que desconocida de los grandes poetas de Atenas, es hoy vulgar entre los niños de nuestras escuelas. Y ¡cosa singular y al parecer paradójica! el suelo

donde se forma ese vistoso ramillete de escogidas y delicadas flores es un erial donde no brota siquiera la idea de la historia y mucho menos de su Filosofía. Sus inscripciones en monumentos no suben por encima de los mármoles de Paros en tiempo de Cecrope, ni sus recuerdos ciertos por encima de la guerra de Troya, ni su cronología fija por encima de las Olimpiadas; así como el imperio de los Césares con haber sujetado al mundo á su colosal poder, por medio del más erudito de sus escritores, viene á reducir la historia á tres épocas, la primitiva envuelta en la oscuridad, la segunda mezcla de fábulas y de mitos, y la histórica, única que hace fe en el tribunal de la crítica.

Al contrario, llénese el vacío que dejan las pobres elucubraciones de la razón, y las investigaciones inciertas ó incompletas de la ciencia con la altísima teoría, y seguida narración bíblica; y al efecto, tómesese por base del edificio la roca incombible de la fe; por palanca de Arquímedes del movimiento social, la cultura primitiva y original del paraíso; como columnas del Hércules de la existencia y de la vida el *non plus ultra* de la creación; y de repente cambia de decoración la escena. Con el nuevo pero luminoso dato introducido en él, al parecer, insoluble problema, lo misterioso se aclara, se endereza lo torcido, se levanta lo bajo, se ordena lo embrollado, se engrandece lo pequeño y se ensancha lo grande, hasta levantar la colosal pirámide, cuya base es la creación, y su cúspide el hombre á quien se dá por camino la tierra, por término de viaje el cielo, llenándolo todo con su inmensidad Dios. A la luz de estos principios, ya se puede subir científicamente del fenómeno á la ley y de ésta al legislador; y del estado actual de nuestro Globo á su formación en los días genesiacos, á quien hoy rinde tributo la Geología; y del orden del Universo al Ordenador, y de los fines impuestos á cada sér á una Providencia, que los enderece á un fin general y supremo. De este modo el criador, foco de las inteligencias, norma moral de las voluntades, imperativo de los deberes, fuente de los derechos, autor de todos los órdenes de la vida, lleva en una mano la llave de los corazones, y en la otra la rienda de los sucesos para conducir en su marcha majestuosa, la historia. En la Biblia está su natural comienzo, sus momentos importantes, y el anuncio de su desenlace y de su fin.

Y sólo así se comprende como lo que no concibieron siquiera los sabios de la antigüedad, lo haya llevado á cabo un cristiano; y grato es decirlo, el primero que bosquejó el plan de una historia univer-

sal fué un presbítero español. No vamos á comparar ahora el mérito literario de Pablo Orosio con los modelos de la literatura clásica, es decir, en la narración descriptiva con Herodoto, á quien se llama padre de la historia, ni en la crítica y política con Tucídides, ni en la biográfica panegírica con Xenofonte ó con Plutarco, ni en la pragmática con Polibio. Pero mientras esos grandes maestros del narrar encierran su mirada en el estrecho horizonte de un pueblo, una guerra, una expedición ó un personaje: mientras sus imitadores los Romanos la limitan, á la guerra púnica Tito-Libio, á la conjuración de Catilina Salustio, y Tácito á los anales del Imperio, al contrario el *Mæsta Mundi*: echando por encima de la *Biblioteca* de Diodoro de Sicilia, una mirada á todos los siglos, es el primero que traza, aunque en resumen, el cuadro entero de los sucesos desde Adán hasta Nino, y de aquí al Imperio romano, que á la sazón se estaba desmoronando. Y si á este se agrega *La Ciudad de Dios* de San Agustín que es la soberbia cúpula que corona el edificio, resulta evidente que sólo á la Biblia, en manos de la Iglesia, debe el mundo la verdadera noción de la historia y de su filosofía. Lástima que por olvido ó más bien por desdén hácia el sagrado libro, sea esta la fecha en que no se ha desenvuelto en toda su amplitud el pensamiento del siglo v. El retraso no puede atribuirse á la idea, que es un foco de luz; otras son sus hondas causas. Aparte de los siglos feudales poco favorables á históricas elucubraciones, el renacimiento, en frase de Cousin, embriagando á la Europa de clasicismo pagano, no alcanzó á divisar flores más que en el Olimpo ó el Pindo, ni grandezas sino en las águilas romanas. Con tan estrecho criterio, no podía escribirse la historia, y de él participaron los por tantos títulos ilustres Bossuet y Vico, reduciéndolo, el primero al confin de los grandes imperios y el otro al molde de los pueblos clásicos.

Portentosa es la actividad que de un siglo á esta parte se ha desplegado en exploraciones y descubrimientos. No hay país que no se haya recorrido, ni lengua que no se haya analizado, ni legislación, instituciones y costumbres que no se hayan descrito, ni monumentos é inscripciones que no se hayan interpretado, ni ramo alguno de la ciencia, de la literatura ó del arte que no haya sido objeto de una histórica monografía. Y para que nada falte al lustre de nuestros tiempos, como por una misteriosa cita se han presentado al certámen científico-histórico gran multitud de arquitectos con pretensiones de levantar el plano, y con los materiales acumulados

construir el soberbio edificio de la historia y su filosofía (1). Pero á la moderna heterodoxia ha acontecido lo mismo que á las miras mezquinas del renacimiento, que á los narradores politeistas. Edifican sobre la arena de un falso sistema, y el alcázar de sus fantásticas concepciones por su peso se viene al suelo. Y no es extraño, porque el racionalismo haciendo del hombre un ángel, fuente de toda verdad, de todo derecho; el positivismo, haciendo del hombre una bestia, reducida á la esfera de las sensaciones, y el panteísmo confundiendo á Dios, al hombre y al mundo, en monstruoso cáos; al oscurecer de este modo el orden de las ideas, tergiversando el de los hechos, han cortado el vuelo á la inteligencia para concebir, y atado al arte las manos para ejecutar todo sublime designio.

Ellos no saben ó aparentan ignorar, cuándo ni cómo aparece el hombre sobre nuestro globo, si brotó como un hongo en el erial de la naturaleza, ó si vino del mundo á la tierra, como dice candorosamente un libro que se titula nada menos que el *Ideal de la Humanidad*. Otros nos aseguran que descendiente del Gorila, anduvo errante por los bosques muchos siglos, sin inteligencia, sin habla, ni cultura, aunque ruda é incipiente, sin familia y sin sociedad. Pero en esta hipótesis, hoy reinante en la ciencia, tienen que explicarnos por qué arte taumatúrgica surgió de su cerebro la idea, de sus labios la palabra, de sus manos la cultura, y de sus relaciones la sociedad. Y como la especie en este caso no procede de un tronco, de una sola pareja, tienen que buscar un lazo que explique la conformidad sustancial de todas las cosmogonías, el parecido de los recuerdos paradisiacos, la semana tan generalizada en los pueblos antiguos, al decir de Laplace, y el salto que dió el hombre desde la cultura de los terrenos cuaternarios, hasta las adelantadas con que se presenta el Oriente desde los primeros albores de los tiempos conocidos. Y si esos rasgos de unidad primitiva son inexplicables en el sistema; tampoco nos dá una razón satisfactoria de la división que constituye el mundo politeista; división del lenguaje en lenguas, clasificadas hoy por la filología, admitiendo Max. Muller la posibilidad de un mismo origen, y la de la especie única en sentir de Quatrefages en las cinco razas que ha descrito la antropología. Ni nos explica cómo se dividió la religión en cultos tan variados, y la idea fundamental filosófica en sis-

(1) Todos los modernos sistemas de historiografía están expuestos detalladamente en "Los Deux cités," par F. Rougemont, tome sec. livre deux.^{me} pag. 223 en adelante.

temas, y la de sociedad en castas, y la de cultura en civilizaciones, y ésta en leyes, artes y costumbres, tan diversas y aun encontradas; y en fin cómo las naciones olvidadas de un común origen se miraban como extrañas, acechándose como rivales, y combatiéndose como enemigas.

Y si de estos dos grandes fenómenos que llenan los anales de la antigüedad, no sabe el racionalismo dar cuenta exacta, incapaz es también de comprender el hecho más asombroso que registra en sus páginas, como que es el punto central de la historia. Si, en el sistema no se explica como en medio de ese torbellino de ideas, de esa variedad de civilizaciones, de ese laberinto de cultos brota, sin apercibirse de ello, el mundo, la unidad intelectual, religiosa, moral y social, que penetrando por todos los poros al hombre y por todas las venas á la sociedad, y dejando intactas las formas exteriores de lengua, de costumbres, de instituciones, derrama ese espíritu sustancial de verdad en las ideas, de justicia en las leyes é instituciones, de honestidad en las costumbres, de belleza y sublimidad en las artes, de orden en todo que distingue á la cristiana de las paganas civilizaciones, y que formada y robustecida en Europa, es llevada por el génio de los mares de uno á otro continente, para que se difunda en todos los climas y latitudes sin perder su carácter distintivo, que es la unidad y la universalidad aun en medio de la inmensa variedad de tribus, razas y naciones que participan de sus maduros y ópimos frutos. Nada sabe, por tanto, ni del origen, en que titubea, ni del mundo politeísta de la división que le confunde, ni de la unidad cristiana, que le abruma, ni del final que por completo ignora.

Si algún día, pues, se ha de levantar el alcázar de la Historia y su Filosofía, menester es volver los ojos á la Biblia, en cuya ancha base caben todos los materiales acumulados, para erigirles con la regla de su teoría, y el compás de su narración en una vasta síntesis, que nos dé resuelto el problema. Con este libro en la mano, tenemos un tronco único de la especie, el habla recibida del Cielo, el común origen de la religión, de la sociedad, de la cultura, de la cronología en el tiempo, de la etnografía en los diversos pueblos; de donde resulta formada espontáneamente la era de la unidad primitiva. Y del conflicto de Babel, donde con la división de las lenguas se dispersan los pueblos, brota pujante esa distinción de cultos en religión, de sistemas en filosofía, de castas en las sociedades, de legislación y de artes en las naciones, que constituyen

el rasgo más saliente del mundo politeísta. Y entonces se explica también cómo la unidad primitiva conservada religiosamente en Israel, y reorganizada socialmente en los imperios, cuando el romano pudo dar al mundo conocido, la unidad de lengua, de derecho y de gobierno, como medios suaves que preparaba de lejos la Providencia, surge milagrosamente en el árido suelo del politeísmo el árbol frondoso de la cristiana.

Expresada ésta el día de Pentecostés en medio de la variedad de lenguas y de pueblos, reunidos en Jerusalén, inaugúrase la era de una unidad superior, que sin cambiar las clases y condiciones, como dice San Jerónimo, sin trastornos sociales, sin cortar siquiera el hilo de la historia, estaba destinada á borrar las negras tintas de la división, y dominar desde entonces el curso de los sucesos, la marcha majestuosa de la historia; unidad que religiosa en San Pedro, se convertirá en social por la energía de Hildebrando, para que se extienda geográficamente por Colón á toda la redondez de la tierra. Teoría que superior á los fastuosos sistemas modernos, á pesar de su sencillez, está contenida en el Génesis, que es el libro del principio; en el Evangelio, que es libro del medio, y en el Apocalipsis, que es libro del fin. Unidad primitiva, que es el exordio; conflicto de Babel, que es el argumento; superior unidad cristiana, que es la solución; descubrimiento de Colón, que es el desenlace del drama; hé aquí el verdadero plan de la historia. Sólo falta el Miguel Angel, que con los datos reunidos y la idea bíblica erija el San Pedro de su filosofía. Y sólo en ese alto y vastísimo designio, es como se comprende y explica la grandeza del descubrimiento: porque sólo extendida en la inmensidad del cuadro, es como puede verse en toda su magnitud y grandor la colosal figura de Cristóbal Colón (1).

A nosotros sólo nos toca exponer su providencial destino; ó sea *misión providencial de Colón en sus relaciones con la corona de Castilla y la escuela de Salamanca*; este será el asunto del presente discurso. Lástima que el encargado de ocupar este honroso puesto y el menor entre los Doctores del Claustro carezca de las dotes necesarias para llenarle dignamente; pero abriga la confianza de que todos los defectos de que adolezca el desarrollo del interesan-

(1) La teoría tan sólo indicada en el texto se desarrolla con extensión en el *Bosquejo de una filosofía cristiana de la historia á la luz del descubrimiento del Nuevo Mundo*.

te asunto, sabréis vosotros cubrirles con el manto de vuestra indulgencia, y suplirles con el ingenioso artificio de vuestra reconocida ilustración.

§ I

Desde que el Padre Sigüenza con la clara intuición del ingenio vislumbró y con el delicado pincel del artista acertó á describir, como preliminar á la vida de San Jerónimo, la noble y majestuosa figura del hombre providencial, un nuevo rayo de luz, desprendido del foco purísimo de la fe, vino á esclarecer las misteriosas profundidades de la razón, de tal modo, que, por entre las sombras de este valle *hondo oscuro*, puede entreverse de algún modo el camino por donde marcha el hombre á su eterno destino, y el enlace con que se unen los hilos de los sucesos en la trama complicada de la vida. Según esa luminosa teoría, Dios, como luz de la inteligencia, dueño de las voluntades y señor de los corazones, rige y gobierna las almas con la voz callada de sus inspiraciones, con el secreto impulso de su gracia. Así mismo, árbitro de los destinos de las naciones, cuyas riendas lleva en su sabia y poderosa mano, oportunamente y según sus inefables consejos, en frase del sagrado texto, cambia también los tiempos y las edades, y traslada de unos en otros los imperios y dinastías; y al efecto, prepara de lejos las causas, endereza los hechos y envía las personas, según las necesidades de la época ó las circunstancias del momento, para conseguir por medios tan suaves, como eficaces, la realización de sus altos é inescrutables designios. Sólo de este modo aparecen en su natural fisonomía los hombres y los acontecimientos en el vasto cuadro de la historia. Así Abrahám sale de Ur de los Caldeos, su pátria, y va peregrinando á la Mesopotamia, á Canaán, á Egipto, como el misionero de la unidad que Dios envía precisamente, cuando al decir del mismo San Jerónimo, Nino deificaba á su padre Belo, y la religión tradicional principiaba á eclipsarse con los absurdos del politeísmo y de la idolatría. Así José, vendido por sus hermanos, y llevado á Egipto como esclavo, del fondo del calabozo, en que yace injustamente, es elevado por Dios á la primera dignidad del imperio con el trascendental intento, de que su familia, convertida de tribu en nación, como depositaria de las prome-

sas, fuera educada precisamente en el país más culto de la tierra, y á la sazón en artes y ciencias el más adelantado. Así Moises, en frase de Bossuet, el más antiguo de los historiadores, el más profundo de los filósofos, y el más sabio de los legisladores, la constituye y organiza en el desierto de tal modo, que, poniéndose por sucesos extraordinarios en contacto con todas las grandes civilizaciones, corrija sus yerros, siendo la lumbrera del mundo en las tinieblas del politeísmo (1). Y Ciro, anunciado por Isaías con su propio nombre, como el destinado á dar libertad al pueblo escogido, y destruir el grosero fetiquismo asiro-babilónico por medio de la que un autor citado por César Cantú llama religión de los puritanos del paganismo, y el Macedonio derramando la copa de la literatura griega en diversas naciones del Asia; y el Imperio romano abriendo expeditas vías para que las pasearan victoriosas sus legiones; todos estos colosales sucesos, en las miras de la Providencia, eran los medios más conducentes para que se extendiera por el mundo con asombrosa rapidez la idea cristiana. Del carácter sobrenatural y milagroso de este acontecimiento, no hay para qué ocuparnos. Después de las luces que ha derramado sobre él la erudición de la apología, es claro é indudable que los Apóstoles llevan en sus manos las credenciales y en su frente marcada la señal de enviados del cielo. Y nadie les disputará esta gloriosa investidura, al ver que de oscuros y toscos pescadores de Genesaret se convierten de repente, al salir del cenáculo, en luz del mundo, haciendo girar la marcha de los sucesos por la órbita de la de la unidad, diametralmente opuesta á la división del politeísmo, y dejando planteado á su muerte el hecho más culminante y la institución más grande de la historia, como lo son el cristianismo y el Pontificado.

Pues bien; á semejanza de los discípulos de Jesús, y según la oportunidad de los tiempos, aparecen varones apostólicos, que agregando al seno de la Iglesia pueblos enteros, van marcados con un sello providencial. Así Patricio, convirtiendo á los Hibernos, Remigio á los Francos, el monje Agustino á los Anglos, Leandro á los Visigodos, Bonifacio á los Sajones, Cirilo y Metodio á los Slavos, y Benito formando esa falange apiñada de monjes, que logran amansar, educar y civilizar á los bárbaros, como siglos después Francisco Javier bautizando millares de In-

(1) Véase Histoire de la Revelation biblique par l'docteur Hanneberg. Tome premier, quatrieme partie, en adelante.

dios orientales; si no son reconocidos como embajadores del cielo, no se les disputará al menos el título de héroes; si no se les otorga el honor de los altares á guisa de santos, habría que levantarles en el templo de la civilización y de la historia una estatua, como grandes bienhechores del género humano. A ellos fué debido, el que en la estrepitosa caída del colosal imperio romano, el mundo no quedara á oscuras, envuelto entre los girones de la división, y en el caos tenebroso de la barbarie. A las luces por ellos difundidas, á las instituciones por ellos planteadas, ó más bien, á la Iglesia por ellos sostenida y ampliada, es debido el que, esos siglos feudales, á quienes ya se vá dispensando paulatinamente la justicia, que les negaba indocta la enciclopedia, nos hayan dejado como testigos de su actividad asombrosa, y fecunda, aunque lenta elaboración, en la esfera de las ideas, dos sumas, por encima de las cuales, en frase de Raúlíca, solo está el pensamiento angélico; y en la práctica del derecho el Código de las Partidas y la colección de las decretales; y en la astronómica las Tablas Alfonsinas; en arquitectura las catedrales ojivales; alfabeto, en piedra, del lenguaje de lo infinito: y en literatura la divina Comedia, resumen poético de la civilización feudal, y para decirlo de una vez, esa civilización, que á lo duradera de la egipcia, lo grandioso de la asiria-babilónica, lo brillante de la persa, lo bello de la griega, y lo sólido y majestuoso de la romana, añade un distintivo que las excede á todas, lo santo de la cristiana y lo universal de la Iglesia católica. Arbol de vida, que plantado en el suelo de Europa, nutrido con el saludable jugo de la verdad, de la moral y de la justicia, y creciendo á la sombra y cultivo del Pontificado, cuando es robusto lo bastante para extender sus ramas y derramar sus ópimos frutos; aparece el hombre providencial destinado á llevarles del mundo conocido á un continente sepultado en el abismo de los siglos y de los mares en las carabelas de su heroísmo y de su génio. El coloso moderno, pues, que como el antiguo de Rodas, poniendo un pié en el puerto de Palos, y otro en la isla de Guanhani, une dos mundos con los lazos de la religión, de la fraternidad humana, del comercio, de la civilización y de la historia, es un hombre extraordinario, es un embajador del cielo, es el pregonero de las maravillas de la creación, hasta él escondidas á la sagacidad humana; es á todas luces, un hombre providencial. Detengámonos aquí á contemplarle bajo este aspecto sublime, desconocido de unos, ridiculizado por otros, y hasta aquí desapercibido



para la generalidad de los sabios, y aun de los mismos biógrafos é historiadores del gran acontecimiento, que en estos momentos solemnemente se conmemora.

§ II

Con efecto: abatido el feudalismo, ensalzado el poder real, formadas las Nacionalidades, unidas las Naciones con relaciones diplomáticas, que de accidentales se iban convirtiendo en permanentes: constituida, en fin, la Europa bajo la base de la unidad, religiosa en el pensamiento, social por sus costumbres é instituciones, política por las Monarquías, que nacidas al calor del mismo espíritu formaban una especie de confederación llamada la Cristiandad; con un caudal de ideas científicas, que abarcaba todas las esferas especulativas; con un enlace en los hechos, que sacándoles del aislamiento feudal, convertía la aridez de la crónica en la fecunda amenidad de la historia con una actividad febril, de industria y de comercio, sostenida por los italianos y catalanes en Levante, y por las ciudades asiáticas en el Norte; con el ansia de los descubrimientos geográficos, que animaba á los españoles, y principalmente á los portugueses y científico-prácticos, que cierran gloriosamente este ciclo, y han de dar un nuevo giro á la ciencia y á las costumbres; la imprenta multiplicando prodigiosa é indefinidamente el manuscrito, la brújula y el astrolabio ampliando á horizontes desconocidos la navegación, y la pólvora cambiando la táctica de la guerra; y todo ello impulsado, dirigido y regularizado por los Papas como acción central, y por los frailes como auxiliares é instrumentos del Pontificado: con todo este conjunto de hechos y de ideas, de adelantos é instituciones, la Europa estaba preparada y como en expectativa de un gran acontecimiento, que cambiara de repente la faz de la tierra.

Solo se necesitaba un hombre que recogiendo en su mente robusta los rayos de luz dispersos en las diversas esferas de la vida, los reuniera en una gran síntesis, produciendo la nueva idea, ó más bien sólo era menester una ocasión propicia, que poniendo al génio en condiciones de desplegar las alas de su vasta concepción, abriera un nuevo rumbo á todos los elementos de la comple-

ta civilización europea. Y ese hombre se presenta y todos le conocen y respetan: y ese acontecimiento se realiza, y todos de él disfrutamos: y el héroe y la obra llevan marcado en su frente el distintivo católico de unidad y universalidad, que todos los sofismas de escuela y todas las preocupaciones de secta, son incapaces de oscurecer ni arrancar. A todas luces, Colón es el génio inspirado por la fe. A todas luces el descubrimiento es un hecho providencial.

Y ciertamente que considerado bajo el punto de vista católico, no se podría siquiera poner en cuestión. Prometido desde el principio del Mundo, anunciado por una ilustre série de Profetas, simbolizado por todo un pueblo, preparado por los grandes Imperios, dice Bossuet, y esperado por todas las Naciones, como dice la Escritura y ha demostrado la apología, el cristianismo ocupa el punto central de la historia. Así como antes de su aparición hizo converger á él todos los grandes acontecimientos del Mundo antiguo, así está por su naturaleza, ó más bien por su institución destinado á extenderse por toda la tierra, borrando las diferencias procedentes de la división. La promesa es bien terminante: *enseñad á todas las Naciones, este evangelio y el hecho de esta mujer se anunciará en todo el Mundo*. Luego, no por accidente, ni impensadamente, sino con una intención marcada, por una promesa profética fija y terminante, el cristianismo no estaba destinado á atravesar todos los tiempos: *ecce vobis cum sum omnibus diebus usque ad consummationem*, para recorrer todos los países hasta el extremo, *et possessionem tuam terminos terræ*, hasta que de gentes de todos tiempos y de todas las Naciones se forme un sólo redil, y un Pastor único: *fiet unum ovile et unus Pastor*. (1)

(1) La universalidad del cristianismo y por su medio y benéfica influencia, la de la civilización verdadera estaba anunciada en el testamento antiguo, y no por accidente, sino como un plan fijo y constante del Espíritu superior que la dictó; si como anuncio constituye una cadena no interrumpida de vaticinios, como esperanza vibra en todo el organismo del pueblo judío, siendo en todas sus aspiraciones la preparación histórica del reino del prometido Mesías. El anterior anuncio, pues, y la posterior y exacta realización, hechos ambos tan auténticos como colosales, que ni pudieron humanamente preverse, ni mano alguna alcanzar á repetir ó borrar, de tal manera abruman al racionalismo histórico, que conviene dejarlos bien asentados aquí, indicando siquiera los principales pasajes en que se hallan consignados. Genes. cap. 3 v. 15, cap. 12 v. 3, cap. 22 v. 18, cap. 26 v. 4, cap. 49 v. 10. Aunque en los salmos de David y en la profecía de Isaías palpita la idea nos limitamos á citar sólo á los sig. salm. 2 v. 8, salm. 18 v. 7, salm. 21 v. 28, salm. 44 v. 17, salm. 47 v. 3, salm. 66 v. 3, salm. 71 v. 8, 11 y 17, salm. 85 v. 9 y salm. 97

Luego el descubrimiento de las Indias estaba previsto é incluido en el designio de la idea cristiana: luego Colón es una prueba viva, tangible de la verdad, por lo mismo que es el cumplimiento de una promesa, que estaba fuera del alcance de la previsión humana. Luego Colón y el descubrimiento forman parte del plan del divino Fundador del Cristianismo. Solo el que abarca de una mirada en toda su extensión los siglos, y lleva en una mano la llave de la inteligencia y del corazón, y en la otra las riendas del gobierno de las naciones, es el que podía predecir y asegurar el cumplimiento de una palabra, ó más bien la realización de un suceso, que anunciado desde el principio, verificado en el medio, y destinado á ocupar toda la tierra en el fin, es el mayor prodigio de los siglos, la luz y la guía de la historia, la ley de la vida del mundo y la gran idea de la civilización. Ni se puede negar al descubrimiento su carácter de esencialmente cristiano y civilizador, ni arrancar de la frente inspirada de Colón el sello providencial. Su nombre de Cristóbal, *Cristoforo Christum ferens* no es hijo de la casualidad: estaba ordenado por aquella Providencia sabia que, ocultándose bajo las causas naturales, dirige suave y eficazmente todas las cosas á su alto y respectivo designio. Este razonamiento es concluyente, decimos, bajo el punto de vista católico.

Pero también es incontrastable para todo historiador que no renuncie á ser filósofo, y para todo filósofo que no haga profesión de ser ateo; porque si la religión es la esfera superior de la vida, y en todos tiempos y en todos los países ha servido de fuente, de centro y de regla á la civilización, la europea, que es hoy la única que brilla y domina en el mundo, es indudable, debe su nacimiento, desarrollo, unidad y universalidad á la Iglesia y al Pontificado.

ŷ. 3. Isaías cap. 11 ŷ. 10, cap 12 ŷ. 5, cap. 16 ŷ. 1, cap. 40 ŷ. 5, cap. 42 ŷ. 10, cap. 53 ŷ. 6, cap. 60 ŷ. 5. Y por no alargar más las citas concluimos con Aggeo, cap 2 ŷ. 8, Zacar, cap. 4 ŷ. 14, y Malach, cap. 1 ŷ. 11. Y basta. Lo notable de estos anuncios consiste en que se hicieron en plena edad de división, cuando en todos los pueblos politeistas la religión era local y la profecía históricamente parecía imposible de cumplirse. Como se dice en el texto, solo el que en tan diversas épocas viene inspirando á todos esos escritores sagrados, es el que podía preveer, y anunciar en tan variados tonos el suceso que merced á la intuición del génio cristiano y mediante la fecundidad inagotable de la Iglesia católica, está hoy patente á la vista de todo el mundo. Y dicho esto, excusamos añadir los numerosos testimonios adacidos en la Biblioteca de Religión Tomo XI, cap. IX, titulado *Profecías* para probar que la del futuro Reparador de antiguo se había extendido á los pueblos gentiles. Biblioteca etc. Madrid 1827.

Sea el que quiera el juicio que se forme de la llamada Edad Media, del Feudalismo y de las Cruzadas, de los Papas y de los Frailes, es lo cierto que civilización cristiana y europea son una misma y sola cosa, y que tal como es, es debida á la Iglesia y al Pontificado. El que no reconozca, pues, en el cristianismo la religión verdadera, en Jesucristo al Hombre Dios, y en la Iglesia una institución divina, tiene que confesar, por lo menos, que la civilización que transportó el genovés á las Indias, es debida á Cristo, cuyo nombre lleva; al Cristianismo, cuya idea extiende; á la Iglesia, cuyo seno ensancha, haciéndola geográficamente lo que en sí misma era desde su fundación, es decir, católica ó universal. Si se rechaza la prometida asistencia del Espíritu Santo á la Iglesia, hay que admitir por lo menos en el gran acontecimiento la Providencia general de Dios, dirigiendo los sucesos históricos, y repartiendo los beneficios de la Civilización (1).

Si después de este razonamiento todavía se parapeta la incredulidad en la negación de Dios y su intervención en la historia, en vez de disolver la dificultad, suscita una mayor. Cuando se lee el Prometeo libertado y la Eneida, ó se contempla el Escorial, y el cuadro de la cena, al momento asalta á la mente la idea de un gé-
nio, que se llama Esquiles, ó Virgilio, Herrera ó Leonardo Vinci. Pues al abrir el drama ó epopeya de la vida, al contemplar el cuadro y edificio de la civilización, tenemos que decir: la vida que es un misterio, y la historia que es una trama, cuyos hilos se escapan á la perspicacia y previsión del hombre, no se explican tampoco sin una inteligencia que las conciba, sin una ley que las rija, sin un fin á que se encaminen. Y esa inteligencia superior al hombre, no puede ser otra que lo que en el lenguaje místico como en el filosófico tiene el nombre de Providencia. Y hé aquí el absurdo al descubierto.

Cicerón prueba la existencia de Dios por la fábrica admirable del ojo humano; pues el ojo de la historia necesita de la luz de la profecía, y es más admirable su organismo. Rouseau no concibe la construcción del reloj del universo sin la mano de un sabio relojero; pues el reloj de los acontecimientos reclama una mano más diestra aún, que la que regula el movimiento admirable de los astros.

(1) Véase la interesante carta que sobre Cristóbal Colón dirige S. S. el P. León XIII á los arzobispos y obispos de España, Italia y ambas Américas.

Los modernos panteístas no comprenden los seres finitos sin el absoluto que les sirva de fundamento, ni la razón y conciencia humana sin la base de una razón y conciencia universal. Aprovechémonos de estas confesiones que no rechazará el más obstinado excepticismo. El panteísmo moderno se vé obligado á introducir á Dios en la ciencia, pero con la absorción de la razón humana en la absoluta y universal, confunde los términos, y suprime la historia de los seres libres. Si hemos de distinguir á Dios de los hombres, y dejar al hombre la historia de su paso por la tierra, se hace necesario admitir dos factores: y es decir, el hombre libre, actor limitado á representar su propio papel y alcanzar su individual destino: y la Providencia conduciendo al hombre y á las naciones á un fin universal, que misterioso durante el drama, sólo podrá verse en toda su extensión y sabiduría el día del desenlace; en lenguaje cristiano, en el día del juicio final. El panteísmo admite la providencia en la historia, pero confundiendo torpemente á la historia con la lógica, y á Dios con la criatura. Desechemos el absurdo, y recojamos la confesión, distinguiendo la lógica de la historia, y haciendo intervenir en ella á la Providencia.

Y ahora desde este alto punto de vista del dogma providencial, que es al mismo tiempo un axioma en filosofía de la historia, podemos discernir y apreciar en su valor las cuestiones críticas á que ha dado origen el gran descubrimiento. ¿Los antiguos comunicaron alguna vez, ó al menos tuvieron alguna noticia de las Islas Occidentales? ¿Se oscureció en los siglos feudales de tal modo, que se borrara completamente su recuerdo? ¿Los Escandinavos llegaron en sus excursiones á Terranova, ó á la Florida? ¿De dónde procedieron de nuevo las primeras conjeturas sobre la existencia del otro Hemisferio? ¿Qué progresos había hecho la Geografía hasta fines del siglo XV? ¿Qué motivos indujeron á Colón á lanzarse intrépido á la mar tenebrosa, y cuál es el mérito de su descubrimiento? Hé aquí la série de problemas, que planteados hace cuatro siglos, están en parte por resolver todavía, no obstante la erudición inmensa que se ha acumulado para su esclarecimiento. Ya el dominico García en un libro titulado *Origen de los Indios y de las Indias* desplegaba un vasto saber, para justificar el título de su obra. Antes del hijo de Guzmán, el Erasmo Español, el célebre Comentador de la Ciudad de Dios, Luis Vives (1) recogía testimonios de

(1) Anot. al cap. 9, letra A.

antiguos Filósofos y Cosmógrafos, que parecen indicar la existencia de un gran Continente. El gran Crítico Masdeu consagraba al mismo asunto, ampliándoles, un largo discurso con el nombre de Ilustración (1), y de él se podría aducir el testimonio de San Clemente, Papa, en prueba de las relaciones que median entre Colón y el Pontificado. Por otra parte Malte-Brun con todos los Historiadores modernos de los progresos de la Geografía y César Cantú (2) con la mayor parte de los Historiadores generales, como deseosos de sorprender al Génio cristiano en sus misteriosas elaboraciones, se esfuerzan en mostrar el terreno preparado de antemano, para hacer producir sin violencia á su tiempo y sazón la flor del descubrimiento. Y para decirlo de una vez, desde que Las Casas y la vida del Almirante consagraron algunos capítulos á exponer los motivos que en su juicio movieron al Genovés á concebir con la seguridad de su claro entendimiento y ejecutar el proyecto con la firmeza de carácter, que eran propias de un Génio y de un Héroe; una gran falange de Historiadores de Indias desde el clásico Herrera, pasando por el Académico Muñoz, hasta el moderno protestante Irving, cada uno desde su punto de vista y según los conocimientos astronómico-geográficos de su época y educación personal, han intentado rasgar el velo, cada vez más tupido, que oculta el secreto del Genio cristiano.

Y ciertamente, que mientras esas curiosas investigaciones se encierran en los límites marcados por un criterio racionalmente científico, aunque nunca completas ni satisfactorias, siempre son eruditas é instructivas. Si los Historiadores generales, ó de geografía se limitaran á seguir los pasos, que se han dado en la superficie de nuestro Globo, en sus relaciones con el sistema celeste: si los autores, que se supone haber consultado el Marino; si los cálculos que empleaba para medir los grados de Occidente á Oriente, ó de Africa á Catay ó Cipango; si las seguridades que le daba Toscanelli en la célebre carta, que citada por don Fernando y Las Casas existe todavía original en la Colombina de Sevilla: si las relaciones de los Marineros que recogía cuidadosamente y unía y combinaba con sus propias experiencias: si todo este conjunto de razones que se supone haber influido en la mente de Colón, fueran consideradas tan sólo como estímulos para despertar, indicios para esclarecer,

(1) Masd. Hist.^a Crit. de Esp. tom. 3 lib. 6 pav. 324.

(2) Hist. U. Epoca 14. lib. 14. Cap. 1.^o

apoyos para confirmar la idea; dejando después á la conciencia del génio su secreto y á la Providencia su altísimo designio, inaccesibles ambos á la Geografía, fuera ambos de la jurisdicción de la Historia, é inexplicable todo por la razón del hombre: si la cuestión se redujese á la simple exposicion de los hechos, nada tendríamos que corregir, ni aumentar, y sí mucho que aprender de unas tan doctas como curiosas investigaciones, que lejos de destruir, vienen en apoyo de nuestro capital pensamiento.

De ellas resulta claro, con efecto, que en el arbol genealógico de los Cosmógrafos no hay un ascendiente capaz de engendrar al hombre, que los supera á todos. De ellas se deduce que entre los motivos y fundamentos en que se supone haberse apoyado el Génovés no hay ninguno decisivo, por la sencilla razón de que todos juntos, aun expuestos por el mismo génio, no alcanzaron á persuadir á sus contemporáneos, excepción sólo hecha de dos Frailes, y una Reina ilustre: (1) y como consecuencia lógica de estas dos premisas, resulta en fin, que después de tantos cálculos y averiguaciones, esta es la hora en que la historia no ha visto la Gran Figura de Colón, sino por un sólo lado, y este no el más importante.

Sí: porque Colón no es sólo el génio de la cosmografía, como en el modo de plantear la cuestión parece indicar la mayor parte de Geógrafos é Historiadores: Colón es un Génio universal, que abre anchos horizontes á todas las ciencias, distinto rumbo á la historia, una fase nueva á la religión: y más que un Génio científico, es el Patriarca, el Apóstol de un nuevo Mundo; es el hombre síntesis del pasado y protogónico del porvenir; es, según la feliz expresión de Las Casas, el Noé moderno que enlaza en sí dos órdenes de sucesos, como el bíblico fué el lazo de dos estados del humano linaje. Sólo mirándole en conjunto, como representante de la civilización cristiano-europea, que es la dialéctica y sintéticamente universal: sólo mirándole como instrumento de la idea de la unidad cristiano-social, para extenderla por toda la tierra, es como se le vé en su verdadera figura, y en toda su magnitud é importancia, ante la cual son bien pequeñas, y de menor cuantía las cuestiones que hasta aquí han consumido tantos talentos, tanta erudición y tanto tiempo.

Afortunadamente, para gloria de la religión todos los frailes que han escrito del Nuevo Mundo, de Méjico ó del Perú, de las

(1) *Que siempre me fueron constantes*, dice el Marino.

provincias de Chiapa ó de Guatemala: y el sabio salmantino Solorzano en su gran obra *De Jure et Gubernatione Indiarum occidentalium* (1) y, grato es decirlo, todos nuestros historiadores de Indias ó de España, desde Oviedo y Gomara, hasta Muñoz y Caballero, hayan ó no tocado la cuestión geográfica como medio preparatorio, han sabido elevarse á la altura del acontecimiento, haciendo intervenir en él á la Providencia, y presentado á Colón como su glorioso instrumento (2). Y si por haber limitado su atención al punto concreto de la conquista y evangelización de un país, ó por no haber alcanzado los nuevos é inmensos horizontes que ha abierto á la historia la moderna erudición, no relacionaron al Génio con la civilización cristiano-europea, cuyo armonioso resumen era, ni al descubrimiento con la historia, de la cual es una de sus fases más importantes; en los felicísimos atisvos y clarísimas intuiciones, que les daba la idea cristiana, dejaron apuntado el gran pensamiento lo bastante, para que á la luz de los datos acumulados en nuestra época, pueda fácilmente explicarse y desenvolverse.

Sin mencionar por ahora á los frailes, cuyos luminosos testimonios podrían tacharse de parciales y que pueden verse reasumidos en la clave historial de Flórez (3), no podemos dispensarnos de aducir algunos testimonios de nuestros escritores seglares. «La eterna Providencia, dice Muñoz, al tiempo que había destinado abrir la mútua comunicación de ambos Mundos, deparó un hombre extraordinario, que descubriese caminos nuevos... Fué este Colón.» «Y nosotros asombrados, añade Cladera, violentaríamos nuestra conciencia para no creer que en tan gran empresa tuvo comercio con el Ente superior que gobierna á los mortales.» Y mejor que ninguno Herrera, que reproduciendo con ligera alteración unas palabras de Las Casas dice (4) «Todas las cuales (los testimonios de los antiguos y señales y propias experiencias, objeto de

(1) Véanse libro 1.º cap. 15, libro 2.º cap. 3.º

(2) Llegando á decir Zamora y Caballero que «es el acontecimiento más grande que ha presenciado el mundo desde la venida de Juscristo.» Hist.^a gral. de España y de sus posesiones de Ultramar, tomo 3.º, cap. 17.

(3) Juntándose esos avisos con los que Colón tenía por su ciencia, é ilustrado con fuerza superior se persuadió etc. Clav. hist. pág. 312. Estas palabras son una solución que honra al talento del autor más que toda la erudición protestante.

(4) Muñoz, Hist. del N. M. lib. 2.º § 11. Clad. Invest. hist. etc. pág. 45. Herr. Hist. etc. lib. 1.º cap 3.º

la cuestión) eran cosas para moverle á Don Cristóbal y abrazar la empresa: porque la divina Providencia, cuando determina hacer alguna cosa, sabe aparejar los tiempos, y elegir las personas, y dándolas inclinaciones, acude con las ayudas, ofrece las ocasiones, y quita los impedimentos, para que se consigan los efectos.» De estos rasgos del pensamiento español colígese claramente, que la Fe siempre arroja rayos de luz, para resolver las grandes cuestiones, y que el lenguaje cristiano es siempre firme y seguro para dar razón de todas las cosas. La idea podrá ser incompleta y susceptible de explicación, pero es luminosa y verdadera. En todos los sistemas modernos de filosofía de la historia, no hay una sentencia tan profundamente exacta, como el citado pasaje del gran cronista de las Indias.

Pero lo que desde la enciclopedia para acá se llama crítica é historia, no se contenta con una solución que califica de mística, porque ni siquiera admite esa esfera de ideas que se llama Teología, ni esa ordenación en los hechos, que se llama Providencia. Ha convenido de antemano en desterrar á Dios del gobierno del Universo, á Jesucristo del Reino de las Naciones, y á la Providencia de los dominios de la Historia; y para la resolución de las grandes cuestiones, no cuenta para nada con cierto orden de ideas, cuya transcendencia es superior á sus mezquinas concepciones. Pero si la vida no se explica por la fe, ni la historia por la religión; la razón incrédula separada de ambas, adquiere un gran compromiso ante la fe, que desecha, y ante la ciencia, que quiere monopolizar. La es preciso dar al problema una solución cualquiera; aunque para dejar en sosiego á la razón misma, tendría que darla verdaderamente satisfactoria. Pero hé aquí precisamente el gran escollo en que naufragará siempre el bajel separatista. En prueba de ello, después y en frente del católico español, veamos ahora el pensamiento extranjero enciclopédico-protestante racionalista.

Es curioso sobre interesante el cotejo. Babinet, miembro de la Academia Imperial de Ciencias de París, decía en el siglo pasado «que Aristóteles estaba más versado en geografía que Colón:» pero si se le preguntara por qué Colón descubrió sin geografía lo que permaneció oculto á Aristóteles con toda su ciencia, el Naturalista francés, con todas sus pretensiones de crítico, probablemente no sabría qué responder. Esta dificultad debió, sin duda, preocupar el ánimo de su compatriota Mr. Otto, cuando en el año 1786 dirigía una memoria al célebre Franklin, con intención de probar que

«Colón no hizo el descubrimiento, porque antes de él se conocía ya la América.» Está muy bien, y nos place la agudeza del memorialista: pero en este caso importa poco que Mr. Babinet averigüe los puntos que calzaban en geografía el Marino y el Filósofo, puesto que ni Colón ni Aristóteles son autores del descubrimiento. Se nos antoja que el escritor francés, cual otro conquistador Macedonio, en vez de desatar, rompe bruscamente el nudo gordiano, y que si la espada de Alejandro adquiere en las conquistas el crédito que no gana en los enigmas, la pluma de Mr. Otto no se ha cortado, ni para descifrar enigmas, ni para ganar coronas científico-literarias. Ávido, sin duda, de esta honra el autor de las observaciones que se hicieron á la traducción de las memorias filosóficas de Ulloa, dice «que Colón debió toda la gloria de sus descubrimientos al navegante que le confió los planos.» Esta solución no tiene más que un inconveniente, y es, que sobre lo rancio, está completamente desmentida: nació de la envidia, no de los Españoles, sino de los Italianos mismos, dice Lampillas (1): y está refutada hace tres siglos por Las Casas, don Fernando Colón, ó más bien por el mismo Ulloa.

No adelantamos, por tanto, un paso siquiera por el camino de la Enciclopedia: y aunque consultáramos á Raynal, que compara á Colón con Vasco de Gama; aunque oigamos á Montesquieu reprendiendo á los que se lamentan de que Francisco I no proveyera de Carabelas á Colón; aunque á estos dos adalides del filosofismo, añadiéramos la sibílica sentencia del novelista Victor Hugo, «si Colón hubiera sido buen Cosmógrafo, no hubiera descubierto la América;» con todos estos autores en la mano, decimos, lejos de recibir luz ó traslucir una idea que nos llevará á la solución apetecida, al contrario, nos envolveríamos en una red de rectificaciones, de cálculos y de fechas, en que, si los enciclopedistas no ganaban la palma de eruditos ni de filósofos, nosotros íbamos á perder otra cosa de más valor, que es el tiempo. Para no gastarlo en vano vengamos á escritores serios.

El historiador Washington Irving reconoce que «la aplicación del Astrolabio á la navegación, parece providencial» (2), y sin em-

(1) Ensayo etc., tomo III, disert. 3. Como no tenemos á mano, ni ocasión de adquirir las obras de Babinet, Otto y mem. de Ulloa, las citamos bajo la palabra de Roselly de Lorgues. Hist. de Crist. Col. Intr. pág. 32 y sigs.

(2) Vida y viajes de Crist. Col. cap 7, pag. 12.

bargo añade muy tranquilo «la irresistible inclinación, que Colón creía sobrenatural, suele ser el resultado de la operación de circunstancias externas»; y hablando de los últimos años de su vida, dice: «traía á la memoria aquella precoz determinación de su ánimo, que él creía impulso de la Divinidad» (1). Lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir: Colón era un iluso, aunque la aplicación del Astrolabio á la navegación parece providencial; ó de otro modo: en el orden providencial el hombre y el descubrimiento son nada: todos los cuidados de la inteligencia, que gobierna al Mundo, se consumieron en la invención del Astrolabio. Sin duda Irving no pensó lo que decía, y si viviera hoy se avergonzaría de sus palabras.

Tras de un Historiador, veamos el juicio de un Naturalista. Asombrado Humboldt de que un hombre del siglo XV hiciera un descubrimiento, que no alcanza á comprender la ciencia del siglo XIX, como si le atormentara una horrible pesadilla, revuélvese á uno y otro lado, y entre atónito y envidioso exclama: «Colón estaba poco familiarizado con las matemáticas... y tenía una carencia absoluta de conocimientos en Historia Natural... é hizo observaciones equivocadas á la altura de las Azores» (2). Lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir: medido el coloso de la Unidad con el compás de la separatista ciencia moderna, no es tan grande como le han juzgado cuatro siglos de ignorancia: soy yo más sabio y más grande que él. Y con efecto, si se comparan los conocimientos del Cosmógrafo alemán con la escasa instrucción del Génovés, nadie le disputará la palma de la ciencia, aunque no salga muy airosa la generosidad y grandeza del corazón. Sin embargo, podríamos preguntar: si Colón era tan ignorante y Humboldt tan sabio ¿cómo es que el genovés abre á la Ciencia y á la Historia horizontes, que después de cuatro siglos de progresos no interrumpidos, no alcanza á medir con el compás de su ciencia el renombre alemán?

La dificultad no se ocultó á la perspicacia del sabio protestante: la evidencia de los hechos, y su propia honradez científica le arrancan confesiones preciosas. La línea trazada por el Papa Alejandro VI, según la inspiración del Marino «prestó, sin saberlo, señalados servicios á la ciencia náutica, y á la teoría del magnetis-

(1) Cap. 1.º pag. 3ª

(2) Cosmos tom. 2, pag. 332 y 339.

mo terrestre, y ha tenido gran influencia en los esfuerzos hechos para perfeccionar la astronomía náutica y los métodos de longitud (1). En otros términos, el ignorante Colón ha prestado servicios inmensos á ciencias, con las cuales no estaba familiarizado, y aun de las que tenía carencia absoluta. La ciencia histórica y la cosmografía protestante-racionalista, pues, según antigua costumbre, no sólo no dan solución alguna al gran problema de los tiempos modernos, sino que incurren en las más palmarias ambigüedades y contradicciones. Consultados sus oráculos, hemos obtenido una respuesta parecida á los antiguos de Delfos, (2) y si se quiere más ambigüos y contradictorios que los de la renombrada Sibila. En medio de tantas sentencias, quedamos la duda de si Colón era un iluso ó un vidente, un fanático ó un místico, un ignorante ó el Gran Génio cristiano, el mayor génio que han producido los siglos.

Después de tanto discurrir, y de tantas investigaciones científicas, esta es la hora en que no sabemos si el descubrimiento de las Indias es uno de tantos inventos, que la casualidad, ó una feliz intuición, han puesto al servicio de la sociedad; ó si por el contrario es uno de los tres grandes acontecimientos, que forman una fase aparte en la historia, y sirven de columna miliaria para dividirla. Pero si la razón protestante y racionalista se satisface con esas vacilaciones y contrasentidos, que nada dicen, ni nada resuelven en lo que más interesa á la civilización; la razón católica, que cuanto es más sumisa á la fe, está más segura de sus pasos, y es más libre y resuelta en sus afirmaciones, con entereza y decisión plantea el problema, y exige de los monopolizadores de la ciencia, y de los pretendidos patronos y representantes de la razón, una respuesta categórica, una solución satisfactoria. Y así en nombre de la ciencia y de la razón preguntamos: ¿Colón es un iluso, ó un vidente? ¿El descubrimiento es providencial ó hijo de la casualidad? La cuestión es tan sencilla como interesante, y como es clara la pregunta, debe ser categórica la contestación. Si el autor es un iluso y la obra casual, síguese esta consecuencia; luego la antítesis de la confusión Babélica, el complemento de la unidad cristiana, el punto de partida de la unidad final; es decir, una de las épocas más señaladas de la historia es debida al sueño de un delirante, ó á una

(1) Ib. tom. 2, pag 340 y 571.

(2) *V. g. Ibis redibis nunquam morieris in bello*, donde queda pendiente el sentido del modo diverso de acentuarle.

feliz, pero fortuita combinación. En este caso, á Dios Providencia, à Dios drama de la vida, á Dios idea y filosofía de la historia. Detrás de esta solución sólo se descubre el vacío del ateismo, y con él la ruina del hombre como Sér inteligente y libre, la disolución de la sociedad como una sabia organización, y la reducción de la historia y de la civilización á un torbellino de sucesos, que no están sujetos á plan, ni se encaminan á un fin determinado, sino que se mueven á merced del nombre vacío del acaso. Pero si, á fin de evitar esta série de absurdos é incoherencias volvemos al pensamiento, que podemos llamar con noble orgullo, católico español; entonces debemos decir y proclamar muy alto: el descubrimiento es providencial, y entraba en el plan divino de la redención y fundación de la Iglesia: Colón es el elegido del Cielo y el instrumento complementario de Pentecostés. Y entonces caen por tierra, aplastados por el coloso, el Protestantismo y el Racionalismo, desconocedores de la gran ley de la Historia, y rémora del verdadero progreso, y de la unidad de la Civilización. Quedan, pues, las soluciones racionalistas convencidas de absurdas é insuficientes, y el error confeso de sofista é incapaz de dar á ningún problema importante contestación.

§ III

Pero replicará alguno ¿qué necesidad tenemos de opiniones diversas, ni á qué encerrarnos en el aro de un dilema escolástico, cuando es tan clara la respuesta y sencilla la solución? Colón tomó nociones de latín, y aprendió los rudimentos de las matemáticas en Pavía: con estos preparativos se lanzó al mar, haciéndose un diestro navegante: por la lectura de varios autores, á que era aficionado; por los indicios que le comunicaron los marinos, y por sus propias experiencias en una mente robusta y sintética como la suya, nació la idea de buscar un nuevo camino para las Indias: y oportunamente vino á confirmarle en su proyecto la carta de Paulo Físico; hé aquí todo el misterio: Colón es un Génio, que con escasa instrucción vió lo que no descubrían sus contemporáneos. El amor á la gloria y su indisputable piedad y deseo de extender la fe hicieron todo lo demás. No hay necesidad de acudir á una interven-

ción del Cielo. Y si todavía se quiere sorprender al génio su secreto, y determinar más los motivos de su resolución, ahí está la historia de su hijo, donde están gráficamente expuestos. Se reducen á tres: la redondez de la tierra: el testimonio de los antiguos, que dejaron consignada esta creencia: indicios aparecidos en el mar, y algunos fenómenos observados por él cuidadosamente. Hé aquí todo. ¿A quién es, por tanto, debido el gran suceso que hoy se conmemora? ¿al Génio? ¿á la osadía? ¿á la casualidad? ¿á las circunstancias? Estas cuestiones son ociosas. Despertada en Europa el ansia de los descubrimientos; establecida en Portugal una escuela de Náutica; y á la sazón poderoso auxiliar de la brújula el gran recurso del astrolabio; sólo faltaba un hombre de clara inteligencia, ávido de gloria, de corazón esforzado, de carácter tenaz, que dijese «hay un más allá.» Y ese hombre es Colón, que reuniendo esas condiciones, sin ciencia especulativa, pero diestro y práctico en el arte de navegar, por un error geográfico, yendo en busca y creyendo que ha de hallar el Catay y las Islas de las Especies, se encuentra en el camino con lo que por ignorancia llamó las Indias, y hoy decimos el nuevo Continente. Colón descubrió la América, como Aristóteles las leyes del pensamiento, Euclides la ley de la cantidad, Kepler la ley de los Astros, Vico la ley de la historia, Smith la ley de la riqueza, Newton la ley general de la atracción: ó por mejor decir, ni siquiera merece compararse con esos verdaderos génios de la ciencia. Las Indias se descubrieron como la virtud del imán, como la pólvora, ó la brújula, como otros varios inventos útiles, parte por un ojo observador, y principalmente por casualidad. Hé aquí revelado el gran secreto, y echado en tierra ese Castillo de naipes, de la unidad y de las épocas, de la Historia y de la civilización.

No se podrá acusarnos de haber disminuido ni disimulado la fuerza de la objeción. Pero esta respuesta, al parecer tan obvia, es demasiado ligera y superficial, para resolver un gran problema; deja intacta la cuestión principal. Si, porque el descubrimiento no es uno de tantos inventos parciales que sirven tan sólo de ornato á las artes, de progreso á una ciencia especial, de comodidad ó goce á la vida humana: es un momento solemne en la vida, es un giro nuevo en la historia, es un paso de gigante, es un salto inmenso en la marcha de la civilización: es la unidad reducida á universalidad, sin dejar de ser continua. No hay términos de comparación entre los demás inventos y el suceso que nos ocupa. Antes de

Aristóteles había lógicos; antes de Euclides medida y cálculo del tiempo y del espacio; antes de la pólvora táctica militar; antes de la imprenta escritos llenos de sabiduría; y el Mundo podía vivir sin Kepler, Vico, Smith, Volta, Lineo y Kant. Al contrario, antes y sin Colón la ciencia no se hubiera sumado en una gran síntesis para convertirse en fuente inagotable de progreso. Antes, y sin Colón estaba cerrada, y por él se abre la mitad del globo á la fe, á la cultura, y á la comunicación universal. Antes, y sin Colón, en fin, faltaba y por él fué dada á la Historia una de sus fases, la última, y su desenlace y complemento.

Y si la unidad es el origen, la universalidad el blanco, y el cristianismo el alma y el centro de la civilización, el descubrimiento no es un incidente como las otras invenciones del humano ingenio, ni tan sólo un episodio como los otros grandes acontecimientos, como el Imperio Romano y su caída, como el Renacimiento y sus frutos: entra en el plan del cristianismo, forma una parte esencial del drama de la vida, puesto que es su acto final y su desenlace. La solución racionalista, pues, que parecía sencilla y clara, y era pobre y liviana, como todas las racionalistas, deja intacta la cuestión: y sobre superficial é indocta ó insuficiente para explicar el suceso, es además torpemente injuriosa al autor. Intenta explicar al génio, y deja de comprender al héroe y arranca del hombre la corona de la honradez.

Antes se le tachaba de ignorante: ahora aparece además como un hipócrita, como un impostor. Oigamos ante todo al interesado. En la historia del tercer viaje dice á los Reyes: «la Santa Trinidad movió á VV. MM. á esta empresa de las Indias, y por su infinita bondad hizo á mí mensajero de ello... Yo bien que llevase fatiga (de las burlas) *estaba bien seguro* de que no vernía á menos.» A D.^a Juana de la Torre escribía en 1500, «me hizo mensajero de ello (Nuestro Señor) y *amostró en cual parte.*» En el diario del mismo tercer viaje dice: «esto de este viaje conozco que milagrosamente lo ha mostrado, así como se puede comprobar por esta escritura, por muchos milagros señalados que ha mostrado en el viaje»: En carta á Rafael Sánchez desde Lisboa apenas arribado decía: «aunque todo lo referido parezca grande é inaudito, sería aún más maravilloso, si hubiera tenido á mi disposición las embarcaciones competentes: con todo, esta empresa digna y admirable no está en proporción de mis méritos, pues el Señor concedió á los hombres lo que ni aun podían imaginar llegarían á conseguir...

pues si bien ciertos habían escrito ó hablado de las Indias, todos hablaron y escribieron *con dudas*.» En el libro de las profecías que existe aún en la colombina al fóllo 4, se lee en carta á los Reyes: «en marinería me hizo (Dios) abundoso; de astrología me dió lo que abastaba, y ansi de geometría y aritmética. . . en este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografía, historias y filosofía, y de otras artes: ansi que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano *palpable* á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución de ello. . . Todas las ciencias de que dije arriba *non me aprovecharon ni las Autoridades de ellas*. . . Pudiera ser que. . . á quien esta escritura fuera amostrada. . . me reprendieran de non docto en letras, de lego Marinero, de hombre mudable. . . respondo aquello de San Mateos: O Señor que quisisteis tener secreto tantas cosas á los sabios, y revelárselas á los inocentes. . . Ya dije que para la ejecución de la empresa de Indias *no me aprovechó ni razon, ni matemáticas ni mapa mundos*: San Pedro cuando saltó en la Mar, andubo sobre ella, en cuanto la fe fué firme. . . No debe nadie de temer á tomar cualquiera empresa en nombre de nuestro Salvador.» (1)

Hé aquí descubierto el secreto del Génio, que con tanta ánsia, buscaba la ciencia. Hé aquí la historia secreta del descubrimiento contada por el héroe mismo, con un candor, sencillez, viveza y caracteres de verdad, tales, que no se pueden parodiar ni fingir. En vista de esto, si los gravísimos autores que han intentado sorprenderle en el santuario mismo de la conciencia, hubieran leído sin prevención estos bellísimos desahogos de un corazón avezado á la desgracia, excusaban haber proferido sentencias tan ajenas á la verdad, como indignas de escritores serios. ¿Quiénes son, con efecto, ni Irving, ni Humboldt, ni Victor Hugo, ni todos los protestantes y racionalistas juntos, para desmentir el testimonio, ni para enmendar el juicio, ni para tergiversar el misterio que pasa entre Dios y la conciencia de un hombre honrado? Ya que no se le conceda el privilegio del Génio, el carácter de Héroe, y la cualidad más alta y sublime del enviado del cielo, respétese, al menos, la honradez de su palabra. Porque no, no es un hipócrita ó un iluso, el que *abandonando su mujer é hijos*, arriesgando su honra.

(1) Todos estos documentos están tomados de Las Casas y otros originales insertos en la Colección de Navarrete, tom. 1.º pág. 240, 265, 166, 195, lib. de las prof. fol. 4.

con peligro de su vida, se lanza en busca de un mundo para regalársele á la Religión y á la Historia. No es un fanático ó un impostor, el que luchando contra el torrente de la opinión, la vaguedad de los anuncios, la oscuridad de la cosmografía, y con los errores todos de la ciencia contemporánea, se lanza por mares desconocidos, resistiendo á la desconfianza y maldad de los hombres, más que á los elementos de la naturaleza. No miente ni exagera, el que después de salvados los peligros, vencidas las dificultades, sentido y experimentado el favor del cielo, y la oportunidad con que éste le ayuda, para dominar fenómenos de una ó más regiones no observadas antes; no miente, el que con pleno y experimental conocimiento de los infinitos incidentes del viaje, de los pocos auxilios que le suministra la observación ó la ciencia, y sintiendo el oportuno socorro venido de arriba, vuelve á la Europa, atónita ahora del inesperado triunfo del génio cristiano, y con la más arraigada y experimental convicción la revela su secreto, diciendo: esta empresa es maravillosa y superior á las fuerzas humanas; á mi no me han aprovechado ni razón, ni matemáticas, ni mapa-mundos; todos los que hablaron ó escribieron de Indias, fué con dudas: si he dado cima á la arriesgada empresa, es porque Dios en su infinita bondad, y sin mérito de mi parte, me hizo mensajero de ello.

No; no es un falsario el que prueba su aserto con la siguiente série de razonamientos: porque me amostró cual parte: porque no tenía á mi disposición embarcaciones competentes, por los milagros señalados que Dios ha mostrado en este viaje: porque yo, bien que llevase fatiga de las burlas y contradicciones de todo género, estaba bien seguro de que no vernía á menos: porque este hombre non docto, aunque de Astrología sabía lo que abastaba, no le aprovecharon en los diversos lances de su navegación, las matemáticas, ni los mapas, ni los autores. Ahora bien, el que tenía plena conciencia de todo esto, ¿no podía concluir, con sobrada razón «me abrió el Señor el entendimiento con mano palpable, á que era hacerero navegara á las Indias, y robusteció mi voluntad para la ejecución de ello?» Pues qué, ¿á esa narración original, sencilla, convincente, irrecusable, hemos de dar menos crédito que á la palabra de un escritor, que á más de tres siglos de distancia, en plena luz de los adelantos modernos, y con la gran facilidad de consultar libros, ó viajar cómodamente y sin riesgo, viene tardío á desmentirla? Pues qué, ¿merece más confianza que el atlante cristiano, un autor, que

entre las consideraciones sociales de sus amigos y de su patria, y con la esperanza de conquistarse un nombre científico ó literario, en el silencio y reposo de su gabinete, escribe una historia, un tratado científico ó una novela; y allí, sin enemigos que le acechen, sin peligros que turben su reposo, y mirando á sangre fría al marino por el sólo lado de la ciencia, ó más bien, al través del estrecho criterio de la Secta, ó del sistema; sin tener en cuenta el conjunto de circunstancias, que constituyen al hombre entero, se atreve á estampar estas palabras: «Colón estaba poco familiarizado con las matemáticas:» «la inclinación que Colón creía sobrenatural, era el resultado de circunstancias externas:» «si Colón hubiera sido buen cosmógrafo, nunca hubiera descubierto la América?» ¿A quién creemos pues? ¿Al enviado del cielo para revelarnos la escondida mitad de nuestro globo; al génio que dá una nueva fase á la historia; al apóstol que ensancha los dominios de la Iglesia y de la civilización, ó á escritores que sin comprender al génio, ni explicar el Héroe, ni traslucir siquiera al fundador de la época moderna se atreven á decir: Colón era un ignorante, un fanático, un aventurero; porque en sustancia eso es lo que dicen Irving, Humboldt, y Victor Hugo?

Para gloria del enviado del cielo, y correctivo de los representantes de la ciencia, historia y literatura separatista, sólo haremos una sencilla observación. Sin el Cosmos, puede vivir la ciencia: sin la vida y viajes de Colón, la historia: y nada perdería el mundo con la desaparición de los *Miserables*; mientras que el vacío que dejaría Colón no puede con nada llenarse. Esto, mirando al escritor como personalidad científica. Ahora, si se mira al hombre como tipo, no conocemos ningún rasgo de los censores colombinos que les levante sobre el común de los hombres, y merezca trasmitirse á la posteridad. No sucede lo mismo con nuestro Héroe: como génio, es un punto de partida de la ciencia é historia moderna: como hombre es el dechado de la grandeza humana: bajo ambos aspectos, es el gran personaje de la historia en los últimos tiempos. A cada uno lo suyo: y hora es ya de hacer justicia á los hombres y á las cosas. Interín el protestantismo y racionalismo no nos presente otro Colón, nosotros, al estudiar al Génio cristiano, preferimos el testimonio de Cristóbal al de todos sus inconsiderados depredadores. Y bajo la garantía de sus palabras y de sus hechos, vamos á describir su colosal figura.

Colón no era un hombre científico en la acepción común de la



palabra; porque apenas había cursado en las escuelas, y no estaba adornado con esos títulos académicos, que forman la vanidad de las ambiciones pequeñas. Colón no era un sabio en el sentido alto de la frase, en el sentido de conocer el conjunto de opiniones, ó datos que abarca un ramo especial, ó una gran parte de la Enciclopedia del saber humano: no era lo que hoy se llama una especialidad, ó un Sabio. Bajo cualquiera de los dos aspectos no puede compararse con esa turba de filósofos, de eruditos ó literatos, que forman las delicias de las Academias, ó de los Ateneos modernos, y hacen del XIX un siglo que se llama asimismo de las luces. Si se le sujetara á un exámen, ó á la prueba de una memoria, ó de un libro, para entrar en uno de esos gremios, probablemente se le cerrarían para siempre las puertas del templo de Minerva. Esto lo confiesa con ingenuidad candorosa él mismo, y en vano se esfuerzan sus censores en probarlo. Colón, en fin, no era un génio en el sentido de haber inventado un sistema, que es desmentido en el siglo siguiente, ó revelado un secreto, que hace adelantarse una ciencia, pero sin la cual puede vivir, y ha vivido siglos enteros el género humano. Colón no es un Daguerre, un Guttemberg, un Bacón, un Newton, un Cuvier, un Champollión, un Hegel, ó un Leibnitz. No es nada de eso, y es mucho más que todos juntos; porque es un hombre singular; porque no hay ni puede haber más que un Colón en la historia.

Si hemos de conocerle tal como es en su natural fisonomía, en toda la magnitud de su gigantesca talla, es preciso mirarle en conjunto, bajo todos sus aspectos, no sólo por el lado que mira á la ciencia, ó mejor dicho, no sólo en relación con la geografía, sino también con la religión y con la sociedad, con la civilización Europea y con la Universal. Hay que mirarle en los preparativos humanos que despertaron su génio, y en el orden providencial que le escoge para enviarle, y le ayuda en la ejecución. Hay que mirarle como un Génio para concebir la idea, sí; pero además como un Héroe, puesto en acción, como un hombre de fe sublime, y adornado de las virtudes prácticas que en cada momento de su variada y azarosa vida tuvo que ejercitar, para sostenerse siempre á la altura de su gloriosa, pero arriesgada misión. Y hé aquí el vacío que dejan por llenar sus modernos cronistas, y la mayor parte de los historiadores. Y hé aquí el punto que de ordinario pierden de vista aun los mismos defensores de la verdad. Como los clásicos nos han atronado los oídos con las palabras de tinieblas, fanatismo y

barbarie, aplicadas á los siglos cristianos, los apologistas han tenido que insistir principalmente en salvar á la Europa cristiana de esas notas infamantes. Hasta hoy casi no era permitido hablar más que de ciencia y de progreso: pero hoy que el error ha descubierto su feo rostro, y los hombres su pequeñez personal, ya es posible y hasta necesario hacer resaltar la grandeza personal de los héroes cristianos, junto con la magnitud de sus beneficios.

Es, con efecto, fácil concebir un orador ó un novelista alagando pasiones, y recogiendo aplausos: un erudito buscando datos, y recaudando crédito: un filósofo delineando una teoría que le vale el renombre de original ó de profundo: un sabio viajero que con todas las comodidades de la moderna cultura hace una excursión por países no observados, ó á capas geológicas susceptibles de nuevo estudio; y luego en el sosiego de su gabinete traza un libro, llenando el espacio con la fama de su nombre: de esta clase de gentes hay muchos hoy en el mundo. Para formarle, sólo se necesitan tres cosas: aptitud, gusto, y deseo de gloria. Ninguna de las tres es repugnante á la naturaleza, ni costosa al corazón del hombre. Lo difícil, lo costoso, lo heroico es, tener un mundo de ideas, de riquezas y de civilización en la cabeza, y al ofrecérsele á una generación que no le comprende, sufrir con resignación sus burlas estúpidas, esperando en silencio la hora marcada por la Providencia. Lo grande, lo varonil, lo sublime, es regalar á la religión y á la historia, á la ciencia y á la sociedad, un Mundo, y recibir en recompensa la calumnia y el abandono, muriendo pobre, y olvidado de todos; mientras un aventurero le roba el nombre, nuevos conquistadores se llenan de gloria; todos se aprovechan del descubrimiento; y hasta sus restos mortales tienen que mendigar de la caridad una tumba donde depositarse.

El que durante su vida no haya experimentado la mortificación del amor propio, por mucho que brille en la esfera de la ciencia, no alcanzará á medir la grandeza de la abnegación, ni sabe lo que es un héroe cristiano. Para apreciar en su valor el mérito del descubridor de las Indias, es preciso reunir en una sola persona tres prendas paralelas, igualmente relevantes, sin una de las cuales quedaría manca su figura, y su retrato incompleto. Colón era un Génio, pero además era un Héroe, y no de los que derraman ríos de lágrimas ó de sangre, para engrandecerse ellos á costa de las desgracias ajenas, sino el Héroe de la virtud, un cristiano de perfección, y respetando el juicio de la Iglesia, á quien sólo toca de-

clararlo infaliblemente, en cuanto es permitido al Historiador que investiga, un Santo.

Y ahora importa poco que el autor del Cosmos, á cuatro siglos de distancia, y á la luz de una ciencia oriunda del mismo descubrimiento, le sorprenda inexacto en algunas observaciones á la altura de las Azores, ó le acuse de estar poco familiarizado con las matemáticas, ó le atribuya una carencia absoluta de conocimientos en Historia Natural. Colón no era hombre científico en todo el rigor de la expresión: más aún era un hombre non docto, como él mismo confiesa: pero había leído de matemáticas y de historia, de náuticas y filosofía, de cosmografía y escritura; había viajado por tierra y por mar, y tratado con toda clase de gentes, y lenguas, sectas, legislaciones y costumbres lo bastante para que con las facultades naturales que recibiera, y la especial providencia con que le guiaba la mano del Señor, echando una mirada retrospectiva á los siglos pasados, una mirada escudriñadora al presente y porvenir, y reasumiendo el pensamiento de la Europa cristiana, se pusiera en actitud de cumplir exactamente la alta misión á que el cielo le destinara. Y al efecto, asistióle con luz para concebir, valor para emprender, constancia para esperar, resignación para sufrir, acierto para llevar á cabo, fortaleza para completar, é igualdad de ánimo bastantes para sostenerse siempre, en la humillación y en la gloria, en la adversidad y en la fortuna á la altura del Héroe cristiano.

Colón no era un hombre científico, pero era más, incomparablemente más que eso: era un Génio, ó como diría el sapientísimo Huarte, era un ingénio y no como quiera, y al estilo de los que han dado una Teoría á la ciencia, un invento á las artes, una institución á la Sociedad, un hecho glorioso á la historia, un Platón, un Arquímedes, un Licurgo, un César ó Alejandro. Colón es más que todo eso, y en los anales del Mundo profano, politeista y del renacimiento, no reconoce igual. Colón es un Génio universal y en acción, que no en el recinto del hogar ó en humilde esfera, sino en la escena más alta de la vida, y no sólo con su mente robusta, sino con su corazón, con su persona toda entera, y teniendo que luchar con el atraso, preocupaciones, envidia y aun maldad de los hombres, mas aún que contra las leyes de la naturaleza, y lo imprevisto de los fenómenos naturales, realiza una empresa, que ni tenía ejemplo que imitar, ni de la cual se puede sacar una copia. Colón era un Génio náutico, que iba derecho á todos los puntos, y en cierta ocasión, torciendo un poco á la derecha ó á la izquierda, hubiera

perecido, dice Cladera. Era un génio marino, que bajaba hasta los últimos detalles, encomendados al más ínfimo individuo de la tripulación, porque sin esas precauciones le fueran inútiles las tres Carabelas. Era un génio meteorológico, para conjeturar de signos antes no observados, las variaciones del tiempo, y el estado del mar. Era un Génio astronómico para que con su invento pudiera trazarse la célebre línea, asombro de los contemporáneos, y pasmo de la ciencia moderna. Era un génio físico y geológico, y el primero que observó la variación magnética en diversas latitudes, y la corriente ecuatorial que hoy juega tanto en geología. Y un Génio zoológico y botánico, químico y artista para clasificar por orden ó indicar los usos en que podían utilizarse los vegetales y animales que por la vez primera se ofrecían á la científica observación. Y un Génio económico para proveer al sostenimiento de sus compañeros y subordinados en la escasez ó corrupción de las provisiones. Y un Génio militar y estratégico, para saber cuándo y cómo se había de sujetar á los Indios. Y un Génio político para contener á los rebeldes, hacer entrar en la obediencia á los sublevados, y conciliarse el respeto y prestigio de su persona y dignidad. Y sobre todas estas prendas poseía y le era menester una igualdad de ánimo, de semblante y de carácter, que ni rechazara por lo severo, ni por lo familiar decayera, ni aflojara por lo flaco, ni asustara por lo terrible; sino que por lo afable atrajera, por lo digno infundiera respeto, por lo suave no exasperase, y por lo fuerte y justo impusiera temor á los díscolos. Y como todo esto que parece legendario, es una realidad atestiguada por Las Casas, Martir, y aun el mismo Oviedo, y no disputado por nadie, resulta que Colón es más que Zoroastro, Buddha, Menes, Sócrates, Solón; que es un hombre superior, á quien no han comprendido, ni acaso estudiado sus modernos censores: resulta que no hay más que un Colón en la historia.

Y si de la persona pasamos á la obra, el descubrimiento no es una mina inagotable de oro, de producciones y de comercio para el placer y comodidades de los Europeos, como creyeron los contemporáneos: ni es tampoco un camino abierto á todo linaje de investigaciones, físicas, químicas, astronómicas, cosmográficas, naturalistas, mercantiles, políticas, filológicas y etnográficas, como le considera, principiando á hacer justicia, la ciencia moderna. Ni es, finalmente, un glorioso episodio en la historia, un feliz incidente en la civilización, ni aun un puente echado á los mares para que pa-

sen los operarios evangélicos á cristianizar países desconocidos. El descubrimiento es eso, es todo y cada una de esas cosas reunidas en uno, pero es todavía más que las tres cosas juntas: es el cierre de la unidad social europea, y el punto de partida de Unidad religioso-social-universal. Es la gran fecha nueva del Pentecostés cristiano, antítesis de la antigua del Babel de la división, y el acto realizado de la unidad potencial primitiva. Es el momento solemne escogido en los eternos decretos, y apuntado oportunamente en el reloj del tiempo, para derramar por toda la tierra, lo que por inescrutables designios, estuvo limitado siglos enteros al Mundo conocido. Es la hora, en fin, de extender por todas partes el beneficio de la fe, y las ventajas de la civilización. De no negar en absoluto un designio, un plan, una significación al drama terrestre; después de la redención verificada en la plenitud de los tiempos, en el punto central de la vida; el hecho que hoy se conmemora es el acontecimiento más alto y trascendental; es, no una edad nueva, por que no hay otra que la cristiana, pero sí la fase última, complementaria, final de la era de la unidad.

Considerados bajo este punto de vista los sistemas inventados, las censuras lanzadas, los juicios que hasta hoy se han emitido acerca de Colón y el descubrimiento, aparecen como son, en toda su desnudez, hijos de un criterio estrecho, de una preocupación de Secta ó Escuela; y sobre todo insuficientes para resolver un problema, que ni siquiera han acertado á plantear. Para explicar al Génio cristiano, y á su obra única en la historia, no basta la cosmografía, ni las matemáticas, ni siquiera la erudición histórica moderna. Estas ciencias y toda la Enciclopedia del saber humano, aun reunidas en un *Cosmos* podrán describir el lado material del descubrimiento en sus preparativos, en su realización, en sus efectos, pero nunca alcanzarán á remontarse á su causa altísima, á la ley permanente, á la inteligencia superior, que llevando en su mano las riendas de los sucesos, tenía señalado este hombre, esta Nación y esta fecha para el cumplimiento de sublimes é inescrutables designios.

Para abarcar el hecho en toda su magnitud, y al Héroe en toda su grandeza, y dar de ambos una explicación satisfactoria, es menester acudir á una ciencia que los protestantes han tergiversado, y los racionalistas no comprenden, pero que, sin embargo, es como diría Donoso Cortés, la solución de todas las dificultades. Esta ciencia es la mística, que es la región más sublime de la Teología, que á su vez es la reina de todas las ciencias, y ambas el alimento y de-

licia de las almas grandes. Moisés, Colón del principio y San Pedro, Colón del medio, son los únicos que pueden explicar á Colón, complemento de la obra de San Pedro, y Moisés del final, así como los tres personajes, en misterioso lazo unidos, no se explican sin la intervención de la Providencia en la historia, sin el orden sobrenatural. Y no es que les confundamos ó equiparemos absolutamente, porque mientras la inspiración del primero, y la institución divina del segundo, son de una certeza infalible, fundada en la fe, y necesaria á todo católico: en cuanto la misión providencial del tercero, sólo es hija de una convicción racional. No hablamos teológica, sino históricamente, ni para en un todo equipararles, sino por vía de ejemplo y comparación. Pero como la idea que los tres representan es la misma, y el Marino es complemento del cronista de origen y del príncipe de los Apóstoles, primer vicario del Redentor: contra los racionalistas, de que ahora se trata, que niegan lo sobrenatural de la inspiración mosaica, la institución divina del Pontificado, y la misión providencial de Colón, el argumento es concluyente, y exacta la paridad. Moisés, instruido en todas las ciencias de los Egipcios, hizo lo que ni Egipcios, ni Caldeos, ni Indios, ni Griegos, ni Romanos han podido alcanzar, que es darnos la verdadera historia de la creación, y del origen del mundo, del hombre, del lenguaje, de la religión, de la sociedad y de la civilización, una y de sus divisiones; es decir, la historia de la unidad primitiva, anunciando y simbolizando la central del cristianismo, y la final de Colón. En esto es único y singular el Caudillo hebreo, sin que reuniendo los Vedas á Homero, el Zendavesta á los Kings, y Herodoto á Platón, con los modernos Leibnitz, Kant y Humboldt se pueda formar un nuevo Moisés.

Así mismo San Pedro, pescador de Galilea, establece en la capital del mundo de la división el Imperio de la unidad: y este imperio anunciado en medio del politeísmo, realizado ante la Enciclopedia griega y toda la robustez del imperio romano, continúa subsistente á la caída del Coloso, sobrenadando en el oleaje de la invasión, firme como una roca en el Océano del feudalismo, y en las corrientes de las cruzadas: extendido por Colón al otro Hemisferio, y con pretensiones, garantías, y todas las apariencias de continuar hasta la consumación y el fin. Aunque se reunan en uno sólo Menes con Sesostris, Belo con Nabopolasar, Ciro con Xerjes, Temistocles con Solón, Aristóteles con Alejandro, y Escipión con César, no nos darán otro San Pedro. Colón con un poco de latín

en Pavía, de astrología lo que *abastaba*, y nociones generales de artes y ciencias, completa á Moisés y á Pedro, descubriendo una mitad del mundo, cuya creación íntegra trazó el gran Cronista, y realizando lo que estaba envuelto en las promesas de Pedro "*Apacienta mi rebaño, y no habrá más que un rebaño y un sólo Pastor*". Es decir; Colón es el complemento de todas las profecías, la realización de todas las promesas, de todas las esperanzas, la universalidad de todas las instituciones, el desenlace del drama, la unidad final que tenía que venir, y que ya no es posible atribuir á otro. Aunque se reúnan en un personaje á Pitágoras y Nicetas con Eratóstenes, á Arquímedes con Tolomeo, á los Fenicios con los Griegos, á Copérnico con Descartes, y con Vasco de Gama ó Magallanes, al también Intrépido Cook; todos juntos no alcanzarán á suplir á Colón. Revuélvanse á uno y otro lado los racionalistas: entre todos los personajes históricos, no hallarán quienes puedan compararse con ese triunvirato del imperio universal del género humano: ninguno reúne estas cualidades propias y características de los tres: la unidad, la continuidad, y la universalidad de la idea y de la institución.

No se nos replique con que algún fósil ó restos de industria humana desmienten la fecha que dá Moisés al hombre sobre la tierra: también antes eran una piedra de escándalo las épocas geológicas, que hoy se concilian con el sagrado texto. La cuestión por ahora no es esa. Tampoco se disputa hoy si San Pedro sentó su Silla en Roma, cuestión agitada con calor en otro tiempo por los protestantes: y es pueril, por no calificarlo más duro, acusar á Colón, de que hizo observaciones equivocadas á la altura de las Azores. Ante la sublimidad de un libro que no puede ser parodiado siquiera: ante la importancia histórica del pontificado que llena el espacio: ante la originalidad de un descubrimiento que no puede ya repetirse, todos los sistemas son vanidad, todos los imperios pequeñez, todos los inventos secundarios. Ante esos tres colosos del pensamiento, de la institución histórica, y de la intención final, nos atrevemos á retar á los Gigantes de la ciencia, á los más altos representantes de los humanos inventos, diciéndoles: vosotros titanes del pensamiento, reformadores de la sociedad, de la historia y de la vida, que osáis llamar ante el tribunal de vuestra razón lo sagrado y lo profano, lo pasado y el porvenir: vosotros que no contentos con mudar los polos del mundo intelectual, alterar las bases de la humana sociedad, y cambiar las condiciones

de la vida, habéis escalado el cielo, para derribar á Dios de su trono, arrancarle el secreto del bien y del mal, y dar á todo una ley distinta de la eterna, y una explicación, que hasta hoy no se había oído en la región de los mortales; no abarquéis tan extensa área, ni ascendáis á tan empinada esfera: explicadnos antes tan sólo á tres personajes históricos; á Moisés, á San Pedro, á Colón. Pero entended que la respuesta ha de ser categórica, sencilla y satisfactoria. Si vosotros gustáis de nebulosas en geología, de ambigüedades en historia, de logogrifos en religión, y de enigmas en filosofía, la razón católica, que al creer en el misterio, rechaza el absurdo, y por dar asenso á la fe, está segura en la ciencia, os exige claridad, lógica, exactitud en la respuesta, por lo mismo que está acostumbrada á dar solución á todas las dificultades, y conoce á fondo vuestros sofismas y evasivas.

Así, pues, se pregunta. ¿Moisés era un sabio egipciólogo, ó además era un hombre inspirado? Si lo primero, ¿cómo es, que los sabios de todos los siglos juntos, no componen un Moisés? El Pontificado ¿es de institución humana ó divina? Si lo primero, ¿cómo es, que todos los fundadores de sociedades juntos, no componen un San Pedro? ¿Colón era un iluso, un aventurero, un génio, ó era además un instrumento providencial? Si lo primero, ¿por qué no presentáis entre los cosmógrafos uno que se parezca á Colón? Interín arregláis la respuesta á estas sencillas cuestiones; interín fabricáis una Trípole humana, desde donde pueda dar una respuesta satisfactoria la Sibila de la Ciencia moderna, nosotros seguiremos creyendo, que Moisés es un Autor inspirado; que el Pontificado es de institución divina; que Colón llenó una misión católico-providencial.

§ IV

Pero el gran acontecimiento con que se abre la escena de los tiempos modernos, aunque de carácter católico y providencial, es además especialmente español. En él no pueden separarse personas y cosas que ha unido con misteriosa lazada, Dios en sus altos consejos, y la Historia en su complicada trama. Así como la Fé y el Génio, la religión y el progreso, el cristianismo y la civili-

zación se compenetran aquí en cierto modo, para dar el más alto ejemplo de una sublime armonía; así también el hombre de la Liguria y el Reino de Castilla, el Marino y el Religioso, el Génio singular y la Reina más ilustre de la Historia, unen sus nombres á la Colosal empresa, y deben, por tanto, ser solidarios de la misma inmarcesible gloria. Tiene razón César Cantú cuando se felicita de que «un italiano se levanta como un gigante entre la Edad Media y los tiempos modernos» (1). Pero el Coloso de la Cosmografía no alcanzaría á extender sobre el mar, un pié en las Islas del nuevo Continente, si en el antiguo no le sirviera al otro de apoyo la Pátria de Isabel la Católica.

Digno de todo elogio, diremos con Las Casas, «es aquel ilustre y grande Colón, que entre todos los hijos de Adán escogió el divino Maestro, para confiarle una de las más egregias divinas azañas... para que fuera su ministro y Apostol primero de las Indias» (2). Pero el Arquímedes cristiano no realizaria el pensamiento del de Siracusa, levantando un mundo del fondo de los mares, si la palanca del Génio no se apoyara en el punto de una nación poderosa. No hay más que un Colón en la historia, pero tampoco hay más que una Reina en Castilla, en *quien sólo quedó la fe* en la palabra del marino, y *dos frailes que siempre le fueron constantes*. Los historiadores universales, para quienes el descubrimiento es tan sólo un incidente en la vida del humano linaje; los historiadores de España, para quienes Colón es un episodio, aunque glorioso en la Pátria de la Reconquista; los historiadores modernos del marino, para quienes el suceso preparado de antemano, sólo esperaba una ocasión de manifestarse; todos á una voz, y con un sólo criterio, consideran estas coincidencias como casuales, y fijándose tan sólo en el protagonista, miran con desdén al teatro de acción y á los compañeros inseparables del Héroe. Para ellos la cuestión es muy sencilla: como el suceso había de verificarse en un punto del globo, y mediante la cooperación de los hombres, la casualidad ó la fuerza de las circunstancias se encargaron de señalar la privilegiada nación y los dichosos cooperadores: y todo es muy sencillo y natural.

Colón concibe un proyecto que ha de cambiar la faz del globo,

(1) Hist. Univ. lib. 14. cap. 4.

(2) Hist. gen. de las Indias dada á luz por el marqués de Fuente Santa del Valle y D. José Rayón, en Madrid. 1875. tom 1, lib. 1.º, cap. 2, pág. 41.

pues muy sencillo: esto es obra del Génio. Pero ese hombre extraordinario como hijo de un cardador y oscuro navegante, carece de naves, de auxiliares y de dinero para realizarlo: es natural que los busque en alguna parte. Tiene que ir llamando como menesteroso á las puertas de todas las naciones; y la primera que debió naturalmente ocurrir á su imaginación, fué Génova, su pátria: pero como estaba escrito quince siglos antes, que en su pátria ninguno es profeta, era natural que la señoría de Génova desechase el pensamiento de un hijo ilustre, pero á la sazón desconocido. Portugal llamaba la atención de la Europa por sus portentosos descubrimientos: era natural que Colón volviera sus ojos á la pátria del Infante Don Enrique, y á la corona de Don Juan II: en ello no se vislumbra ningún misterio. Burlado el Genovés por el astuto monarca, naturalmente se habían de sentir heridas las cuerdas más delicadas de un corazón sensible.

España era una Nación poderosa y aguerrida, y sus Monarcas gozaban fama de magníficos y emprendedores: era natural así mismo que Colón diera consigo en Castilla; y gracias que se ligó al suelo de las Epopeyas con lazos misteriosos, que todavía no ha aclarado la crítica. A pesar del apoyo de los *dos frailes que le fueron siempre constantes* y de una Reina preclara *que nunca perdió la fe* en su palabra, el anatema de la Corporación científica más autorizada del Reino, la tenáz oposición de los cortesanos, y las burlas de cuantos eran conocedores del entonces descabellado é irrealizable proyecto; bien merecían que, cortando el Héroe en un rapto de despecho toda relación con un suelo tan ingrato é inhospitalario, hubiera llevado su mundo, y la gloria del descubrimiento á los Reyes de Francia ó Inglaterra, que le ofrecían una acogida más cordial y generosa. Gracias, al noble y levantado arranque de un simple Escribano de raciones, el insigne Luís de Sant Angel, que sorprendiendo al noble corazón de Isabel en un momento oportuno, disipó todas las dudas, y acabó con todas las vacilaciones. En aquel instante casualmente venturoso se decidió la gran cuestión de los siglos modernos: ó más bien, gracias á los hados, que hicieron que la bola de la fortuna y de la gloria cayera sobre la corona de Castilla y en las sienes de una esclarecida Reina.

Con efecto, si por casualidad la Señoría de Génova hubiera comprendido á su hijo, éste no hubiera salido para Portugal. Si por casualidad el Marino no hubiera sido burlado por Don Juan II, nunca hubiera pisado el suelo castellano. Y si, después de siete

años de desdén Sant Angel no hubiera entrado en la régia cámara en un feliz momento, Francia ó Inglaterra se llevaran la gloria del gran acontecimiento. Hasta aquí la generalidad de los Historiadores. Robertsón avanza más: y «si la sagacidad de Colón no nos hubiera hecho conocer las Américas, algunos años más tarde, *una feliz casualidad* nos hubiera llevado á ellas». Así se ha discurrecido hasta hoy.

Pero con el respeto que nos inspira el saber de tan eruditos varones, antójase nos que no han comprendido las secretas y profundas relaciones que ligan al descubridor de las Indias con el destino de las Naciones, y con la ley providencial de la Historia. Decir que un suceso que dá origen á una nueva fase del cristianismo, es debido á la casualidad, es algo más que no creer en la divinidad del cristianismo, es negar la Providencia en la historia, renunciando á su filosofía, y cayendo en la sima del Ateísmo. Esto lo hemos demostrado ya. Ahora añadiremos: reconocer el carácter providencial del descubrimiento, la misión así mismo providencial de Colón, y decir que son casuales la designación del lugar, de los cooperadores, del tiempo y de las circunstancias, ya no es sólo falta de fe, y olvido de la lógica: hay además algo de ausencia del buen sentido necesario para juzgar de asuntos donde no alcanzan ni las matemáticas, ni la filosofía.

El acontecimiento ó es fortuito en el Héroe y en la Historia, ó si está marcado con el sello de lo alto, es un plan trazado sábiamente por el dedo de Dios, y ejecutado libremente por los hombres, en el que nada se escapa á la previsión, todo está cumplido puntual y oportunamente. Si Colón es el escogido por Dios, para completar el conocimiento del Globo, la universalidad del cristianismo y el desarrollo de la civilización, la Corona de Castilla y los Frailes de San Francisco y Santo Domingo, y Salamanca, y la Rábida, y todos los pasos que dá Colón en España, y todos los desdenes que recibe el Génio, y todas las contradicciones que encuentra el Héroe, entran en el designio secreto é inefable de la Providencia. Nada hay ocioso: todo sirve, y se encamina á enseñar en la escuela del infortunio, á levantar por el camino de humillación al colmo de la gloria, al hombre predestinado y á los felices cooperadores. Si la Religión les paga con una bienaventuranza eterna, la historia debe ceñirles una corona de laurel inmarcesible.

Bastaría esta sencilla reflexión para desterrar del descubrimiento esa filosofía mezquina, con que hasta hoy ha sido juzgado. Pero

á fin de aclarar este asunto, y traslucir de algún modo y en cuanto cabe á la pobre razón del hombre el plan divino de la Redención y de la Iglesia, y la ley que preside á la marcha de la civilización hemos de bajar á consideraciones especiales, para probar que no por acaso, sino con alto designio, fué escogida España como auxiliar, ejecutora y heredera del gran legado de la evangelización de las Indias. Y claro es, que no vamos á dar una demostración matemática, de que es incapaz la cuestión, sino tan sólo ofrecer á la historia algunas reflexiones, que acaso no sean infructuosas en el trabajo de *su recomposición*.

El dogma de la intervención de la Providencia en la Historia, es claro para todo el que no sea ateo. La divinidad del cristianismo, está demostrada suficientemente, y sólo puede disputarla el incrédulo por sistema. La ley de la unidad presidiendo á la historia es su única explicación y filosofía verdadera. El descubrimiento de las Indias, complemento de esta ley, testimonio elocuente de la universalidad del cristianismo considerado en conjunto, es á todas luces providencial. Estas proposiciones generales son claras é innegables á la luz de la ciencia y de la historia. Pero cuando se baja á detalles, á estas personas, á una Nación en particular, ya la luz es más tibia, las consecuencias no pueden ajustarse á todo el rigor de la lógica: hay que encomendarlas al buen sentido, á la delicadeza de criterio, para saber apreciarlas en su valor, y encajarlas en el plan entero del acontecimiento. Así, pues, si decimos que un suceso eminentemente católico estaba reservado á la Nación Católica por antonomasia, debía consultarse con una escuela católica insigne y ser acogido en los Conventos y apoyado por los Frailes, que eran los que mejor representaban á la sazón la causa del Catolicismo; si añadimos que al génio cristiano debía corresponder una Heroína, al suceso más importante, la Reina más ilustre, y aun á nueva fase de la Unidad, la Nación que más se había distinguido en su defensa contra su mortal enemigo el Islamismo: y que si el momento solemne se retrasa esos siete años mortales que tanto tormento han dado á los mayores ingenios, es porque ordenadamente no se podía, ni debía llevar á cabo la empresa, hasta no dar cima á una epopeya de siete siglos: y si como prueba de este misterioso designio se aduce la coincidencia de haberse verificado en el mismo año y en seguida de la toma de Granada, las capitulaciones del viaje al Nuevo Mundo: consideradas detenidamente, decimos, todas esas circunstancias, en todo el rigor de la lógica, no podemos sacar la

consecuencia de que han sido providencialmente combinadas; pero sobre la lógica de las matemáticas y de la Ontología, existe en el hombre de recto sentido, una voz interior que le dice: hasta ahora no había parado mientes; pero hoy que fijo en ello la atención, me parece claro, que las cosas debieron pasar como han sido, y no como se empeñan en achicarlas, los cálculos mezquinos, y en oscurecerlas la fatalista filosofía de los Historiadores. Después de Colón, la gloria del descubrimiento estaba reservada á un pueblo heroico, á la Nación de la Fe, á una Reina egrégia, á Frailes modestos, á una Escuela Católica. El que exija de nosotros otro género de argumentación, que separe la vista de estas páginas, porque esta parte al menos no se ha hecho para el que no esté acostumbrado á admirar, acatando, los designios de la Providencia.

Y ciertamente, que si la cristiandad en general estaba preparada religiosa y social, científica y comercialmente para derramarse por el mundo, no todos los Reinos tenían brazos bastante robustos para sostener la balanza del colosal suceso. En la arriesgada y trascendental empresa, no se trata sólo de prestar tres Carabelas, lanzarse en el mar tenebroso, y arribar á Islas, no pisadas antes por plantas europeas. En este primer paso, un país cualquiera por pequeño que fuese, un barón poderoso como lo intentó el Duque de Medinaceli, pudiera suministrar al marino medios de realizar el pensamiento. Pero el plan providencial era más vasto y trascendental. «Había llegado el Mundo, dice un Historiador (1), á aquella plenitud de los tiempos en que el Eterno se proponía cumplir toda la extensión de sus promesas: quería también volver á estrechar entre los hijos de un mismo Padre unos vínculos rotos ya de antiguo, y de los que apenas quedaba vestigio. Quería restablecer la armonía y dulzuras del Comercio entre las innumerables ramas de la gran familia, haciendo que repartiessen recíprocamente los frutos de sus posesiones aisladas. Variando, en fin, la escena del Universo, abríase al evangelio un campo mucho más vasto que cuando fué enviado del Cielo.» Y es claro, para llenar tan altos variados y trascendentales fines, no era poderosa una Nación cualquiera: debía estar adornada de la viveza de fe y de sentimientos, del espíritu emprendedor y heroico, de la fuerza de

(1) Berault. Bercastel lib. 56, que citamos con gusto, porque apunta la idea que desenvolvemos en todo el escrito.

instituciones, hábitos y costumbres, de una historia en fin, y un alto sentido histórico y civilizador tal, que respondiese en sublime tono á la misión no menos elevada que se le encargara. No eran sólo las producciones y principalmente los metales por medio del Comercio, ni los grados de latitud, lenguas y razas por medio de la observación científica, ni sólo la Religión por medio de los ministros, las que se van á poner en comunicación en ese nuevo camino, abierto por la pisada del Génio cristiano. Era todo ello reunido y mucho más. Es el Mundo antiguo y el nuevo, es la división y la unidad, es la historia por sus dos cabos, los que se encuentran por primera vez. Y claro está: sólo la Nación que posea la idea, que respire el ambiente, que esté probada en el crisol histórico de la Unidad, es la encargada en los designios providenciales, para asociar su nombre al inmortal de Colón.

Nuestros Historiadores apuntan el pensamiento, haciendo intervenir á la Providencia en esta escena gloriosa de nuestra historia: no somos los primeros en anunciarlo. Falta, no obstante, la prueba, y esa es la que vamos hacer resaltar ahora.

Y en verdad que colocado en este terreno fácilmente podría resolverse el problema con sólo echar una ojeada escrudiñadora á la situación de las diversas naciones europeas en los tiempos inmediatamente anteriores y posteriores al gran acontecimiento. La pátria de los Médicis y de los Sforcias, albergando en su seno escuelas que, como la de Pádua, dieron origen á ese clasicismo de estrecho criterio histórico, ó más bien, á ese neopaganismo, cuyas funestas consecuencias ha descrito con vasta y escogida erudición el Abate Gaume; el suelo de los Landgraves sirviendo de cuna á la Reforma, que en sentencia del profundo y diligente historiador Janssen, brota espontánea como la envenenada flor del dañado tallo: el país de los Landlords y de los Condados, abrazando con tal ardor el monstruoso engendro de Lutero, que en su odio y persecución á los católicos excede en refinamiento y crueldad á los mismos Próconsules romanos; el reino de los Valóis, en fin, aliándose á los príncipes protestantes, y en convivencia con el Imperio turco para humillar envidioso la bandera, que sosteniendo en Europa con sus armas la idea católica, la extendía por medio de sus misioneros en las regiones descubiertas; ciertamente que las cuatro naciones, léjos de poder aspirar, ellas mismas habian renunciado al derecho de recibir de manos de la historia la solemne investidura de cooperadores del gran descubridor. Y quedan privadas de este honor con tanta

mayor razón cuanto que esos funestos desvíos del centro de unidad que se revelan en el momento crítico del descubrimiento, no eran accidentes inopinados y pasajeros, sino más bien ruidosas y de antemano preparadas manifestaciones de la tendencia diversista, que palpita latente en sus anales, en todos los períodos de su vida. Sin oscurecer, pues, ninguna de sus glorias, ni disputar sus especiales actitudes, ni rebajar un ápice los servicios que prestarán en épocas dadas; antes bien, reconociendo imparciales, que de no haber tergiversado la idea y maleado el espíritu que á la civilización cristiana informaba, la hubieran representado en cierto modo en su lento y majestuoso desarrollo, cada una por alguno de sus variados aspectos; Italia, por el lado de las bellas artes; la Gran Bretaña, por el mercantil industrial; Germania, por su pensamiento filosófico, profundo, aunque nebuloso, y las Gálias, por su carácter expansivo, para difundir y hacer europeas las ideas y las costumbres; sin embargo, por haberse separado del recto sendero, sacudiendo el suave yugo de la sabia directriz de la civilización, no sólo no eran merecedoras de intervenir, sino que se habían inhabilitado, para comprender el alto sentido histórico del colosal suceso que cambia la faz de la tierra.

Estaban todas ellas, con efecto, informadas en mayor ó menor grado de ese espíritu neopagano y disolvente, que empollado en el Renacimiento, prorrumpe en abierta rebelión en la reforma; y minando aunque por distinto costado el edificio de la filosofía en Bacón y Descartes, y secularizando en Grocio, Tomasio y Pufendorf el derecho que reduce Hobbes á la fuerza, y Rouseau á un contrato, como fruto natural del extravío de las ideas, se convierte en libelo infamatorio en la Enciclopedia, para caer, en fin, en la sima del absurdo con el panteísmo y positivismo contemporáneos. Y por eso, lejos de seguir el hilo de oro de la historia, y el desenvolvimiento ordenado de la civilización europea, sólo han logrado torcer su curso natural en el interior, y retrasar su benéfica difusión por el mundo todo. No es extraño, porque dividida la Europa religiosamente en sectas, internacionalmente en mezquinas rivalidades; políticamente en pontificados láicos, ó cesarismos más ó menos absorbentes, y socialmente en arraigado encono de clases; á la unidad de doctrina y sentimientos, que bajo la tutela y magisterio del Pontificado, animaba á la antigua confederación llamada *Cristiandad*, ha venido á reemplazar esa diplomacia estéril, que fundada en un equilibrio convencional y de artificio, y

sostenida por tratados de miras bajas y egoistas, ha cortado los vuelos del pensamiento y atado los brazos de los poderes públicos, no sólo para emprender hazañas generosas y desinteresadas en favor de la verdadera civilización, sino hasta para arrojar de su propio suelo la retrógrada y sensual del alfanje y del harén.

Y ahora importa poco que esas naciones, en épocas dadas y circunstancias especiales, se hayan mostrado celosas en la defensa y activas propagadoras de la fe. Sabemos los inmensos esfuerzos que desplegaron los monjes hivernos y anglosajones en la conversión de los helvecios, de los frisones y de los germanos, ilustrando además con su relativamente superior instrucción el Imperio de Carlo-Magno. Es además un hecho indudable que multitud de caballeros, y aun algunos príncipes franceses y alemanes tomaron una parte principal en las expediciones de las Cruzadas, que son la gran epopeya de la civilización de la unidad; y no hemos de escatimar el debido elogio á las pruebas de reverencia y de sincero apoyo, que alguna vez dieron á su centro augusta, que es el Pontificado. Pero el génio de las naciones, como el carácter del individuo, no se descubren por un hecho singular, en un rasgo aislado ó una hazaña hija de las circunstancias. Es preciso penetrar en el organismo de sus leyes fundamentales, de sus instituciones espontáneas, de sus costumbres permanentes, en la sangre que circula por sus venas, en la idea que preside á su educación, en los sentimientos que laten en su pecho, en los perfiles, en fin, que constituyen la fisonomía de su historia entera.

Si hemos de llegar, pues, á la ansiada cumbre de una solución satisfactoria, contemplando al descubrimiento en toda su extensión y grandor, en su lenta preparación y colosales resultados, como antítesis de la división babélica, como complemento del Pentecostés cristiano, como última fase de la era de la unidad, que erigida en social europea por Gregorio VII, (1) universaliza geográficamente Colón; es menester buscar un pueblo que representándola histórica y genuinamente, sin lamentables extravíos antes ni después del descubrimiento, á la altura por lo menos de los otros en todos los ramos del saber, en todos los adelantos de la industria y navegación, en todos los elementos de la humana cultura; sea además aguerrido para conquistar, ferviente para cristianizar, or-

(1) El historiador racionalista Laurent llama á Hildebrando génio de la época, y héroe de los héroes y á la influencia del Papado en la Edad Media un hecho providencial.

ganizador para colonizar, y de miras sublimes para civilizar los países que, en el sabio, aunque inescrutable plan providencial, iban á recibir con la luz de la fe los beneficios de una civilización en el curso de los siglos y á costa de tantos trabajos elaborada por la Iglesia. La trascendental empresa, por tantos títulos agena á las otras, estaba reservada, sin duda, como premio de su constancia en la fe y de su heroísmo á la nación, que acrisolada en una lucha de siete siglos contra el terrible enemigo del nombre cristiano, se sentía ahora con hombros robustos para sostener el peso, y con frente firme y altiva para llevar sin desmayos ni vacilaciones la corona de dos mundos. Y sería bastante este sencillo razonamiento para unir en estrecha y gloriosa lazada el nombre de Castilla con el del inmortal descubridor, si la importancia del asunto no exigiera ulteriores aclaraciones.

Con efecto. La Pátria de los Tudor ni hace ni conoce la historia, porque carece hasta del superior y delicado criterio, que es menester para apreciar su alto sentido y su filosofía. La gran Bretaña es una nación eminentemente práctica y positivista, que no hace ni conoce bien más que su negocio, *business*. Y este juicio no es una injuria nacional de que deben ofenderse los hijos de la antigua *Albiön*: es la marca que lleva impresa en su frente, es la expresión del carácter y genialidad de ese pueblo, por otra parte, tan sensato y tan grande. No negamos á la nación de Alfredo las virtudes cívicas que en alto grado posee, ni la actividad industrial y mercantil que la distingue, ni el espíritu público y respeto á la ley que tanto la recomiendan, ni la fuerza de expansión y poderío con que ha llegado á ser la reina de los mares. A lo que de ningún modo puede ni debe aspirar, es á la honrosa investidura de representante de una gran idea, cual es la unidad: esta palma no se alcanza en el estadio de la tienda ni del taller: lo que por tanto no la concedemos, es mirada perspicaz para seguir en su vuelo la marcha majestuosa, y sublime sentido de la historia.

Católica en tiempo de Colón y de Enrique VII, protestante desde Enrique VIII, Inglaterra siempre es la misma. El cambio de religión no altera sustancialmente su secular organismo. Después de sus luchas exteriores en la guerra de los cien años, é interiores entre las casas de York y de Lancaster: desentendida de sus pretensiones al dominio de Francia, y apagada la guerra civil: bajo la base de la antigua y célebre *Carta magna*, dividido el Parlamento en dos cámaras, reconocidos los principios esenciales de la consti-

tución británica, y á favor de un conjunto de circunstancias, de raza de clima, de costumbres y de forma de propiedad y de gobierno que sería largo enumerar; en los tiempos del descubrimiento constituida en Nación, afianzado el espíritu público, iniciada esa actividad comercial, que tanto desarrollo había de alcanzar, tiene ya señalado el puesto que ocupará y el rumbo que ha de seguir en la senda de los tiempos modernos. Es la banca, el bazar de la Europa cristiana: representa el lado material, la actividad mercantil de la civilización Europea. Adoptando el protestantismo cambia de religión, no de carácter ni de destino: ó acaso ese mismo destino y ese mismo carácter fueron las más hondas raíces, y los móviles más poderosos para el cambio de religión.

El inglés como individuo es inclinado al aislamiento en la familia, á la rutina en la costumbre, al respeto formalista á la ley, al cálculo en el comercio. Con ojo certero para todo lo útil, y el buen sentido de no seguir la lógica en las absurdas consecuencias de un falso principio, es incapaz, sin embargo, de concebir una idea espiritualista trascendental. Inglaterra como Nación es emprendedora, pero no misionera; colonizadora, pero no civilizadora; expansiva, pero no humanitaria; amiga de mezclarse en todo, pero no bajo el aspecto histórico-religioso, ó altamente científico, sino bajo el punto de vista de su interés, á cuyo fin supremo subordina la política, la ciencia y la religión misma. Así es, que si ha producido á un Bacon de Verulamio, á un Locke, á un Smith, una escuela escocesa, nunca podrá gloriarse de un Vives, de un Suárez, de un Granada, de un Calderón, de un Leibnitz, de un Bossuet, de un Mallebranche: con su misticismo Milton, y Shakespeare en medio del sublime sentimentalismo, no dejan de ser Anglo-Sajones.

Por levantadas que fueran las miras del VII Enrique al escuchar á Bartolomé, y escribir á Cristóbal, el pensamiento de Colón no cabía en el molde positivista de la Nación Británica. Inglaterra no podía encargarse de la gran empresa del descubrimiento, aunque después en sus resultados haya de desempeñar un papel importantísimo.

Francia es propagandista de ideas, y en cierto modo civilizadora, pero no posee el arte de implantar en suelo extraño las instituciones de la madre patria, ó sea el secreto de la colonización; y aunque colocada casi en el centro, y en algunas épocas al frente de las naciones de Europa, carece, sin embargo, del alto sentido de la historia. Aparte la conversión de Clodoveo, sólo en dos

ocasiones ha comprendido y secundado sus elevadas miras; en Carlo-Magno con la idea del imperio, y en el hijo de D.^a Blanca de Castilla con la heroica, aunque desgraciada cruzada, y con el llamado *Establecimiento de San Luis*. En la esfera histórica-católico-social, esos dos personajes son la gloria inmarcesible de la patria de los Carlovingios y de los Capetos; mas desgraciadamente esos reinados son tan sólo un episodio en su historia.

Ordinariamente ha torcido su carácter de hija primogénita de la Iglesia, oponiéndose al supremo jerarca y á su tendencia civilizadora, desfigurándola con ideas y con modas que la extravían y envenenan. Merced á la prudencia de los capetos en asociar el heredero al manejo de los asuntos, y á la sistemática constancia de los Valóis en ir dando creces al territorio real y á los derechos y prestigio de la corona; pasada la crisis en que pelagra su existencia, merced al patriotismo de una ilustre doncella, Francia se asienta, como nación en Carlos VII, se consolida como monarquía en Luis XI; puede hacer su célebre expedición á Nápoles en Carlos VIII; y hasta rivalizar con la causa de Austria en Francisco I.

Pero con el criterio egoísta siempre de una preponderancia en Europa, que tantos sacrificios la ha costado y sujetado á tantos vaivenes, lejos de admitir ni secundar el gran pensamiento de la *unidad*, ha sido casi siempre su principal estorbo. En lucha frecuente con el Pontífice, ora por un matrimonio escandaloso, como en Felipe Augusto, ora por bienes temporales como en Felipe el Hermoso; ya disputando á la cátedra de Pedro sus prerrogativas en Carlos VI, ya reuniendo la asamblea de Bourges en Carlos VII, (1) por no hablar de las protestas del famoso Furrier al Concilio de Trento en nombre de Enrique II, de la declaración del clero en Luis XIV, que tantos disgustos dió á Inocencio XI, y las doctrinas de la escuela galicana que tantas esclavitudes han causado á la Iglesia: con tan estrechas miras en religión, y tan interesado criterio en política, la ilustre y por tantos títulos grande nación de Clodoveo, no era la llamada á representar la idea de unidad y universalidad en la historia. Al contrario, el papel que por una triste fatalidad, y como consecuencia de tantas inoportunidades históricas, le toca desempeñar en la Europa moderna, es el de fatora del protestan-

(1) Para penetrar el espíritu que animó á la nación vecina desde estos dos reinados hasta el de Luis XIV, véase «Ensayo sobre la influencia del Luteranismo y galicanismo... por Don Judas José Romo, Obispo de Canarias...»

tismo, origen del indiferentismo y propagadora del racionalismo y socialismo. Esto en el orden de las ideas; que en la esfera de la política y de los hechos, por una miserable rivalidad á la casa de Austria, y por vanidad personal de sus reyes ó de sus ministros, ella toma una parte activa en la política de la división que con nombre de equilibrio se entroniza en la cristiandad: ella es la que envenena á las naciones latinas con el tósigo de unas teorías, de las cuales no han quedado más que los efectos desastrosos y disolventes del ponzoñoso virus: ella, en fin, es la que ha conmovido los cimientos de la certeza, vulgarizando, y de la sociedad, planteando problemas que incapaces de resolverse por la civilización moderna, sólo pueden recibir, si no la solución, al menos remedio de la civilización de la unidad. Y nada importa que á veces la Nación envíe sus ejércitos para defender al Pontífice, centro de unidad: nada importa que muchos de sus ilustres é ilustrados hijos hayan creado esa multitud de instituciones cristiano-civilizadoras que constituyen la gloria de la Francia moderna. Nada importa que sus sabios y sus misioneros estén exparcidos por todas las latitudes en busca de curiosidades los unos, y los otros de almas que conquistar á Jesucristo. Los individuos y aun las instituciones privadas no son la Nación. Aquéllos por su carácter particular, y ésta por sus torcidas tendencias, eran impotentes para tomar á su cargo la colosal empresa de dar al mundo la unidad de la historia y de la civilización.

Italia es la Pátria del arte y del buen gusto, el País del génio, la antorcha de la Ciencia en este Ciclo, el nudo de todas las cuestiones europeas, y el sangriento teatro donde generalmente se ventilan y resuelven. Todos los hombres para ser grandes, todos los sabios para ser europeos, todos los artistas y literatos para ser eminentes, todos los Caudillos para ser célebres, han tenido que pasar por el suelo, ó al menos beber las aguas del saber ó de la inspiración en Italia. Pero la Italia es sólo una escuela, un teatro, un museo, ó según la frase de Meternich, es tan sólo una expresión geográfica. Desde que á la caída del Imperio de Occidente dejó de ser la cabeza del Mundo, nunca ha llegado á constituirse en Nación una é independiente, como si su destino se encerrara en este dilema dominar y ser Señora, ó ser dominada y sujeta á otras Naciones (1).

(1) Véase este pensamiento desenvuelto por el ilustre Pastor Diaz—Italia y Roma—y Roma sin el Papa.



Su vida es un reflejo de Roma, y su destino el ser satélite del astro que alumbra al Universo: y no tiene más que dos caminos; ó dominar al Mundo con las armas, con la ley y con la lengua, como en tiempo del Imperio, ó brillar en él, sin dominarle, con la gloria del Pontificado, ó con la idea que la Roma cristiana le presenta.

La Italia cristiana no puede simbolizar ni la conquista, ni el formalismo jurídico, ni el dominio político del Mundo: está limitada á ser órgano de lo verdadero, de lo bello, de lo universal, de lo uno de la idea, y su dirección y suave influencia en el Mundo. Así la han hecho la geografía y la historia; así la ha hecho Dios, y en vano se empeñan los hombres en alterar la naturaleza de las cosas, ó en faltar á la ley y encadenamiento de los hechos. La obra que ha llevado á cabo por los medios que para nadie son hoy un misterio la desatentada dinastía de Saboya, pasará como un meteoro, pero dejando rastros sangrientos, castigo natural de la ambición y del sacrilegio. Por eso Italia, que dá el génio del descubrimiento, no puede aceptar la responsabilidad de su obra; y siendo Colón Genovés, ni Génova, ni Venecia, ni Ducado alguno italiano están formados para participar de su gloria. Aunque no recordemos las eternas y enconadas discordias de Güelfos y Gibelinos, las rivalidades de Venecia y Génova, la reciente formación de los Ducados Toscanos, las alternativas, trastornos y cambios frecuentes de Gobierno en Nápoles y Milán; sólo la heterogeneidad de los elementos que la constituyen, imposibilitaban á la hermosa Italia, para cargar con la honra del descubrimiento.

Alemania, aunque no por su posición geográfica, al menos por lo importante de su historia en este ciclo, y principalmente por haber llevado en sus sienes muchos siglos la corona imperial, parece debiera tener legítimas aspiraciones á la conquista del Nuevo Mundo. Pero si bien se considera, la Pátria de los Federicos, ni en el orden providencial, ni en el histórico, era la llamada á tan sublime honra. Alemania, como raza, es refractaria á la Unidad: después de tantos siglos de elaboración, esta es la fecha en que no ha podido constituir la más sencilla, la externa, la unidad política estable y permanente (1). Alemania, como Imperio, no ha comprendido, y casi siempre torció su misión: esto prueba que esa

(1) De la obra de Bismark, puede decirse lo que de la Casa de Saboya. El tiempo es el único que puede responder de esta aserción.

gran unidad, y la idea que representa, sobre no ser indígena del suelo, sufre al llegar á él una modificación que imposibilita, ó impide al menos la realización del pensamiento para que se fundó.

Cuando á la disolución de la dinastía Cárlo-Vingia pasó la corona de Monza á las razas teutónicas, naturalmente parece que debieran secundar el pensamiento del fundador, ó más bien del restaurador, el gran Carlo-Magno. La púrpura imperial oriunda de Roma, renovada por la idea y el espíritu cristiano, conservaba un gran prestigio en la sociedad bárbara. El caudillo que la visitiere era el jefe temporal de la cristiandad, como el Papa era la cabeza de la Iglesia, y el supremo regulador de la civilización. A haber comprendido Alemania su destino, nunca olvidara, que si con las insignias pasaba el prestigio y la influencia de una raza, de una sociedad, de una casa á otra, lo que ni se trasladaba, ni alterarse debía, era la idea que presidiera á su restauración. La Roma de los Césares la había tejido: la Roma del Pontificado la conservó en depósito: en la Roma cristiana había reaparecido, y por manos de los Papas entregádose al jefe más poderoso, como símbolo de supremacía sobre todos los caudillos de la sociedad cristiano-feudal. Estaban, pues, bien marcados, su esencia, sus atribuciones y sus deberes.

El Imperio, es el representante de la unidad cristiano-política, como el Papa de la religioso-social: es el brazo, no la cabeza de la cristiandad: es el defensor, el auxiliar del Pontífice, no su enemigo, ni siquiera su rival. Desde el momento que de hijo se convierte en verdugo, de apoyo en avasallador, el que lleve en sus manos el globo imperial, pertenezca á la casa de Franconia ó de Suavia, sea un Sajón, ó un Bávares, abandona la idea, y se queda sólo con la fuerza, y de todos modos, deja de ser el representante temporal de la unidad. Desgraciadamente Alemania, no lo comprendió así, y se privó así misma de todo derecho á intervenir en el más glorioso de los sucesos modernos.

Guiada de una ambición que desde los Ottones la inclinó á dominar en Italia; celosa y rival en los Enriques de una autoridad, que lejos de coartarla, confirmaba y daba prestigio á la del imperio; inficionada en Federico II, de impiedad y aun de sensualismo musulmán, Alemania, lejos de servir de apoyo, es por algunos siglos el gran peligro de la unidad. Los sucesos no suelen venir de repente. En la casa de Hoenstauffen, dibújase ya para el por-

venir la protesta, y al leer la historia de este ciclo, nadie extrañará que Alemania fuera la cuna de la reforma protestante, y el asiento del racionalismo y panteísmo contemporáneos. Es verdad que al salir á la escena, después del largo interregno, y de grandes discordias civiles, la casa de Hamsburg, cambia algún tanto la decoración, montándose el imperio bajo una base menos hostil al Pontificado, y sin las tendencias avasalladoras de Italia. Pero Luís de Baviera, siguiendo las huellas de los Enriques y Federicos, renueva las luchas con el sacerdocio y las vejaciones en Italia, promoviendo un cisma con el nombramiento del llamado Nicolás V. Y aunque la anarquía de los estados y la influencia francesa promueven el llamamiento de otra dinastía, que consolidándose en Cárlos IV, arregla la ley fundamental en la bula de oro, (1) dando un nuevo giro á la marcha del imperio; en todo rigor, sólo cuando asentada en la casa de Austria la corona en Alberto II, y sobre todo, cuando separados los intereses austriacos de los alemanes en Maximiliano, y ensanchado por éste con enlaces matrimoniales, se pone el imperio en disposición de reproducir la misión de Carlo-Magno en la persona de Carlos V, es cuando la raza germánica puede aspirar á ser el eco y temporal representante de la unidad en el mundo de Colón, como era su brazo en el antiguo continente. Pero entonces precisamente estaba ya dando sus primeros frutos la obra del Génio; pero el augusto nieto de Maximiliano lo era también de Isabel la Católica, y el hijo de Gante si como vástago de la casa de Austria lleva las riendas de la política europea, por correr por sus venas sangre española, es el brazo de la cristiandad. Carlos V, como emperador, es el dique del Protestantismo y el centinela avanzado contra la pujanza de la media Luna; pero es además representante de la Unidad cristiano-europea, como emperador, y de la idea de la Universalidad como católico y como monarca español. Y no es ya Alemania como tal, ni siquiera la Casa de Austria, separando los intereses austriacos de los alemanes, sino entroncando con la rama española, es decir, es España sola primero, y apoyada después en la Casa de Austria, la verdadera protagonista de la Epopeya de los tiempos modernos. Así lo tenía Dios determinado, y así lo testifican los hechos.

(1) En el parecer que han emitido los historiadores sobre la famosa bula, no nos toca á nosotros intervenir. Bástanos consignar el hecho.

§ V

Histórica y providencialmente queda, pues, *sólo España*, en unión después *con la casa de Austria*, encargada de la gloriosa misión, siquiera esta corona sea ganada á costa de sacrificios inmensos. Sí: porque mientras abre el otro Hemisferio á la propagación de la fe y á los beneficios de la comunicación social, tiene que atender también á dos enemigos de ambas, que acechan la ocasión para *dividir*, y *ahogar*, si fuera posible la cristiandad, y con ella la civilización. Mientras los descubridores españoles dan conocimiento á la Europa, y los hijos de Francisco y de Domingo, españoles también, llevan la buena nueva á países desconocidos, el Protestantismo, alagando las pasiones de los unos y la codicia de los otros, se empeña en desgarrar la túnica de la unidad; y el Islamismo, aprovechándose de las divisiones intestinas de la descarriada Europa, espía la ocasión de echarse sobre la codiciada presa. Afortunadamente la Nación de las Epopeyas está preparada para sostener con robusto brazo el peso de su gloriosa bandera. Su historia toda es una especie de preparación para este momento solemne, y la misión que en él vá á cumplir, es la más alta y trascendental, que se ha encomendado jamás á ningún pueblo. En la imposibilidad de que se nieguen los hechos, procuraremos penetrar su alto sentido.

Formada la Nación de los Ramiros, de los Ordoños, y de los Alfonsos, de los antiguos elementos cristiano-romanos, y de los más cultos é ilustrados entre los bárbaros de la invasión, cual eran los visigodos, fúndense ambos en un sólo pueblo, que desde la aurora de la civilización, creada por el Evangelio, aparece como el más culto y adelantado entre todos los pueblos de la Europa cristiana. Sin entrar en el exámen de los períodos romano y godo, que nos alejaría del actual asunto, basta recordar el Código del Fuero Juzgo, compendio de ambos y el mejor reflejo de aquella sociedad, germen de la que nos interesa presentar un bosquejo. «El Código de la Monarquía Visigoda, dice el Sr. Pacheco (1), es uno de los más célebres é importantes documentos de la época.

(1) Discurs. de introd.^{ón} cap. 4, n. 1.^o

que sucedió á la caída del Imperio Romano. . . . reflejóse en sus preceptos completamente la sociedad, para cuyas necesidades se dictaba, y fué, por tanto, más adelantada que ninguna otra, como esa sociedad era muy superior á las que coetáneamente existían.» Por si alguno creyera, que el Publicista español se deja arrebatar de un exagerado amor pátrio, añadimos el testimonio de Guizot (1), «es un Código universal. . . . cuyos autores se han propuesto atender á todas las necesidades de la sociedad. . . es incomparablemente más justo, más racional, más suave, más preciso; conoce mejor los derechos de la humanidad, los deberes del Gobierno, los intereses de la sociedad, y se esfuerza por alcanzar un objeto *más elevado y completo* que todas las legislaciones bárbaras.»

Si ahora se quiere conocer su origen, «los manantiales de ese Código, dice Sempere (2), fueron las costumbres germánicas, las leyes romanas, y los Cánones Conciliares.» Hé aquí dibujada en bosquejo la Historia española: su civilización procede de la legislación romana, y de las costumbres godas, fundidas ambas en el crisol de la moral evangélica. Hé aquí la Nación fundada por Eurico, constituida en una gran Monarquía por Leovigildo, unificada en religión por Recaredo, brillando en el orden científico en Sisenando, y mostrando sus frutos legislativos en Recesvinto. Sus leyes, concluiremos con el Sr. Colmeiro (3), son nuestras leyes, sus Monarcas el tronco de nuestra Dinastía, su religión la existente, y todos los principios esenciales de su constitución se conservan vivos en la Edad Moderna, salvos los cambios introducidos como una necesidad en el orden de los tiempos.»

Es verdad que el tallo de la civilización visigoda, como la espiga por el segador, es tronchado por el alfanje musulmán en la derrota del Guadalete; pero como tiene hondas raíces en el pecho de los Españoles, y un destino inmenso que llenar en el porvenir, vuelve á retoñar con más vigor y lozanía en Galión y en Covadonga, creciendo desde entonces en copa frondosa lo bastante, para hacer sombra á toda la tierra. Lo que es una desgracia para los Godos y parece un paréntesis en la historia pátria, fué, sin duda, un castigo á la momentáneamente extraviada y enmoellecida raza visigoda; pero se convierte para España en provechosa lección y

(1) Hist. de la Civ. en France, tom. I.

(2) Hist. del der. p. 85.

(3) Const. de los Rein. de León y de Castilla, tom. I, pág. 20.

saludable escarmiento, gérmen de mil heroísmos y de cien veces probada grandeza. Si antes fué la más adelantada entre los Bárbaros, en la nueva fase adquiere la civilización española un carácter propio, una fisonomía especial, que al par que la distingue de las demás, es como la preparación y el preludio de sus futuros inmensos destinos.

El feudalismo pintado con tan negros colores en los escritos del Renacimiento y de la Enciclopedia, pero como hemos indicado ya, restituído, á su verdadera fisonomía por medio de los profundos estudios que se han hecho en este siglo, en vez de planta exótica, debe considerarse como una institución espontánea de aquel conjunto de circunstancias que siguieron á la caída del coloso romano. Brota pujante en el suelo de la invasión, como una protesta contra la fuerza absorbente de la sociedad pagana, como el fruto natural de las condiciones en que se establecen los nuevos habitantes; que unidos con el suave lazo de la religión, y creando un estado social semejante adoptan costumbres é instituciones parecidas, de cuyas fecundas raíces ha de salir frondoso el árbol de la tan variada como expansiva civilización cristiana. Pero en medio de esos rasgos de semejanza, vienen luego en cada país circunstancias especiales á diferenciarle en su forma y en su desarrollo. Por eso en las otras naciones el carácter dominante es un feudalismo local, anárquico y opresivo, hijo de la ocupación de tierras ganadas en la batalla, y distribuidas por el jefe entre sus compañeros los otros Caudillos. Al contrario, en España no puede haber feudalismo propiamente dicho, donde la conquista no es la ocupación de un suelo extraño, sino la restauración del hogar, la reconquista del propio territorio, el rescate de un pueblo; perdido todo al mismo tiempo por el Rey, por el pueblo y por los Caudillos. En las demás Naciones el predominio de los Barones sobre el pueblo que oprimen, y sus luchas con los Reyes, á quienes rehusan someterse, degenerará en una rivalidad permanente en que acechando el pueblo oprimido la ocasión para sacudir el yugo, y los Reyes el momento de aumentar su poder, subyuguen ó abatan de común acuerdo al rival de ambos, al Castillo feudal. Por eso producen una gran sacudida, y originan una radical transformación las Cruzadas: por eso cada derecho exige una lucha, cada inmunidad supone una victoria ó una transacción, cada libertad es el fruto de una calculada astucia ó de una reñida contienda. En España todo sucede al contrario: en frente del enemigo común, Rey, nobles y pueblo, todos están animados de un

mismo sentimiento; todos tienen un supremo interés, todos son movidos por el mismo resorte, el amor del hogar, la defensa de la Pátria, la guarda de su religión. Nacidos en la escuela de una común desgracia, educados en el mismo palenque del combate, los tres aspiran al mismo fin supremo, que es, acabar la hazaña que juntos emprendieron en Covadonga, y que unidos han de coronar en la Vega de Granada. Por el enlace que tienen necesariamente unas ideas con otras, y éstas con los sucesos contemporáneos, el feudalismo se deja sentir aquí como costumbre germana; pero es sólo para distinguir la sociedad en clases. También dá aquí de rechazo el movimiento de las cruzadas; mas no para transformar el Estado social de un pueblo, empeñado en una continua cruzada, sino para recibir los adelantos en ciencias y artes que trae consigo este colosal acontecimiento.

En otras Naciones las cruzadas dan origen á las ciudades libres; por las ciudades crece el poder de los comunes: con la intervención de los comunes en las dietas y Parlamentos, es abatido el pendón de los Barones, es ensanchada la corona de los Reyes, y creadas las grandes Nacionalidades. La carta magna es arrancada á Juan Sin Tierra; Felipe Augusto convoca los Parlamentos para ensanchar su poder, y aumentar los impuestos, y en todas partes hay una lucha interna, hija de la oposición de intereses y de sentimientos que por no acallar ningún enemigo exterior, permanece viva en disolventes y prolongadas discordias.

Lo contrario sucede en España: no espera á las cruzadas, para dar nacimiento á las libertades y á los fueros donde aparecen ya las ciudades y las villas desde el siglo IX, ni al crecimiento del poder comunal, donde desde el siglo XI, ya asisten los Procuradores á las cortes; ni mayor prestigio de la Monarquía, donde los Reyes son respetados siempre. Si en los Alfonsos el Católico y el Grande, si en Ramiro y Ordoño, si en Fernando I y III, Alfonso VI y VIII se ensancha y engrandece la Monarquía, no es por el abatimiento de los Barones, sino por el avance de la Reconquista. Aquí las libertades son espontáneas, no arrancadas por la violencia, ó procuradas por la astucia: aquí las cartas pueblas, mas bien que una conquista del estado llano, son privilegios otorgados á hechos heroicos, ó eminentes servicios. Aquí las cortes no brotan de un cambio social, ni son un artificio para abatir á los Grandes, ó la unión de Barones y Pueblos para cercenar la autoridad régia: son hijas de la antigua costumbre visigoda, que no se olvidó en Guada-

lete, y que cambia de forma, no de espíritu ni de móviles en Coyanza.

La civilización española, pues, aunque compuesta de los mismos elementos que en otras naciones, distínguese de todas en el espíritu de unidad, con que conspiran al mismo fin todos sus componentes, en la sabiduría de vida, y robusted de organización, con que va creciendo el cuerpo social en el ambiente del patriotismo, y principalmente en el molde eminente católico á que se ajusta la Historia entera de este pueblo.

Así es que en España son desconocidas las luchas del Imperio con la Silla Apostólica, de los Barones seculares con los señores Eclesiásticos, y del pueblo, en fin, con la Iglesia. Al contrario, la Iglesia, respetada y querida de todos, es la promovedora de todas las grandes empresas, la medianera en las momentáneas rivalidades de Grandes y Reyes, la compañera inseparable, y amiga fiel de todas las clases y condiciones. Hijos sus Ministros indistintamente de la nobleza y del pueblo y consejeros constantes de los Reyes, en todo intervienen, pero sin incurrir en los extremos de secularizar el sagrado ministerio por la demasiada mezcla con los asuntos temporales, ni de entregarla á un ascetismo y aislamiento exagerado, como si la sociedad hubiera de regirse del mismo modo que la Iglesia. Su intervención se reduce sólo á la armonía de ambos poderes, y á dar á la civilización el carácter de Católica, que resalta en la Española. Esos dos nombres van siempre unidos para la gloria y para la grandeza, así como su separación ha producido siempre la ruina y el descrédito de ambos. Y en cambio de estos beneficios derramados por la Iglesia á la sociedad, y como una prenda de unión y sello de alianza, la Nación, á su vez, siempre ha sido generosa y hasta espléndida con la Iglesia. Los Reyes han levantado esas magníficas Catedrales góticas, honra del arte y de la Pátria, dotando con real magnificencia á las Iglesias (1). Émulos de la Corona los Grandes han edificado Iglesias y Monasterios, no habiendo quizá ninguna Casa ilustre, á quien no sea deudor de algún Monumento el Arte; y hasta el pueblo fué siempre desprendido con su buena Madre, porque sabía, y lo que es más, veía por experiencia que los bienes eclesiásticos eran en España el patrimonio del menesteroso, el alivio en todos los apuros del pueblo.

(1) Véase la obra de Cuadrado, titulada *Recuerdos y Bellezas de España*.

Y bajando más cerca de la esfera del descubrimiento, España, como prelujiéndole, se prepara á él con notables adelantos en Geografía, y en Navegación. Además de Benjamín de Tudela, que partiendo de España á Constantinopla y atravesando la Tartaria recorre la China y varias Provincias de la India, para dar después las impresiones de trece años de viaje á la Europa del siglo XII, recordaremos los hechos siguientes: á fin del XIV fué enviado Payo Gómez de Soto-mayor en embajada á Tamerlán, mas en realidad á estudiar el País de los Tártaros. Poco después le siguieron Rui Gómez de Clavijo y Fray Alonso Pérez de Santa María, que recorren la Persia y la Tartaria, y hacen la relación de su viaje. Lo notable de estas expediciones, así como lo que por mandato de Felipe III hicieron Don García Silva y Figueroa, y Fr. Antonio de Gova, consiste en haber sido los Españoles los primeros que se fijaron en las inscripciones cuneiformes, que tanto ruido causan hoy en el estudio de la etnografía: siempre sucede lo mismo: España *inicia*, y otras Naciones se llevan la gloria. Prosigamos: Ya desde el siglo XII estuvieron los Catalanes en comunicación con las Repúblicas Italianas, con la Siria y Alejandría. San Fernando daba fueros á Zaraut, Pontevedra y Noya, y preparaba en los puertos de Cantabria una flota, para conquistar á Sevilla. Es ya admirable la de ochenta galeras que se preparan para el sitio de Algeciras. Pero donde la marina española mostró su valor, fué en la batalla naval de la Rochela, en que doce galeras castellanas con el auxilio de la artillería, usada por primera vez en España, destrozaron á treinta y seis inglesas, llenando de terror las costas de la Gran Bretaña. Y la Lonja nacional establecida en Brujas, y la compañía mercante establecida en la Rochela, y el salvo-conducto concedido por Eduardo III de Inglaterra á los castellanos, catalanes y mallorquines, que iban á Flandes, y la expedición á Canarias en tiempo de Enrique III á quien rinde tributo Betancourt, y el viaje del mismo Betancourt al Río de Oro, mas allá del Cabo de Bojador; y el atlas catalán del siglo XV hallado recientemente, en que se hace mención del viaje de Jaime Ferrer á las costas de Guinea, llegando á la embocadura del mismo Río de Oro cinco grados al Sur del famoso cabo Non, que el activo Infante Don Enrique se gloriaba haber pasado los primeros sus Portugueses; y las cartas de marear de que se valían ya en el siglo XIII los Catalanes y Mallorquines, como sabemos por Raimundo Lulio; y los instrumentos construidos en Mallorca, para medir la altura de las estrellas, y la elección que

hace el Fundador de la Academia de Segre del M. Jacobo para dirigir los estudios náuticos, que tanta celebridad dan al mismo Infante Don Enrique y tan feliz impulso á los descubrimientos en tiempo de Don Juan II de Portugal y de Colón; todos estos hechos prueban de una manera irrefragable que España, si religiosamente estaba dispuesta para representar la Unidad, intelectual y comercialmente tenía elementos para llevarla á un nuevo Hemisferio, sin dejar de defenderla en Europa contra sus dos irreconciliables enemigos, el Protestantismo y el Islamismo.

Al advenimiento del tiempo marcado en el reloj de la Providencia, sólo le faltaba la reunión de los reinos de Aragón y de Castilla en una gran Nación; la expulsión de la morisma, para quedar libre y desembarazada de enemigos domésticos, y el enlace con la casa de Austria, que pusiera en sus sienes la corona del imperio, y en sus manos las riendas de los sucesos en ambos mundos, al tomar con el descubrimiento un nuevo rumbo la civilización y la historia. Estas tres condiciones todos saben como se cumplieron. España fué una con el matrimonio de Fernando é Isabel: la epopeya de la reconquista tiene un remate glorioso á las puertas de Granada, y Castilla asciende al imperio de Occidente en la persona de Carlos V (1).

§ VI

Pero si España estaba preparada históricamente para recibir al Génio de la Cosmografía, también hay para su venida á Salamanca razones histórico-religioso-científicas, si no se las quiere llamar místico-providenciales. Salamanca era á la sazón la lumbrera de España y una de las Escuelas más insignes de la cristiandad. Abrazando toda la enciclopedia del saber, su enseñanza ha sido siempre conforme á la fe. Si se oyó un día la voz del error en sus aulas, fué para producir un glorioso arrepentimiento en el extraviado, y excitar más el celo religioso de sus doctores. Lejos de oponerse á la Iglesia, ha sido siempre su muro de defensa. El primer Colegio Mayor que se fundó tenía por lema *in*

(1) Véase la nota, A.

augmentum Fidei. Su doctrina comparada con las Escuelas de Grecia, ó con las modernas separatistas, podrá ser falta en algo, pero nunca ha sido errónea, ni disolvente como la enseñada por las paganas ó racionalistas: habrá acaso que aumentar ó completar, pero nada hay en qué corregirla.

Además, Salamanca reasume en cierto modo el pensamiento español y cristiano-europeo, en cuanto todo lo que se sabía en España y en la Cristiandad, era enseñado en ella, y de su foco ha irradiado la luz á otras Escuelas. Ella cultivó todas las artes y ciencias que á la sazón se enseñaban en Europa, principalmente las matemáticas y astronomía, la medicina y la música, las lenguas y el derecho que en otras partes estaban atrasados ó desconocidos. Salamanca es la que dá á mostrar en el siglo XV ante las demás naciones lo que era á la sazón la España científica, sosteniendo en los Concilios ventajosa lucha con los Griegos, aun antes de la toma de Constantinopla.

El Renacimiento que había comenzado aquí antes de la época fijada en la historia de la literatura, fué recibido como debia serlo por hombres de juicio sólido y saber profundo, sin las aficiones paganas, sin los peligros diversistas de otras escuelas, sólo como una flor, como un adorno del pensamiento escolástico, y una ampliación de las esferas científicas. Partiendo el movimiento regenerador de la culta latinidad y de una nueva enciclopedia, de Salamanca á España toda, y en algunos ramos al extranjero, en nada menoscaba, y sólo sirve para confirmar y extender el horizonte de la idea cristiana. De Salamanca brota un nuevo giro en los estudios teológicos y jurídicos, escriturarios y filosóficos, junto con una sólida erudición en todos los ramos del saber. Pero lejos de favorecer tendencias paganas y sensuales, ó arranques de protesta y rebelión contra la Iglesia ó las Monarquías, contra los Reyes ó contra los Papas: al contrario, de aquí salen las primeras impugnaciones contra la reforma protestante; aquí se formula científicamente la antigua fe sobre la infalibilidad del Papa; y si no la primera en defender y jurar, es una de las escuelas que más han contribuido á la definición del hoy dogma de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Era natural, por tanto, que en los grandes acontecimientos de los siglos XV y XVI, cuando se ventilaba en Europa la gran cuestión de la Unidad, y mientras Colón la resolvía históricamente allende de los mares, Salamanca ocupara en la liza uno de los puestos más eminentes.

Y con efecto, la célebre Escuela está representada en la Corte del emperador y del tan calumniado Felipe II por confesores régios, por consejeros aúlicos, y hasta por Médicos de Cámara, bien conocidos en la república de las letras: y en la polémica viva por sus sabios, y en los concilios por sus Teólogos, y ante los Pontífices por los Cardenales y legados, que de ella fueron nombrados. En fin, Salamanca produce en los siglos XV, XVI y principios del XVII, los hombres más renombrados de la época: un sabio como el Tostado; un cosmógrafo como Deza; un hombre de estado como Mendoza; un gobernante como Cisneros; un teólogo como Cano; un jurista como Soto; un místico como San Juan de la Cruz; un canonista como Covarrubias; un literato como Nebrija; un conquistador como Hernán-Cortés; un carácter como Las Casas; un poeta como Luís de León; un bibliógrafo como Nicolás Antonio; un hablista como Pérez de Oliva; un latino como el Brocense; un grecista como el Pinciano; un escriturario como Maldonado; un filósofo como Suárez; un matemático y astrónomo como Abrahan Zacut; un músico como Ramos; un polígloto como Arias Montano; un legista como López; un político como Saavedra; un naturalista como Acosta; un médico como Laguna; arqueólogos como Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales; un hombre universal como Ciruelo; un dramaturgo como Calderón; y finalmente, un novelista como Cervantes.

Hé aquí un ligero bosquejo de los méritos científico-literarios de Salamanca para intervenir en el acontecimiento de los tiempos modernos. El que no vea en ello la mano de la Providencia, disponiendo suavemente las cosas, para que una cuestión eminentemente católica, se ventile y resuelva en la Escuela que mayores servicios ha prestado al catolicismo, deberá al menos reconocer las sublimes armonías, y relevantes coincidencias que resaltan de la consideración de los hechos. La gran cuestión de la unidad religioso-social no está mal llevada á la escuela, que bajo la unidad del pensamiento cristiano, cultivaba, á la sazón, con más ardor quizá que las demás de Europa, las ciencias relacionadas íntima y directamente con el descubrimiento. En prueba del aserto, esta sería la ocasión de trazar la historia completa de una escuela, aún no bien estudiada y digna ciertamente de serlo. Para ello hay ya acumulados copiosos materiales. Tales son, la historia de la Universidad por Chacón para los privilegios reales y pontificios; la de la Iglesia por Gil González Dávila y la de la ciudad por Dorado

para los colegios y conventos, que nacieron á su sombra y la dieron hijos ilustres. Asimismo, pueden consultarse el cuadro que traza Báñez de los teólogos, sus antecesores en la cátedra: la biblioteca de Nicolás Antonio, para escritores de todo género: el plan de estudios de la Universidad del año 1772; el informe del general Thiebault de 1811: la reseña histórica de Dávila de 1849, los anuarios que publicó la Universidad desde el 59 al 65, los datos recogidos por Villar y Macías con otras recientes y bien conocidas publicaciones de ilustrados salmantinos. Utilizando, en fin, las crónicas de Indias, en lo que concierne á la fundación de las Universidades de América, y la Historia Sagrada de Florez, con los documentos inéditos, publicados por los señores Salvá y Baranda, en lo relativo á personajes de varias Iglesias ó cargos y dignidades del reino, maestros ó alumnos que han sido de esta escuela: todos estos materiales y otros que sería prolijo enumerar, decimos, han abierto el camino para que con el trabajo y cooperación de las especialidades en cada ramo del saber, y unido todo en un sólo cuerpo por diestra mano, se ponga de relieve la influencia benéfica que ha ejercido la con sobrada razón, llamada Atenas española en el progreso de las ciencias, en el esplendor de las letras y en la marcha majestuosa de la civilización y de la historia, levantando de este modo un grandioso monumento que habría de contemplar con asombro el orbe literario.

Nosotros por ahora sólo diremos, que una escuela fundada, ampliada y dotada por los Reyes, favorecida y consultada en ocasiones solemnes por los Papas, reputada muy luego, como uno de los cuatro estudios generales de la Europa cristiana, y en su línea á la altura de todos ellos; una Escuela que brilla por sus Teólogos en los concilios de Constanza, Florencia y Basilea y dá al más sabio de todos ellos, al de Trento, escogida falange de Teólogos, uno de los cuales le abre y redacta una de sus primeras sesiones, otro le dá un digno remate, y todos ellos le sirven de ornamento: una Escuela que en filología erige el monumento inmortal de las dos primeras Políglotas (1), que señala nuevos derroteros á la Teología y al Derecho, despojando á ambas de la aridez escolástica, y embelleciéndolas con todas las galas del Renacimiento, aunque sin incurrir en ninguno de sus extravíos; una Escuela, que cultivando

(1) Es sabido que en la Complutense trabajaron varios, y que la de Amberes fué encargada por Felipe II á un Salmantino.

todos los ramos de la ciencia y aprovechándose de la riqueza de los manuscritos traídos de Constantinopla, pasándoles por el tamiz de la sólida verdad cristiana, supo evitar los escollos del neo-paganismo y del neo-cesarismo en que naufragaron las de Italia y de Francia, mientras que las de Alemania se hundían en la sima del protestantismo: una Escuela, de cuyo seno nacieron las de Alcalá y Coimbra, introduciéndose por solicitud de un hijo esclarecido saludable reforma en las de Oxford y Dellingen: una Escuela, en fin, que sin arrogancia tomó por lema *omnium stientiarum princeps Salmantica docet*: bien puede asegurarse que estaba preparada para recibir al Atlante moderno, y participar de la gloria del Descubrimiento. Así, pues, como á una Reina ilustre que vé ondear en la frente del Marino la llama del Génio, corresponde un Religioso que con aguda mirada penetra hasta el último pliegue de su secreto, y un Convento que le dá generoso albergue: así tambien, á una Nación heroica que, templada en el ardor de una epopeya de siete siglos contra la morisma, lleva á cabo la no menos asombrosa de la conquista, cristianización y colonización de un Continente por medio de hazañas más heroicas que las mitológicas, y de sacrificios que sólo produce el Evangelio, debe ir unida una Escuela, emporio del saber pátrio, honra y prez de las ciencias y de las letras, noble rival de las más célebres, y lumbrera de todo el mundo. En el orden providencial, por tanto, no pueden separarse esas cuatro majestuosas figuras, que, unidas históricamente con sagrado lazo y en un sólo grupo, llenan el magnífico cuadro del Descubrimiento.

Y ahora nada importa que el Académico Muñoz, acogiendo candoroso la conseja traída de Francia por Malo de Luque, lanzara groseros epítetos al rostro de los Doctores Salmantinos: nada importa que, los biógrafos del Genovés, Washington Irving y Roselly de Lorgues, ampliando la ficción y aumentando el embrollo con novelescas, aunque eruditas invenciones, hayan dado origen á esa turbia corriente de juicios torcidos y de contrahechas narraciones, que pasando sin tropiezo por el canal de los historiadores, no sólo universales, sino particulares de España, se ha propagado á todo género de literatura, formando un obligado tema de descrédito para la Escuela y de ridículo para los Doctores de Salamanca. Si no estuviera ya suficientemente desvanecida la calumnia y desbaratada la trama de la grosera urdimbre (1), bastaría el

(1) Véase la nota B.

buen sentido para cerciorarnos que, una vez pronunciado el supuesto fallo condenatorio del Marino por un tribunal á la sazón inapelable, nunca se hubiera engastado la perla del descubrimiento en la refulgente corona de Castilla.

No se trata de si hubo Astrónomos que no le entendieran: cortesanos que le *volaran la palabra*, vulgo que le menospreciara; estos son los gajes de todo hombre superior, y la suerte de toda idea nueva y trascendental. Ni de la Corte de los Reyes Católicos, ni del vulgo de los Españoles, ni siquiera de todos los Frailes, ni de todos los miembros de una escuela, se debe esperar un criterio superior al de su siglo, una mirada por encima del estado y aun de las prevenciones de la ciencia contemporánea. Exigir ese privilegio de una Nación, de un siglo, de una institución, ó de una escuela, sería desconocer el desarrollo de la ciencia y la marcha de la civilización. La honra de la Nación católica, de sus directores los Frailes, y de su cerebro, á la sazón, Salamanca, consiste en haber hallado en ellos el Génio, lo que en vano buscó por todas las Naciones de Europa. El privilegio consiste en hallar aquí, aunque pocas, almas escogidas, tan grandes como la suya, ilustradas lo bastante para entender el proyecto, y contra todo el torrente de la opinión, con fuerza de carácter para sostenerle (1).

§ VII

Así, pues, católica en su fe, en sus instituciones y en el título de sus Reyes; aguerrida en una lucha de siete siglos con el gran enemigo de la Cristiandad; con un espíritu caballeresco, retratado al vivo en la más profunda de las leyendas y en la novela de más gracia y donaire que se ha escrito: con una Monarquía respetada por los Grandes, cuya gloria y poderío quedan eclipsados ante la Majestad, al pié de los muros de Granada: con unos Reyes queridos del pueblo, que cree no sin razón ver en ellos bondadosos padres y no duros avasalladores: sin rivalidad entre los tres elementos, que

(1) El que desee conocer los pasos que dió Colón en Castilla, y la influencia decisiva de Salamanca en el descubrimiento, puede ver el libro publicado este año con el título de "Estudios críticos sobre un período de la vida de Colón," al que no debemos añadir una palabra más.

unidos en toda la jornada, se han fundido en el desenlace, expon-táneamente en un sólo cuerpo; ilustrada en todas las ciencias, y con una corporación científica, célebre en la cristiandad y capaz de comprender al Génio; ensayada lo bastante en viajes marítimos, y descubrimientos parciales para tomar á su cargo la ejecución del colosal proyecto; con una actividad en todos los ramos de la vida, que acabada una epopeya, necesita nuevos objetos y espacio in-menso para extenderse; España, al aceptar la empresa de Colón en el Atlántico la misión de impedir los extragos del Protestantismo en Alemania é Inglaterra, y la honra de abatir el orgullo y poder naval de los Turcos en Lepanto; al mismo tiempo que recibe el premio de su fe, y el galardón de sus sacrificios en pró de la civilización verdadera, *que es la cristiana*, satisface una necesidad de su genial carácter y especial organismo, y cumple con una ley de su vida, que es ahora la ley de la historia general, la extensión de la unidad en derredor de toda la tierra. Si alguno se resiste todavía á reconocer la misión providencial de la Nación católica á cumplir claras profecías y repetidas promesas anunciando y ofreciendo esta misma universalidad, importa poco. El que especulativamente niegue el dogma cristiano y la ley providencial, tiene que reconocer el doble hecho de haber sido anunciada la promulgación del Evangelio en toda la tierra, y, como fruto del generoso hospedaje del Marino en San Estéban y el voto favorable de Salamanca, el de haber sido realizada esta insigne proeza por el potente brazo de la católica España. Ni la envidia de nacionalidad, ni las preocupaciones de Escuela alcanzarán nunca á borrar de la Santa Escritura la profecía, ni el acontecimiento del gran libro de la historia. Honra inmortal, pues, á Colón que concibe el colosal proyecto, á Deza que le abarca y comprende con su génio, á los *más celebrados Maestros* Salmantinos, que movidos por el Dominico de San Estéban, le apoyan con el prestigio de su saber; y gloria inmarcesible á la Reina católica, que por su intuición propia y confiada además en el superior criterio de su Escuela predilecta, le adopta en nombre de Castilla; y á la Nación española que le ejecuta, conquistando, evangelizando y colonizando gran parte del nuevo continente, para bien de la religión, que á todos les inspira, y de la civilización y de la historia, de que el Descubrimiento fué un momento solemne y será su remate y complemento.

HE DICHO.

NOTAS

NOTA A

En confirmación de las apreciaciones históricas relativas á España, emitidas en el texto, vamos á autorizar aquí nuestro pobre juicio con el testimonio de autores respetables, y al efecto, sólo citaremos algunos. Sea el primero el eruditísimo Gregorio López Madera, en la obra titulada *Excelencias de la Monarquía y Reino de España*, donde dice: «de manera que estaba reservada esta grande empresa (del descubrimiento) para los invictísimos Reyes de España» (pag. 82.) Estas palabras textuales que si no en la intención del autor, para nuestro objeto, y con verdad podemos considerar como la proposición, están apoyadas en los motivos que vamos á extractar, notando tan sólo que á todas las aserciones del historiador acompaña abundancia de datos, pasmosa erudición: de aquí en adelante son palabras de López. «España tiene mayor antigüedad que cuantos reinos hay ahora en el mundo... su principio en Tubal es ciertísimo, (pag. 19.) El primer poblador se puede hoy considerar como el primogénito de Japhet, respecto á los Reyes de Europa, (pag. 22.) Ninguna provincia (europea) tiene el nombre más antiguo, ó le ha mejor conservado, (pag. 24.) En ser sujeta á los Romanos corrió la suerte que otras naciones... y aunque en estos tiempos estuviera sepultado el nombre y gobierno real, fué para resucitar á mayor potencia á la caída del Imperio: en esta restauración... tiene (la Monarquía) mayor antigüedad entre los que agora gozan el nombre de reinos, (pag. 27.) Lo que se ha grandemente de estimar en España junto con la antigüedad, es la continuación de estas sucesiones, sin haber salido de una familia, desde el ínclito Don Pelayo... que si quedó algún rastro de elección, fué por sucesión de sangre, (pag. 31). En religión tiene España mayor excelencia que otro algún reino, siquiera miremos á la antigüedad, ó al grande aumento y celo con que nuestros Mayores la han conservado..... porque, primero: el Centurión Cornelio,

bautizado por San Pedro, era español, natural de Itálica. Segundo: y así es verdad clara que se predicó primero la fe en España que en otra provincia del mundo, fuera de Judea y Samaria... el primero que salió á predicar fuera, fué Santiago el Mayor... para que luego comenzasen á oír (el evangelio) en los fines de la tierra; y habiendo dicho San Pablo, que estaba cumplida la profecía, cuando escribía á los romanos... el Padre Suárez dice que se ha de entender estar cumplida la profecía literalmente... por ser España fin de la tierra por lo occidental, (pag. 39 y siguientes.) Tercero: y la Iglesia de España, habiendo sido fundada por tan grande Apostol (honrada por San Pablo), y extendida por los siete discípulos de San Pedro, *siempre* desde sus principios ha reconocido *más que otra* alguna á la Romana por su cabeza, (pag. 43.) Cuarto: sólo de España pudo decir Tertuliano dentro de ciento cincuenta años, que en todos sus términos se profesaba la fe de Cristo, (pag. 44.) Quinto: el orden y concierto es en la Iglesia de España antiquísimo... y el primer legado... de la Iglesia Romana fué á España... Felipe diácono... con poder de San Clemente, como lo escribe Juan Escoto, (pag. 46 y siguientes.) Sexto: también debe preciarse mucho que haya sido la primera en que se sabe, que haya habido Iglesia edificada, como es la del Pilar de Zaragoza, pag. 48. Séptimo: entre las naciones que asentaron Reino .. el Rey Recuario (de los Suevos) fué católico, como lo afirma San Isidoro, lo cual fué antes que Clodoveo se convirtiese á la fe, (pag. 49.) Octavo: y no es de menos consideración la grande religión y Cristiandad de nuestros Reyes, pag. 50. Noveno: han hecho tanto por sus obras nuestros españoles, convirtiendo á la fe las Indias Occidentales... y Orientales... que ningún reino ha aprovechado más con los talentos de sus naturales... cumpliéndose lo que dijo Genebrardo, que era obra propia de españoles, conquistar tierras de infieles y paganos, (pag 53.) De donde, Décimo: Erasmo, con ser tan poco afecto á estas materias, confesó de España, que era un muro dado por Dios á nuestra fe, y único alcázar para defensa de la religión, (pag. 55.)

Y si se trata del valor, es esta una excelencia que le conceden todos los Autores extraños. Platón la cuenta entre los más belicosos: Tito Libio la llama nación fortísima: Lucio Floro novilísima en armas. Vegecio dice, que los hispanos eran más fuertes que los romanos, añadiendo Veleyo Patérculo, que algunos años estuvo en duda si Roma había de servir á España, (pag. 70.) Su mayor gloria en las armas es haberse recobrado de los moros, (71).

No será razón pasar en silencio sus muchos famosos capitanes (72). De haber florecido tanto en España su gloria militar, se ha seguido que sean casi propio instituto suyo las órdenes militares (73).

Otro argumento de su poder y grandeza consiste en ser Madre de tantos reinos, que iguale ella sola al resto de los de Europa: según lo que refiere Abrahan Ortelio (76): lo cual se echa de ver cuando se juntaron los antiguos reinos en los Reyes Católicos, y subió España á la mayor grandeza que en el Mundo se ha visto (78): solamente lo que posee en las Indias, es mucho más, que cuanto tuvieron sujeto los romanos (79). Nuestros españoles han salido en todos tiempos á poblar por más diferentes partes del mundo que ninguna nación (80). En Asia los Iberos venían de los nuestros... los Frigios descendían de los Griegos. En Italia pararon muchos de nuestros antiguos. En Sicilia su mayor origen fué de Españoles: todas las Islas del Mediterráneo estaban llenas de Colonias españolas. Séneca prueba que pasaron muchos á poblar en Francia y en Inglaterra, según se colige de Cornelio Tácito: los de Irlanda y Escocia se precian (según sus autores) de origen español (80): una de las mayores excelencias de este reino, y que por ella sola mereciera el primer lugar en el mundo, principalmente en la Iglesia católica, es el descubrimiento... que con razón espantó al principio á todos.

Los escritores lo han encarecido, aunque ninguno puede llegar á lo que merece, en que principalmente han andado cortos los nuestros... es natural de españoles, que ha sabido mejor obrar cosas grandes que exagerarlas... considerando la dificultad... se verá que sólo para los ánimos españoles, para los pechos y valor de aquellos Católicos Reyes, pudo estar reservada tan superior hazaña (ib. vuelto). El gran servicio que se ha hecho á Dios y á su Iglesia es la mayor excelencia del Descubrimiento (83). Hasta aquí López Madera. Al testimonio del ilustre cantor de las glorias religiosas, monárquicas, guerreras y colonizadoras de España, sólo añadiremos el de otro eruditísimo escritor, relativo á las literarias.

Este es el célebre Bibliógrafo Padre Jesuita Lampillas, de cuyo Ensayo Histórico-Apológico de la literatura española, entre las muchas proposiciones que pudiéramos extractar en confirmación de nuestro aserto, por ahora sólo aduciremos el siguiente pasaje como más íntimamente relacionado con el asunto. «Los españoles pueden producir otra razón que hace á España muy superior... á cualquiera otra nación en cuanto al magisterio universal: esto

es, el haber introducido en aquel siglo (16) la civilidad y literatura europea en los Imperios del Nuevo mundo. No dilataron tanto su vuelo las victoriosas águilas romanas, ni introdujeron jamás en tan vastos países la lengua y cultura latina, cuanto extendieron una y otra los españoles en el expresado siglo XVI. . . luego bien podemos los españoles entrar á la parte con los italianos en el magisterio de la Europa, y atribuirnos además como propio nuestro el total magisterio del Nuevo mundo.» Tom. 3.º Disert 2.º parr. 8.

Y para que no se crea, en fin, que esos dos ilustres escritores se han dejado arrastrar por un exagerado amor pátrio, cúmplenos cerrar este asunto con el testimonio de un extranjero. Habíase publicado en la nueva enciclopedia francesa un artículo con el epígrafe siguiente: ¿Qué se debe á España? De dos, de cuatro, de diez siglos acá, ¿qué ha hecho por Europa? En el subsodicho artículo M.^r Masón, su redactor, se desata en injurias estúpidas contra la nación de Cisneros y Felipe II. Pues bien, el Abate italiano Denina, miembro de la Academia de Berlín, pronunció una notable oración en 26 de Enero del año 1786, de la cual tomamos el siguiente párrafo, que expresa todo su pensamiento: «No debo callar aquí, que el sacerdote español Cabanilles ha publicado hace un año en París Observaciones al artículo del M.^r Masón. No soy tan presumido que pretenda defender mejor que él la honra de su nación, pero como este sabio español se ha limitado á dar á conocer los grandes hombres que brillan al presente en España, yo debo hablar de los siglos pasados, respondiendo á los términos en que ha planteado la cuestión el articulista: y le contesto; que desde los tiempos de Carlo-Magno y Alcuino hasta el ministerio de Mazarini, España ha hecho mayores servicios á Francia que Francia á ninguna otra nación.» Y aquí nos detenemos no sin sentimiento por no alargar esta nota: pero nos atrevemos á recomendar la lectura de tan erudito como desinteresado escrito del Abate italiano.

NOTA B

Aunque ageno al plan del discurso y superior además á nuestras fuerzas el trazar una reseña histórica, siquiera fuera breve, de las glorias científicas de esta escuela, sin embargo, en vista de las

graves injurias lanzadas á su frente con motivo de las tan manoseadas como mal descritas conferencias de San Estéban, nos creemos obligados á recoger algunos datos encaminados á rechazarlas desde este sitio y en esta ocasión solemne. Por ello se verá claro que Salamanca era á la sazón el único punto de España, y quizá de Europa, capaz de discutir científicamente el colosal proyecto. Así se explica también como el Genovés desatendido en todas partes, sólo aquí encuentra un génio que le comprende, hombres doctos que se rinden á su parecer y sobre todo un convento que destruyendo la desfavorable impresión producida por la junta cortesana, logra infundir en el ánimo de Isabel una convicción tan profunda que no alcanzan á desarraigar la común opinión contraria, ni la tenaz resistencia de poderosos cortesanos. Esta es la gloria inmarcesible de Salamanca.

Con efecto: la invasión Sarracena, que en los primeros momentos, es mortífera para la ciencia, se convierte después en un medio poderoso de trasmisión y fecundidad literaria. De parte de los cristianos, apenas repuestos de su consternación y sorpresa, se hacen esfuerzos por restaurarla. Los monasterios de Celanova en Galicia, de Sahagún en el reino de León, de Oña en la Bureba, de Silos en Rioja, de San Millán de la Cogulla en Navarra, con los de San Juan de la Peña, de Leyre, y de Siresa, y las Escuelas episcopales, cuya existencia en Salamanca, se deduce de la dignidad de Maestrescuela en 1179, son una especie de asilo, donde se conservan los restos de la antigua sabiduría romano-goda, salvada del anterior naufragio.

Por otra parte, del territorio ocupado por los árabes, venía otra clase de saber, que por España se ha de comunicar á Europa. Los árabes formaron más de setenta Bibliotecas y numerosas escuelas en el suelo por ellos ocupado. Casiri menciona señaladamente tres: las de Córdoba, Sevilla y Granada. Alvaro de Córdoba habla también de esos centros de ilustración islamita en su *Indículo luminoso*: y en ello consienten Haller, que hablando de España dice: *in quam artes humaniores confugerant*, y Brucker que en su historia crítica filosófica añade «las nubes espesas que cubrían los siglos IX y X... no comenzaron á disiparse, sino en el XI: y esto se debió á los cuidados de Gervert, que viajó por España, frecuentando las principales escuelas...» Y continúa el crítico diciendo, que excitados algunos por el monje Constantino Africano, que fué el primero que se dió á traducir obras físicas y médicas de los árabes, se aplicaron á buscar en ellas lo que no halla-

ban entre los suyos. El Inglés Morley vino á Toledo, aprendió el árabe y la ciencia de la cantidad, y escribió su obra de los principios matemáticos. Adelardo, benedictino, instruido entre los árabes, hizo la traducción de Euclides; y Federico II para dar impulso en su imperio á la ciencia, tuvo que tomarla de los árabes, valiéndose principalmente de Otón Frisigiense: hasta aquí el crítico. A éstos podemos añadir el nombre bien conocido de Gerardo de Cremona, ó Carmona como quieren Lampillas y Forner, y que, en el sentir de todos, *residió* en Toledo (1).

Así las cosas, iba á surgir un gran pensamiento que podemos llamar español. Este era el fundir en un sólo cuerpo de doctrina, y bajo una sola idea, dos elementos tan diversos como son la sabiduría godo-cristiano-romana, salvada en los monasterios, y las ciencias fisico-matemáticas cultivadas por los árabes. Y España realizó esta empresa para bien de la cristiandad y progreso de la civilización. Hé aquí el origen de la Universidad de Palencia á mitad del siglo XII; y una vez extinguidos, ó trasladados los estudios, la de Salamanca á su fin. Esta es la honra inmarcesible de Alfonso VIII de Castilla y de Alfonso IX de León. No quitaremos á Bolonia el mérito de haber restaurado el Derecho romano y canónico, ni á Oxford, y sobre todo á París el haber producido, ó más bien albergado á los grandes Doctores del escolasticismo. Salamanca se funda sobre otra base, y nuestra imparcialidad reclama la justicia de los extraños. A Salamanca es debida la cristianización de las ciencias árabes fisico-matemáticas, y la traducción del Derecho romano á las lenguas occidentales; aquélla, ornato de la civilización cristiano-europea, y éste, monumento el más insigne en la Pátria y ejemplo al estímulo de todas las legislaciones nacionales. Esta es la gloria de la escuela en su fundación: después estaba destinada á llenar otros fines altísimos; entre ellos el exquisito tacto y superior criterio con que acertó á usufructuar todas las bellezas del llamado Renacimiento, sin incurrir en ninguno de sus extravíos. Pero el desarrollo de esta idea, que ya hemos indicado en el texto, nos llevaría demasiado lejos, debiendo concretarnos á los ramos referentes al descubrimiento.

Y ante todo importa dejar establecidos los dos anteriores asertos que atañen á la época de la fundación y siglos que precedieron á la venida de Colón á Salamanca.

(1) V. Forner not. 2.^a pag. 157 y á Thieb. pag. 6.

En el libro de las Partidas se leen las siguientes palabras: «Estudio es Ayuntamiento de Maestros y escolares... con voluntad... de aprender los saberes: é son dos maneras del. La una es, á que dicen *estudio general*, en que hay Maestros de las artes, así como de Gramática, é de Logica, é de Retorica, é de Aritmetica, é de Geometria, é de Etimologia. E otro si, en que hay Maestros de decretos é Señores de Leyes... Para ser estudio cumplido, cuantas son las ciencias, tantos deben ser los Maestros...» Aunque estas leyes que son la 1 y 3 del tit. 32, part. 2.^a no se refieran á Salamanca; como el del célebre Código es el mismo Legislador de la Universidad, y en todo su reino no había otro estudio general más que Salamanca, es claro que al trazar el diseño especulativo de la ley, pintaba el estado práctico, en que se encontraban los estudios en su protegida Universidad.

A este raciocinio fundado en una plausible y persuasiva deducción añadimos un testimonio fehaciente que establece el hecho positiva y auténticamente: son los Estatutos de la misma Universidad del año 1625, donde se leen estas notables palabras. «Restituyeron también los maestros de Salamanca la ciencia de la Medicina, que en aquellos tiempos estaba perdida casi en toda Europa, y como entendían bien la lengua arábica... tradujeron en latín las obras de Avicena y del Comentador Averroes, y otros libros, cuales parecieron útiles... y comenzaron á tratar esta facultad por método y arte... y de esta Universidad fueron aquellos consumadísimos letrados que compusieron las tablas astronómicas del Rey Don Alfonso... en aquella junta se hicieron otros muchos libros, que dieron luz á estas ciencias, entre las cuales fué uno de aquel preciado é ingenioso de los instrumentos que dicen del Rey Don Alfonso» (1). Aunque por falta de documentos no podemos citar los nombres de los maestros salmantinos, que concurrieron á esa obra inmortal, y el historiador Montucla, después de mencionar algunos de árabes y judíos, añade, que si concurrió, no consta el nombre de ningún cristiano; nosotros, sin embargo, insistimos en que Salamanca tomó parte en ese gran monumento de la Europa cristiana. Y esto, ya por asegurarle la Universidad misma, ha-

(1) Algo más podría añadirse si tuviéramos á mano los libros manuscritos que se han conservado en las Bibliotecas de los cuatro colegios mayores hasta el año 1804, y que fueron trasladados á Madrid para hacer una de todos ellos la Real Academia de la Historia, bajo el título de obras de Alfonso X, aunque ignoramos si este proyecto se há ó no realizado.

blando oficialmente á principio del siglo XVII, y ya porque hay medio de conciliar las dos sentencias. Sábese con efecto, que los Monarcas castellanos buscaron maestros por todos sus reinos. Hay motivos para creer, que algunos de los primeros catedráticos de Salamanca fueron judíos conversos. Es verosímil, pues, que algunos de los confeccionadores de las tablas fueran maestros salmantinos.

Otra de las obras en que intervino Salamanca, fué en la confección del Libro inmortal de las partidas; con los autores de este monumento sucede como con muchas obras grandes: han quedado oscurecidos sus nombres. Sin embargo, se sabe que Jacobo Ruiz, famoso Jurisconsulto de la Escuela, fué Ayo del Rey Sabio, y compuso una Suma de las leyes para el uso de su ilustre alumno. Según la tradición concurren á formarle los maestros Roldan y Martínez, insignes maestros de esta Escuela; pero de todos modos, que los sabios de Salamanca tomaron parte en su confección, parece indudable. El gravísimo historiador de la Universidad, Chacón dice estas notables palabras: «favoreció mucho Alfonso X á los hombres sabios y doctos de Salamanca, y de ella juntó los excelentes hombres que compusieron las leyes de las siete Partidas y el Fuero.» Lo que nunca se atreviera á afirmar el diligente escritor, á no estar cierto de ello. Y no es sólo el historiador de la Universidad; es la misma escuela en los tiempos de su mayor brillo y delicada crítica la que lo ha consignado oficialmente, digámoslo así. En la inscripción que se refiere á la fundación de la Universidad, dice terminantemente *á quo* (Alfonso X)... *hujus Academiae viris, et Patriae leges et Astronomie tabulae demum condita.*

Si á esto se agrega que á las cátedras ya establecidas añadió el Rey Sabio la de música y canto llano, dotando á la Escuela de una gran Biblioteca, nadie extrañará que á los cincuenta años de su fundación fuera ya célebre en Europa: que Alejandro IV en Breve expedido en Nápoles en 1255, la llame ya Estudio famoso, comparándole con los de Oxford, París y Bolonia; y que en el Concilio 13 general de Lyon se haga ya de Salamanca una mención honorífica.

No vamos ahora á recorrer una por una las vicisitudes por donde pasa la Escuela que, fundada por Alfonso IX, confirmada y estatuida por San Fernando, enriquecida por Alfonso X, merece que Bonifacio VIII la envíe su libro del 6.º de las Decretales: que Juan

XXII cree el cargo de Cancelario; que Alonso XI declare á todos sus graduados Hijos-dalgo; que el Concilio de Viena la llame el segundo estudio del Orbe cristiano, ordenando á su ejemplo y á propuesta del español Raymundo Lulio que se establezcan en los otros tres, Cátedras de árabe y lenguas orientales. No haremos mérito tampoco de haber sido consultada en el gran cisma de Occidente y sobre el matrimonio de Enrique VIII de Inglaterra con Catalina de Aragón, la desgraciada hija de los Reyes Católicos, y evacuado en ambos casos el informe con la sabiduría que era de esperar de su ciencia y prudencia. Ni nos detendremos, en fin, á referir los privilegios, mercedes, gracias y honores con que la han distinguido á porfía Reyes y Pontífices y con cuya autoridad estaba garantida y sancionada. Todas esas eran señales de grandeza y esplendor, cuyos pormenores buenos en una historia de la Universidad, serían ajenos á nuestro objeto.

Lo que al plan de este escrito conduce dejar consignado es, que en este que podemos llamar su primer período, Salamanca ha dado á la Europa cristiana y á la civilización europea dos ornamentos que son especialmente suyos. Lo que importa consignar es que España y en especial Salamanca ha dado á la Unidad la enciclopedia árabe, purgada de las cavilaciones de la cábala, y del sabor de materialismo y fatalismo propio del Imperio agareno. Lo que no podemos omitir es que Salamanca ha ofrecido á la Europa la legislación romana, libre de sutilezas escolásticas, y acomodada á la civilización cristiano-europea, junto con el conocimiento de las lenguas árabe y hebrea, y el arte de la música combinada con las matemáticas. Este es el blasón de esta escuela, como el de Bolonia, haber resucitado el derecho romano, y metodizado, el canónico; y el de París, el haber albergado á los grandes Doctores del cristianismo y á los Maestros de la Filosofía cristiana.

Es verdad que de ese primer período de elaboración salmantina, apenas quedan rastros en la historia de las ciencias, y que á excepción de los grandes elogios prodigados por los Papas y por los Concilios, apenas se conservan recuerdos históricos con que llenar un espacio de cerca de dos siglos; pero sí á la celebridad de la Escuela ha de dársele un fundamento sólido, sin el cual parecería absurda, preciso es explicar de algún modo este extraño fenómeno. Los españoles se han cuidado siempre más bien de hacer cosas grandes, que de ensalzarlas. Si Sacro Bosco dá su célebre tratado de la Esfera, es porque se ha inspirado en las Tablas alfonsinas. Si los

ya citados Morley, Gerderto y Avelardo escriben tratados de Matemáticas, es por haber visitado antes á España. Esta es su suerte en la historia, iniciar los grandes pensamientos, dejando á otros que se lleven la gloria: y de esto podemos dar una garantía y un ejemplo.

La medicina árabe en estos siglos fué envuelta en la red de un fárrago indigesto de cuestiones inútiles; pero este defecto no es debido en manera alguna á los españoles. Lo que fueron éstas en los siglos medios se puede colegir de cómo aparecen en el siglo XVI enriquecidas con el fruto del trabajo lento de sus maestros. El docto valenciano Miguel de Ledesma, que floreció á mediados del siglo XVI se quejaba á D.^a Mencia de Mendoza de los semi-bárbaros intérpretes de los árabes: entre ellos contaba á los médicos de Salerno, de Nápoles, Bolonia, París y Mompeller; no cita á ningún español. Los salmantinos que ilustraron la Europa en este siglo, es indudable, se habían formado con otros maestros y en otros modelos.

El siglo XV y XVI responde en esta, como en las demás ciencias, de los trabajos científicos de los anteriores. Si en la invasión Napoleónica no hubieran desaparecido tres mil manuscritos del Convento de San Estéban; en el día en que se revuelvan los mil trescientos manuscritos llevados de Salamanca á la Academia de la Historia el año de 1804 (1), se verá claro lo que hizo Salamanca por el progreso de las ciencias, y podrá seguirse el hilo de su propagación en la Europa cristiana. Pero que la restauración se inicia y comunica á Europa por intermedio de España, y especialmente de Salamanca, es indudable. De la Astronomía, damos por garante á Pico de la Mirándola, de cuyo libro, extractado por Pedro Ciriuelo, tomamos las siguientes palabras: «la Astrología, nacida entre los caldeos y los egipcios, por medio de éstos llegó á los griegos: recibida de éstos por los árabes: de los árabes vino á los latinos por conducto y diligencia del Rey Alfonso. Este hizo traducir del arábigo al latín muchos libros, que antes eran desconocidos á los nuestros: volviendo de este modo desde España hácia el Oriente, la Astrología llenó toda la Europa, refluyendo hasta en la Universidad de París. *Ex Hispania denique rursus procedens versus Orientem Astrologia implevit totam Europam, adeo ut etiam Parisiensem influxerit Academiam* (2).»

(1) Inform. del Gen. Thiebault, pág. 44.

(2) Pet. Cir. Resp. ad arg. duod. lib. Mirand. sub fine Apotelesm.

Lo mismo decimos del Álgebra; y de ello ponemos por testigo á Gerardo Juan Vosio, que dice: «me parece lo más probable, que los europeos la recibieron de los españoles; éstos de los moros, los moros de los árabes, y éstos de los indios y de los persas. *Verosimilius esse censeo Europeos ceteros accepisse ab Hispanis; eos á Mauris: illos ab Arabibus: hos á Persis et Indis* (1).

Respecto á la medicina, nos apoyamos en el testimonio de Freind, cuyas palabras son las siguientes: «la medicina de los árabes fué recibida en Europa con gran aplauso, y tanto ésta como las otras ciencias por ellos cultivadas, bien pronto brillaron en Occidente. Así es que en el siglo XI los estudios de filosofía natural y las artes liberales vulgarmente se llamaban arábicas ó de los sarracenos. No tiene razón Clérico al atribuir del todo este efecto á las Cruzadas, poniendo al Oriente en comunicación con Occidente; provino en su mayor parte de los moros que hicieron asiento en España, y del comercio que éstos y los demás árabes ejercieron en las costas de Italia. *Sed magna ex parte Mauris qui in Hispania conederunt..... Cæterique Arabes in Italia oris habuerint, commercio* (2).

Y finalmente la Química, en árabe Alquimia, según el mismo Freind, en cuanto se refiere á la medicina, es propiamente arábica, *ars chemica, quatenus ad medicinam spectat sine dubio Arabibus accepta referri debet*, cabiendo esta honra al célebre Rasis, así como el arte de la Farmacia al español Avenzoar; *magnam in syrupis et electuaris rite conficiendis voluptatem cepit Avenzoar et medicamentorum operationes* (3). Si á esto se agrega el cultivo de las lenguas, llamadas entonces orientales, y la música fundada en las matemáticas que desde el Rey Sabio se enseñaron constantemente en la Universidad, resulta probado que á España y en especial á Salamanca, debe la Europa cristiana la introducción, ó al menos, y por no entrar ahora en cuestiones inoportunas, la extensión y esplendor de esas ciencias, que comprenderemos con el nombre de físico-médico-matemático-astronómico-filológico-armónicas.

Vengamos á los tiempos más cercanos al descubrimiento. Y ciertamente, que si algún punto del viejo estaba destinado á recibir en digno hospedaje al descubridor del mundo nuevo, era pre-

(1) De nat. Art. lib. 3, cap. VIII, §§ 5 y 6 citado por Forner, pág. 162.

(2) Hist. Med. part. 2, pag. 283, ed. de París 1735, cit. por Forner, p. 167.

(3) Pags. 213 y 279.

cisamente Salamanca. En la descripción del estado intelectual, que á la sazón tenía la célebre Escuela, no hemos de poner nada de nuestra cuenta. Habla en primer término Clemencin, el insigne académico y célebre anotador de Cervantes (1). «Salamanca, aquel Liceo honrado especialmente de los reyes y de los Papas, recibía de manos de Isabel nueva vida, nuevas leyes, nuevos y mayores privilegios. La rudeza de las facultades escolásticas, el desaliño del peripato, hacían lugar al estudio de las lenguas sabias, *de las ciencias naturales*, de los estudios amenos; Lebrija y Barbosa... Ramos y Fermosel, enseñaban la música: Torres y Selaya la astronomía. Pasaban de las cátedras de la Universidad, los dos hermanos Alvarez á médicos de la reina: Oropesa, Carvajal y Polanco á su consejo; y Fr. Diego Deza al magisterio del príncipe Don Juan, y manejo de los negocios. La flor de la nobleza acudía ansiosa á beber la sabiduría en las fuentes de Salamanca. Allí empezaba Hernán-Cortés á manifestar las inclinaciones y talentos, que después hicieron de él uno de los hombres más extraordinarios que ha producido el mundo.»

«El heredero del condestable de Castilla (Fernández de Velasco, hijo de Don Íñigo y nieto del buen Conde de Haro), explicaba á un lado la historia natural de Plinio, y á otro resonaban los ecos de la ilustre Doña Lucía de Medrano, que enseñaba en Salamanca, como después en Alcalá Francisca de Nebrija... florecían las ciencias sagradas y profanas, la varia erudición, todas las especies y ramos de literatura. Y cuando Isabel... visitaba aquellos estudios... la escuela de Salamanca venía á ofrecer un aspecto semejante á la de Atenas, dibujada por el divino Rafael... Lebrija (2) á quien en número prodigioso de sus discípulos adquirieron el honroso título de *maestro*, creó á Moncada, y Ocampo entre otros

(1) Memorias de la Academia de la Historia. Tomo VI, elogio de la reina Isabel págs. 47 y 48.

(2) En la dedicatoria que el nieto de Nebrija hizo al Arzobispo de Granada del compendio de la Retórica que el sabio catedrático dedicaba á su vez al cardenal Cisneros en 1515, dice que esta obrita, *opus, typis, ut alia multa opera, quae avus meus scripta reliquit, nunquam fuerit vulgatum*. Esto prueba la fecundidad de la pluma de Nebrija, y que algunas de sus obras, como las de otros sabios de aquel tiempo, no han llegado á nuestra noticia. Para honra de este varón insigne, sólo añadiremos que en los diez años que estuvo en Bolonia adquirió el profundo conocimiento de los clásicos griegos y latinos de que dá muestra en sus libros, y de la lengua hebrea que utilizó como uno de los que intervinieron en la célebre Poliglota complutense.

hombres señalados por su erudición y doctrina. Hernán-Núñez de Guzmán, cuya fama compitió con la de Lebrija, cuando enseñaban ambos en Salamanca, le excedió acaso en discípulos ilustres como León de Castro, los Vergaras y el inmortal Zurita. Fernán Pérez de Oliva produjo á Ambrosio Morales, Cuadra á Don Antonio Agustín, Vitoria á Cano. Ya habían nacido Herrera, el padre de nuestros geodónicos, Laguna de nuestros botánicos, el cosmógrafo Enciso, el humanista Sepúlveda.» Y luego en la Ilustración 16 continúa «en el año 1488, era Maestrescuela Don Gutiérrez de Toledo... Diego Torres, catedrático de Salamanca compuso en el idioma vulgar sus tratados de Astrología por los años de 1487... Aquí se forman todos los sabios que crean la reputación literaria de España, dando lugar á los elogios de Erasmo, que mantuvo correspondencia epistolar con varios sabios españoles: uno de ellos fué Francisco Vergara, á quien escribía, *quibus studiorum ornamentis (sic) paucis annis effloruit, ut cæteris regionibus... vel invidia queat esse, vel exemplo...*

«Qué parte tuvo Castilla en esta revolución científica (del siglo XVI) debe buscarse en su historia de fines del siglo XV y principios del siguiente. Vemos que había en Salamanca Escuela de Matemáticas, y en especial de Astronomía y de Música, que Lebrija cultivó también la Cosmografía, sobre la cual escribió un tratado que dedicó á Don Juan de Zúñiga, y que fué el *primero que midió un grado del meridiano terrestre*, para deducir de esta operación la periferia del globo (1). Vemos que Martín Fernández de Enciso publicó en lengua vulgar sus principios de Cosmografía: que para facilitar su práctica inventó Alonso de Santa Cruz máquinas y métodos ingeniosos (2); y que Florián de Ocampo trató ya de fijar la verdadera situación de los pueblos de España por medio de observaciones astronómicas» (3). Hasta aquí son palabras de Clemencin.

Ahora respecto á Lebrija, añadimos las de Muñoz. «Oyó en ciencias matemáticas á un Apolonio, en las físicas á Pascual de Aranda, maestros aventajados en su profesión» (4). Al testimonio de estos españoles añadimos el del extranjero Denina. «No hay

(1) Pedro Megia Silva, de varias lec. parte 3. cap. 19.

(2) Venegas difer.^a de librs. lib. 2 cap. 19.

(3) Ibid.

(4) Elogio de Nebrija leído en la Academia de la Hist.^a en 11 de Junio de 1796.

en el siglo XVI astrónomos comparables con Alfonso de Córdoba (salmantino) y Juan de Roxas, puesto que Montucla no ha creído conveniente mencionar á Juan Faber. A mediados del siglo los italianos no creían encontrar mejores maestros de Astronomía que en España. Agustín Ricci de Casal, astrónomo estimado de su tiempo, vino á estudiar Astronomía á Cartagena y Salamanca» (1). A estos testimonios tan autorizados, añadimos otros de no menos peso. Lampillas dice «Uno de los mayores auxilios que tuvo la Historia en este siglo XVI fué el estudio de la Geografía... Fernán Núñez ilustró como pocos al geógrafo español Pomponio Mela: y desde el principio del siglo XVI escribió una obra geográfica muy exacta con el título de *Imagen del Mundo* Fernán Pérez de Oliva. Y basta para eternizar el nombre de España por lo respectivo, á la Geografía el deberle á nuestro monarca Felipe II la primera obra completa en este género, esto es, el Teatro geográfico de Ortelio» (2). Veamos ahora otro menos sospechoso.

«Los españoles nos han dado las mejores cartas de las Indias Occidentales. Jerónimo Chaves publicó una en 1545 en que comprendió la Florida. Juan Durán compuso diez y ocho cartas en que describió toda la nueva España para completar su Geografía del nuevo mundo: Diego Méndez trabajó otra del Perú: Pedro Maldonado dió á luz un mapa topográfico de la provincia de Quito, obra inestimable: su autor se valía para componerla de las operaciones que hicieron los académicos españoles y franceses en la América meridional, para saber la verdadera figura de la tierra. Este mapa hubiera quedado sepultado en el olvido, si Mr. de Cadamine, amigo del autor no le hubiera mandado abrir después de la muerte del sabio Maldonado, que acabó su vida en Londres en 1748. En 1460 Antonio Nebrija, á quien tanto deben las ciencias, publicó una *Cosmografía*» (3).

Sólo así se explica como en el estado de imperfección en que se hallaban entonces las ciencias, haya podido iniciar los varios y útiles descubrimientos que indicaremos después. Sólo así pueden apreciarse en su valor los adelantos, que por referirse más directamente al descubrimiento, nos toca principalmente exponer y aclarar. Y sea en

(1) Discurs. pronunciado en Berlín, pag. 20.

(2) Tom. 4 pag. 29.

(3) Diccion.º geogr. de Laurent Echard traducido por D. Juan de La Serna en 1750 Introd.

primer término la medida de un grado del meridiano terrestre. Para conocer el mérito de esta arriesgada y casi inconcebible operación en el siglo XV, basta recordar, que antes del método hoy seguido, sólo figuran en la ciencia cosmográfica el célebre Esnelius y el ilustrado Picardo, encargados por la Academia de medir un grado en las inmediaciones de París: pero el método parisiense se introduce en el siglo XVII. Para anticiparse Nebrija (1) cerca de dos siglos, hay que suponer que en el XV había en Salamanca maestros más adelantados que en el resto de Europa: y uno de ellos fué indudablemente Abrahan Zacut, del cual dice un autor nada sospechoso: «Zacut sabio rabino del siglo XV adquirió una reputación tan grande en las ciencias matemáticas, que una porción de cristianos, á pesar de las preocupaciones de aquel tiempo, se apiñaban á oír sus lecciones. Profesó astronomía en Cartago, y vino más tarde á enseñarla en Salamanca: su obra más notable, impresa en Venecia se titula *Almanach perpetuum seu efemerides et Tabulae septem Planetarum*. El sistema que Abrahan intenta establecer en este escrito, es ingenioso» (2). También podemos citar al ilustre astrónomo Diego de

(1) En una obra de este ilustre Salmantino citada por Nicolás Antonio, que según Navarrete vió por primera vez la luz antes de 1491, habiéndose después reproducido en otra edición muy posterior publicada en París y formando parte de una colección, en el capítulo 1.º que tiene por título *Superficiem terrae mundum esse concentricam*, dice las notables palabras que siguen, *de reliquo huic nostro haemispherio e regione opposito, quod incolunt Autichtones nihil certi nobis á majoribus nostris traditum est. Sed ut est nostri temporis hominum audacia, brevi futurum est ut veram terrae descriptionem afferant, tunc insularum, tunc etiam continentis*. En este pasaje se trasluce la estancia de Colón en Salamanca, y que Nebriga fué uno de los que juzgaron posible y hicieron el entonces atrevido proyecto

(2) Monfferrier Dicción. des Sciences mathématiques pág. 12.—Sobre esta obra del célebre Zacut, debemos observar que cuando Brunet en su Bibliografía, supone que sólo hay un ejemplar incunable del año 1496, en la real biblioteca de Londres, sin duda no tenía noticia de otro anterior del año 84, existente en esta biblioteca. Así sucede con todas las cosas de España. Y por cierto que el ejemplar, á que aludimos, publicado en Leyre de Portugal, y traído á Salamanca acaso por el mismo autor, vá acompañado de una traducción, hecha directamente del hebreo al castellano; bajo la inspección del célebre rabino, por el no menos eminente doctor Selaya, como se dice en el mismo lugar en estas palabras. *Traductus fuit iste libellus de lingua hebraica in hispanicam, anno Dom 1481 per virum de Selaya ipso Abraham Cecut judeo interprete. Perfecta fuit.... Nonis decembris*. Y esta es sin duda la obra á que alude D. Nicolás Antonio en su biblioteca nova con referencia á la de Gesner, cuando dice que Sancho ó Santos Selaya escribió el repertorio de los tiempos. De todos modos, consta que el año 1481, ó sea cuatro años antes de venir Colón, profesaba aquí las matemáticas, uno de los hombres más notables de la época, y era traducida su gran obra por el sabio y universal Selaya. No dirán ya los colombinos, que en Salamamanca sólo había sofistas orgullosos y doctores pedantes.

Torres que escribió una obra de Astrología, impresa en Salamanca en 1485, y el sapientísimo Salaya, llamado por Deza á las Cortes de Toro para dar su juicio sobre materias legales relacionadas con el derecho.

Así mismo el cosmógrafo Francisco Núñez de la Yerba publica en 1498 un docto comentario sobre Pomponio Mela con un prólogo del Bach. Martín Albar, y una aclaración ó repetición de Nebrija, en cuya portada aparecen dos datos astronómico-geográficos que revelan por si sólos el estado de la ciencia en Salamanca. Es el uno el grado de longitud y latitud en que está colocada en el globo la ciudad del Tormes. Es el otro el signo de Zodiaco en que entraba el día de la impresión el sol, impresum Salmanticae cujus loci elongatio ab occidente (Isla de hierro) IX, ab equinoctiale XLI gradibus constat. Anno Domini MCCCCXCVIII sole Tauri puntum ingrediente primum.

Y al hablar de cosmografía, no podemos omitir el nombre de Pedro Ciruelo. No osaremos decir que la historia de las matemáticas y de la astronomía, comete una injusticia pasando en silencio los trabajos del ilustrado salmantino. Ignoramos si el olvido á que le relega la historia, es debido á la ignorancia de sus obras, ó á que examinadas por los historiógrafos, no han encontrado en ellas ninguna idea nueva, ningún adelanto sobre la ciencia contemporánea. Sin entrar, pues, en una cuestión en que nos declaramos incompetentes, sólo nos fijaremos en una cosa que resalta á la simple lectura de sus obras.

Pedro Ciruelo conocía profundamente cuanto se había escrito hasta él, y sabía exponer con lucidez todo el alcance de las ciencias físico-matemáticas, tales como se encontraban á fines del siglo XV y principios del XVI: si no una fuente de inspiración, es al menos un clarísimo espejo, donde se proyecta el estado intelectual de Salamanca en los años que siguen á la venida de Colón. En el Prólogo á la Esfera de Sacro Bosco traza una historia completa de la Astronomía: en el libro de las cuatro Artes, aritmética, geometría, música y perspectiva, cita autores antiguos y modernos que revelan una lectura inmensa. El Comentario á la Esfera mereció tal aceptación, que en París, donde la explicaba, fué recibido con los brazos abiertos *omnes Phisicorum regentes eam gratissime duobus complecterentur brachiis*: y en todas las Naciones fué saludado con aplauso; non solum per Galiam totam, sed per vniversam Italiam (taceo Germaniam) et Hispaniam longe lateque disseminatam plu-

rimorum fuerit ore laudata (1). Y al leer el tratado de Perspectiva se cree uno trasladado al siglo XVIII, leyendo al Abate Nollet después de los descubrimientos de Newton. Tal es Pedro Ciruelo, desconocido de los extraños, olvidado de los propios, y digno de que se reproduzca su memoria, siquiera por darnos una idea cabal del estado en que se encontraban las ciencias físico-matemáticas en su tiempo. Aquí nos detendríamos, si no hubiera llegado á nuestras manos un monumento notable recientemente descubierto y que por estar relacionado con la Cosmografía de la época del Descubrimiento, no podemos pasar en silencio.

Es un Atlas Portulán del siglo XVI conservado por Federico Spitzer, y presentado en la Exposición Austro-Húngara, que tuvo lugar en 1876. Se compone de catorce cartas geográficas, de veinte y seis centímetros de ancho por veinte de alto cada una, y del cual, merced á la habilidad del diestro fotógrafo Mansuy se han sacado cien copias perfectamente conformes con el original. Véanse en él dos líneas trazadas en la carta cuarta: la una, que partiendo de Cádiz y atravesando el Atlántico, pasa por el istmo de Panamá, y llega hasta el Perú; y la segunda, que tocando en el Cabo de Santa Catalina, pasa por el Estrecho de Magallanes, toca á las Molucas, y dando la vuelta al Océano índico, dobla el Cabo de las Tormentas. En la descripción que hace de la América, señalando marcadamente el Río de la Plata, tocando sólo el de las Amazonas, omite el Brasil, presenta las costas al Norte de California de un modo semejante al Mapa de Gerardo Mercator (2). De todos estos datos y circunstancias deducen Spitzer su poseedor y el cosmógrafo Weimer, y con ellos, el Boletín de la sociedad geográfica de París en el número de Junio de 1876, del cual tomamos estas noticias, que la confección de este precioso documento debe fijarse

(1) Opusc. de Sph. etc. cum coment. etc. Proemium.

(2) En la Revista de España de 28 de Noviembre del año 1878 se consagra un artículo á Gerardo Kremer ó Mercator, escrito por Juan Fasren Rath, en el que se presenta al insigne cosmógrafo como el Ptolomeo de su siglo, y corifeo de todos los geógrafos, en frase de su amigo Ortelio; como el verdadero reformador de la Geografía, según le denomina Leleweel; como el geógrafo por excelencia, según le califica Mr. d'Avesac. No seremos nosotros, profanos á la ciencia, los que vayamos á rebajar un ápice los elogios que se tributan en el artículo al inventor del nombre de *Atlas*. Mas aún. Sólo la idea de escribir en el siglo XVI una cosmogonía teológica, en la que comparados los adelantos de su tiempo con la narración bíblica, se encuentra á la ciencia en todos sus ramos relacionada con el relato de Moisés, bastaría para dar á su autor una gloriosa celebridad. Lo único que deseamos hacer constar aquí, es que en todas las mejoras introducidas en la geo y

desde el año 1525 al 1540. Y si trata de señalar el año preciso en la escala de esos quince años, los primeros optan por el treinta y nueve: pero si se atiende á la semejanza de trazado geográfico y nomenclatura de lugares con el planisferio de Santiago Castaldo, con un mapa anónimo del año 27, y con el de Diego de Rivero del 29, conservados ambos en la Biblioteca de Weimer, acaso pudiera anticiparse algunos años. De todos modos es una obra notabilísima de ciencia y de arte, aunque adoleciendo de algunas imperfecciones propias de la época.

Por lo en general exacto del trazado, por la riqueza artística de la ornamentación, por la viveza y frescura del colorido, es uno de los monumentos cartográficos más notables que nos ha legado el siglo XVI. Es notable por otro lado la plancha primera compuesta de dos páginas, que sirven de introducción: en la una hay un medallón, donde aparece un mancebo como de unos doce á catorce años, Felipe II en actitud de recibir de Dios, que sale de una nube, el Mundo representado por una esfera: debajo de ella se leen estas notables palabras: *Philipo Caroli Aug. F. optimo Princip. Providencia*: y en las esquinas estas otras; repetidas varias veces en las cartas: *Lucemque metumque*, ó estas otras, *omnia dat*. La plancha 3.^a contiene un calendario astronómico con todos los instrumentos de astronomía árabe en uso al principio del siglo XVI. En el raro documento, en fin, se nota ya la tendencia á representar las producciones y razas, los templos, pórticos, paisajes, flores y frutos descubiertos, como si dijéramos, apuntando ya lo que después se había de llamar etnografía. Antes que los modernos la formulaba el salmantino Don Nicolás Antonio, que dirigiéndose á Don Juan Lúcas Cortés le dice: que debe hacer el viaje «no para que vaya á tratar con indios, sino sólo para averiguar de las Indias, cuanto haya

cartografía por Mercator, le había ya precedido el sevillano Alfonso de Santa Cruz, autor del Portulán, que estamos examinando. Con efecto, Mercator hizo en 41 un globo dedicado al cardenal Granvela: pues antes ya había hecho varios Santa Cruz. El primero hizo varios instrumentos mecánicos que ofrecía al Emperador: el segundo usaba ya de la esfera invención suya, y era escogido por el Emperador para maestro de Felipe II. Gerardo, en fin, publicaba en 1554 su gran mapa ó colección de mapas al que su hijo por insinuación suya, daba el nombre de Atlas, que con preferencia al *theatrum mundi* de Ortelio ó al *speculum mundi* de Jode, ha merecido la aceptación general. Pues Alfonso proyectaba años antes el Atlas Portulán que afortunadamente se ha conservado hasta nuestros días. Siempre lo mismo. Los extrajeros empeñados en rebajar á España, dando en todo la preferencia á los extraños, y los españoles condescendiendo por moda en que se nos arrebatan nuestras glorias, que es el único patrimonio que queda á esta nación desgraciada.

de aplicarse á cosa de ellas, de donde pasaron allí sus habitantes.» El Portulán en cuestión es un resumen de la ciencia; es la expresión del pensamiento, es la prueba más convincente del estado intelectual, religioso artístico, y altivo y emprendedor de España en el siglo XVI, igual, sino superior al de cualquiera otra Nación de Europa.

Ahora toda la cuestión se reduce á saber quién es el autor de esa obra maestra de cosmo y cartografía, y qué relación tiene el Portulán con las célebres conferencias. En cuanto al autor, el Boletín cree que puede ser Santa Cruz cosmógrafo de Carlos V, maestro de Felipe II y predecesor en ambas cosas del famoso geógrafo Ortelio. La pintura bien puede atribuirse á Flavio Closio. Admitiendo la conjetura del órgano de la sociedad parisiense como muy probable, veamos quién era Santa Cruz y cómo se había formado. «Alfonso de Santa Cruz, vecino de Sevilla, cosmógrafo del Emperador no se contentó con la traza de sola España; mas ha puesto tanta diligencia que ha corregido las tablas antiguas, y hecho cartas de marear por alturas y por derrotas. Demás de muchos instrumentos, para dar á entender la cosmografía, ha hecho una bola (globo) traída en plano, abierta por los meridianos, para conocer la proporción que tiene lo redondo á lo plano. Otra hizo por la equinocial, quedando los polos en medio; y otras dos cortadas por los polos»... y después de describir otras varias añade: «otra de tal artificio que tiene encima su zodiaco, para saber, cuándo en un sitio es mediodía, qué hora es en otra parte. Además ha enmendado los corazones de Vernerio y Orontio... demás de otras figuras que cada día inventa. Todo esto he dicho para que, pues en España tenemos la suma de la cosmografía (de Enciso) quería yo que sacasen muchos estas figuras de los patrones de su autor» (1). Y luego añade el erudito bibliógrafo: «Alfonso de Santa Cruz á petición del Emperador nuestro Señor ha hecho una carta abierta por los meridianos desde la equinocial á los polos, en la cual sacando con el compás la distancia de los blancos que hay de un meridiano á otro, queda la distancia verdadera de cada grado». Sobre este autor, en fin, leyó en Junta pública de la Academia Navarrete unos trabajos notables, que no tenemos á mano. De todos modos fundados en las palabras de Venegas, y en el juicio

(1) Venegas, Diferencia de libros, lib. 2.^o, cap. 19, fol. 83, vuelto, edición de Salamanca, 1572.

crítico que hace del Portulán la sociedad geográfica de París, nos creemos autorizados para deducir, que España en el primer tercio del siglo XVI estaba en materias de Cosmo-astro y Cartografía á la altura de las más adelantadas Naciones de Europa.

Pero como las ciencias en cualquiera de sus ramos no surgen de repente y sin la debida preparación; para apreciar en su valor el ingenio de Santa Cruz, y el mérito del Portulán, nos es preciso tejer la geneología de los conocimientos cosmográficos en nuestra pátria. Y decimos de nuestra pátria, porque si bien la plancha 4.^a y carta 1.^a es un planisferio elipsoidal proyectado según la cosmografía de Pedro Apiano, pero todo el adelanto científico que revela el documento, es puramente español. La proyección de la plancha 4.^a es una prueba de que España estaba en activa comunicación con Europa, y á la altura de sus adelantos.

Pues bien, para trazar esa geneología científica y sólo en cuanto se refiere á nuestro objeto, tenemos en los textos aducidos testimonios bastantes.

Al decir del Boletín parisiense Santa Cruz, trazó sus mapas para facilitar la práctica de la cosmografía, que en 1519 había publicado el descubridor Enciso (1). Así lo indica también Clemencin, fundándose en Nicolás Antonio, que en su censura de las historias fabulosas, página 644, dice: «para facilitar su práctica inventaba Alfonso algunas máquinas y métodos ingeniosos, cuyos detalles nos dá Venegas». Ahora bien: como en el siglo XV no había en España otra Escuela matemático-cosmográfica que la de Salamanca, claro es que en el XVI de este foco vivísimo se difundió la luz á Cartagena y otros puntos más en contacto con el descubrimiento, y que hubiera alumbrado también al Colegio imperial que intentó crear Don Fernando Colón en Sevilla, si el fundador de la Colombina tuviera tiempo para ello. De todos estos datos dedúcese como consecuencia legítima, que el impulso de éstos, como de los demás estudios españoles del siglo XVI, partió como de un centro fecundo de la Escuela salmantina; que la cosmografía de Enciso y el Portulán de Santa Cruz, proceden en su origen de esta fábrica de las grandes ideas y lo que más nos interesa, que si había algún punto en

(1) En esta biblioteca existe la suma de Geografía impresa en Sevilla dicho año de 1519 y otras dos ediciones posteriores: lo que prueba que Salamanca estaba á la altura de todo lo que se escribía; si es que Enciso no visitó estas aulas, siguiendo la costumbre general en aquella época.

España, y casi podríamos decir en Europa, donde debía venir, y podía ser comprendido Colón, era en Salamanca.»

Nadie extrañará, por tanto, que en los estatutos del año 1594 se lea lo siguiente: «el segundo cuadrienio léase á Nicolao Copérnico y las tablas plutónicas en la forma dada: y en el tercero cuadrienio á Ptolomeo, y así consecutivamente. En la sustitución sea la Gnómica, que es el arte de hacer relojes solares. El segundo año léase la geografía de Ptolomeo y la cosmografía de Pedro Apiano y arte de hacer mapas, el artitrolabio, el planisferio de Don Juan Roxas, el radio astronómico, el arte de navegar. En la sustitución el arte militar.» Y luego en otros estatutos que acompañan á la Constitución citada, se manda estudiar por Purbach, Clavio y Monte Regio, y se dirigen los estudios matemáticos por el camino que abrían los mejores astrónomos. Este documento oficial prueba que así como un siglo antes, ó sea á la venida de Colón, la Escuela salmantina, saliendo del período de la escolástica, adoptaba la forma, recogía los adelantos, y daba un gran impulso al Renacimiento de las letras y de las ciencias; al finalizar el siglo XVI, y uno después del descubrimiento, seguía por lo menos al nivel de las más célebres escuelas europeas, enseñando el sistema de Copérnico, cuando en otras partes apenas era conocido, y dando una enseñanza cosmográfica tan completa como acaso no se conociera en ninguna otra Escuela de Europa.

Plácenos añadir á esta larga discusión el cuadro que traza del estado intelectual de Salamanca á la venida de Colón, un pincel diestro, extranjero y por lo mismo tan auténtico como nada sospechoso. Esto probará que no hemos fundado nuestra argumentación en el vacío; y que si hasta aquí, hemos inferido conclusiones, basadas en datos irrefragables, ahora avanzamos un poco más, introduciendo á un testigo de vista, cuya autoridad nadie puede recusar. Este es el célebre Pedro Martir de Angleria ó de Anghiera. Movido de las instancias de Gutiérrez de Toledo, de Lucio Marineo y otros amigos que tenía en Salamanca, se resolvió hacer una visita á la Atenas española en el año 1488, llamando la atención escolástica con su notable improvisación sobre la Sátira 2.^a de Juvenal, como lo describe él mismo en su carta al conde de Tendilla. De vuelta, para incorporarse á la Corte, se dirigió á la ciudad de Ávila, donde á la sazón residían los Reyes, y donde así mismo era Obispo, recientemente nombrado, el año anterior de 87, el célebre Prior del Prado Fr. Fernando de Talavera. Invitado á comer

con el insigne Prelado, y entre la sobriedad de los manjares, interrogado por el éxito de su viaje, comenzaba á describir las impresiones que le causara la célebre escuela, cuando el confesor de los Reyes fué llamado á la Régia Cámara, rompiendo bruscamente la relación comenzada. «Apud te, Presul optime, post reditum ab Urbe Salmantica nudius tercius prandebam, cum ut Urbem illam ejusque Universitatem tibi ego depingerem, qualem esse comprenderam imperasti. Sermonem ordibar, cum veniens, qui te vocavit ad regiam, nuntius interceptit; ¡dichosa interrupción que suministra á la historia un documento, que de otro modo fuera una relación fugaz perdida para la literatura y para la ciencia! Accipite calamo quod linguæ non licuit. De aquí en adelante es la descripción, que no traducimos, por no despojarla de su gráfica elegancia. Novam Atenas, novumque Senatium me vidisse opinatus sum. Urbem vidi severis Catonibus ac Licurgis integerrimis Solonibusque refertissimam. Apollinis educationem Esculapiique progeniem eminentissimam inveni. Eorum qui divina scrutant, fricant ac terunt copiam ingentem ibi (diversis in coronis) opere prætium est audire: ut podaliria aliis enigmata cum trimegisteis arcanis, nodos, ut alii legunt, exolvant: parte alia miris quodammodo modis certatimque sit supra cœlestium cura spirituum; quo etiam statu humana dirigant et gubernent: neque ab athomo ad excelsos montes quodcumque intactum relinquit: a summa rerum omnium intelligentia cœlestes orbis versanti ad minimum elementale vel sectile exactissime discutit, quo prætio emere Deum possit, quo nos ipse comparavit. Sed quia ego favum apibus, piper venetis mercatoribus, arabibus thura sabeisque vendo. Tu ista adamusim sensit quondam: didicisti in ipsa Academia et docuisti (1). Hasta aquí la carta.

Concretándonos, pues, al estado brillante que alcanzara la Escuela á la venida de Colón; del cuadro trazado con tan vivos colores por un testigo presencial, el Alcuino de los Reyes Católicos, se deduce que además de la Teología y las Leyes, la Filosofía y Literatura se cultivaban principal y juntamente las ciencias que más relación tienen con el descubrimiento. De la Medicina no sólo dice: *Esculapii progeniem eminentissimam*, sino que, mostrando el modo de unirla con las matemáticas, añade: *ut podaliria aliis enigmata cum trimegisteis arcanis... exolverit*. Y que al estudiar el mundo material no se limitaban al análisis del cuerpo humano, sino que abarca-

(1) Opus epist. pag. 52.

ban en su conjunto la naturaleza entera, ya filosóficamente considerada, cosmología; ya en su descripción física y detallada, cosmografía, está bien claro: *neque ab athomo ad excelsos montes intactum relinquit*, geografía: *á summa rerum omnium intelligentia*, cosmología, metafísica: *cælestes orbés versanti*, astronomía: *ad minimum elementale vel sectile exactissime discutit*, física y química: *supra cælestium cura spirituum quomodo quoque statu humana diringant*: orden providencial, enlace del mundo de la materia y de la historia con el divino y supra-sensible. De la tan precisa como gráfica descripción, digna del pincel del divino Rafael, como diría Clemencin, se deduce que la escuela de Salamanca, trataba la ciencia sintéticamente y con miras tan altas, cuales después de la división protestante y racionalista no ha vuelto á considerarse, sino acaso para amontonarla y confundirla en el monstruoso cáos del panteísmo contemporáneo. Lejos de merecer las censuras que tan indocta como inconsideradamente han arrojado á su rostro, la Escuela católica, por excelencia, puede servir hoy mismo de modelo; y acaso sea el único medio de restauración de la extraviada ciencia moderna. Podría recibir los aumentos que por ella promovidos (1) han traído naturalmente las generaciones: pero ni hay que corregir, ni tachar un ápice de su enseñanza, ni habría que cambiar, sino sólo seguir progresivamente su sabio método.

Y á las palabras de Pedro Mártir, unimos las de Pedro Medina, el autor del Arte de navegar, que en su interesante libro de las Grandezas de España y hablando de las que él había observado en Salamanca dice estas notables palabras «Las escuelas mayores (así se ha llamado siempre el edificio de la Universidad) son suntuosas, que sólo una portada costó mas de treinta mil ducados (se refiere al reinado de los Reyes Católicos y antes del descubrimiento,) que fué más corta que agora (en 1595) trescientos mil.

En estas escuelas mayores hay una capilla muy rica de bóveda: en lo alto de ella, que es de color azul muy fino, hay pintadas y labradas de oro *las cuarenta y ocho imágenes de la octava esfera, los vientos, y casi toda la fábrica y cosas de la Astrología.*»

No concluiremos esta desaliñada reseña sin aducir algunos datos que, aunque no se refieran directamente al descubrimiento, prueban, sin embargo, la altura á que rayó Salamanca. Así: Gil de Al-

(1) El célebre canonista Antonio Agustín dice que en su tiempo había 54 imprentas en Salamanca.

bornoz, fundador del Colegio de Bolonia, es el primero que dá á conocer las obras antiguas de Agricultura: Stúnniga apuntaba ya el movimiento de la tierra antes de llegar á su noticia el sistema de Copérnico, y la Universidad le enseñaba ya cuando se le juzgaba absurdo en otras; el por otra parte insigne canonista Antonio Agustín, es también el primero en introducir en el estudio de las antigüedades la Numismática, creando en cierto modo la Arqueología: el benedictino Ponce de León inventó el arte de hacer hablar por signos á los sordomudos, más de dos siglos antes que el Abate francés se llevara esta gloria; José Acosta por su Historia natural de las Indias traducida al francés, mereció el título de Plinio español; además; el sistema físico de Descartes fué tomado, ó al menos recibió luz, de la *Antonia Margarita* de Gómez Pereira; y médicos españoles, y entre ellos salmantinos, fueron los primeros en cultivar la *Psiquiatría* ó medicina mental, creando los Hospitales de dementes; y las primeras tablas de Anatomía descriptiva, inventadas por el médico español Valverde y dibujadas por el también pintor español Becerra, fueron costeadas por el dominico de San Estéban, Cardenal Alvarez de Toledo, cuyo médico era Valverde; y los primeros que comentaron á Plinio, purgándole de los errores de los antiguos intérpretes, fueron Núñez, más conocido por el Pinciano, catedrático del mismo Plinio en la Universidad, y el historiador de la misma, Chacón; y, por último, Andrés Laguna, rectificando los modelos de las plantas trazados por el italiano Mathiolo y añadiendo sus propias observaciones, enriquecía la Botánica, dando á aquellas en su correcta traducción del *Dioscórides*, nombres en diez idiomas, incluso el árabe. Vengamos ahora á otro punto.

Es bien sabido que Julio César, deseoso de regularizar el cómputo de los meses y de los años, encargó á Sosígenes la árdua tarea de reemplazar á los imperfectos métodos antiguos uno que se acercara más á la exactitud astronómica. Pero, aunque el llamado *año Juliano* era un paso de gigante en el arreglo del calendario, envolvía, sin embargo, una pequeña equivocación que, con el tiempo había de alterar el cálculo de las estaciones. Según el célebre astrónomo alejandrino, el curso anual constaba de 365 días y seis horas completas, y por lo mismo creyó que, con añadir un día cada cuatro años, quedaba justa la cuenta. Ahora bien; como á esas seis horas faltan unos once minutos, que al cabo de cien años hacen más de diez y ocho horas, de aquí resultó que en el siglo XVI el cómputo Juliano anticipaba las estaciones once días de lo que en

realidad eran, señalando v. g. la primavera ó sea el equinoccio verno el día 10 de Marzo, y así sucesivamente de las otras.

El fenómeno no podía menos de llamar la atención de los pensadores, y de él se venían ocupando hacía tiempo insignes varones. Entre ellos, y al par que en Italia el Cardenal de Cusa trabajaba en ese sentido, en Salamanca Alfonso de Madrigal, más conocido por el Tostado, escribía una obra *sobre el error del calendario*, que se conservaba inédita en el Colegio de San Bartolomé, como nos lo asegura su historiador Vergara. Pero hay más: al emprender el Papa León X la ansiada reforma, que al fin tuvo la gloria de llevar á cabo Gregorio XIII, y por lo mismo se llamó corrección gregoriana, fué consultada Salamanca, y en ambas ocasiones* emitió luminosísimos informes que todavía, por fortuna, se conservan en el archivo de la Universidad. Sin entrar, pues, en el exámen de su mérito, para lo cual nos declaramos incompetentes, sólo haremos mención de las siguientes notables palabras contenidas en la misiva que elevó la Escuela al segundo de los mencionados Pontífices: *se encomendó, dice, el negocio viris mathematicarum artium peritis: quos insignes semper hæc Schola habuit.*

Y por último, y para no ser más molestos, cerramos esta nota con un nombre ilustre, que ya hemos citado con otro motivo, y es Fernán Pérez de Oliva, que además de hablar de la canalización de los rios en un discurso pronunciado ante la municipalidad de Córdoba, su pátria, apuntó el pensamiento del telégrafo eléctrico, como dice su sobrino Ambrosio de Morales; hé aquí sus palabras: «pudiera también poner aquí lo que el Mro. Oliva escribió en latin de la piedra imán... Una cosa quiero advertir; creyóse muy de veras de él que por la piedra imán halló cómo se pudieran hablar dos ausentes: verdad es que yo se lo oí platicar algunas veces, porque, aunque yo era mocho, todavía gustaba mucho de oírle todo lo que en conversación decía y enseñaba. Mas en esto del poderse hablar dos ausentes, proponía la forma que en obrar se debía de tener, y *cierto que era sutil*: pero siempre afirmaba que andaba imaginándolo, mas que nunca llagaba á satisfacerse ni ponerlo á perfección, por faltar el fundamento principal de una piedra de tal virtud, cual no parece se podría hallar; pues él dos tenía extrañas en fuerza y virtud y había visto la famosa de la casa de Contratación de Sevilla (1). Claro que de aquí al telégrafo eléctrico

(1) Las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva... y... quince discursos... por su sobrino el célebre Ambrosio de Morales... Edición de Madrid de 1787, tomo 1, página 4.

tenía que mediar la invención de la pila por el insigne y piadoso Alejandro Volta: pero de todos modos, es peregrina la idea de hablar á distancia por medio del imán, y esto ya á principios del siglo XVI. Y bastan los ligeros apuntes que anteceden para probar que los historiadores y biógrafos de Colón, al ocuparse de los Doctores salmantinos en las tan manoseadas como mal comprendidas conferencias de San Estéban, han procedido de ligero describiendo el estado intelectual de la célebre Escuela de un modo impropio y no muy adecuado por cierto á su carácter de autores serios y concienzudos.





S
D
7